UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 5

D.D. BLACK



EL TERROR EN LA CIUDAD ESMERALDA

Un terrorista escurridizo. Una ciudad al borde del abismo.

Veinticuatro horas para detener una masacre.

EL TERROR EN LA CIUDAD ESMERALDA

UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 5

D.D. BLACK

DARKNESS AND LIGHT PUBLISHING

«El duelo, sin procesar, se encona.»
- Jeff Sharlet

«Pierde tus sueños y perderás la cabeza.»
- Mick Jagger

«La única verdad es la música.»
- Jack Kerouac


Point
Clyde Hill
CAPITOL HILL
SPACE NEEDLE
CENTRAL DISTRICT
Lake Washington
Medina
Meydenbauer Bay
Bellevue
Seattle
Lumen Field
23RD AVE S
Beaux Arts Village
Mercer Island
INDUSTRIAL DISTRICT
Mercer Island
SOUTH SEATTLE
Duwamish Waterway
Seward Park
RAINIER VALLEY
Pioneer Park
5
RAINIER AVE S
King County International Airport-Boeing Field (BFI)
405
Westcrest Park
White Center
Boulevard Park
599

ÍNDICE

I. Una noche perfecta para el fútbol
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
II. Una carrera contrarreloj
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

III. Los cielos sobre la Ciudad Esmeralda

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Nota del autor
Más novelas de D.D. Black
Sobre el autor

PARTE I

UNA NOCHE PERFECTA PARA EL FÚTBOL

1

Seattle, Washington
Lunes, 2:41

Anwar al-Raymi permanecía inmóvil, sus ojos oscuros examinando el estadio mientras la luna emergía de detrás de una nube y reflejaba su luz en las gigantescas armaduras de acero que sostenían la cubierta.

La cubierta, sabía Al-Raymi, era uno de los elementos que hacían único aquel estadio. Diseñada para amplificar el ruido de la multitud, era una de las más ruidosas del mundo del deporte, lo que daba a los Seahawks una ventaja en casa que pocos equipos podían igualar.

Un ligero frío flotaba en el aire y la neblina se aferraba al suelo. El aliento de Al-Raymi formaba nubecillas en el frío y el peso de la responsabilidad le oprimía los hombros. El viaje había sido largo, pero el final ya se vislumbraba. Si todo salía según lo planeado, en menos de veinticuatro horas la cubierta del estadio quedaría reducida a escombros, junto con mucho más.

Dos furgonetas negras, discretas en la penumbra, entraron por el acceso de servicio a sus espaldas. Habían elegido el lado más alejado del estadio para entrar. Quedaba fuera de la vista de la carretera principal y proporcionaba cobertura suficiente para que su equipo trabajara sin ser molestado.

El suministro eléctrico del distrito del estadio, en el centro de Seattle, se había cortado hacía dos minutos; un minuto después, su contacto en el departamento de seguridad del estadio había desactivado los generadores de respaldo. Las furgonetas se detuvieron y el sordo rumor de sus motores rasgó el silencio sepulcral de la madrugada.

Al-Raymi observó el lado del copiloto de la Furgoneta 1 en busca de Darius, que se bajó de un salto y ocupó rápidamente su puesto junto a Al-Raymi, tal y como estaba planeado.

Los conductores apagaron los vehículos y la madrugada quedó en silencio, a excepción del arrastrar de pies de doce hombres y tres mujeres que salieron de ellas. Vestían ropas oscuras y discretas. Todos guardaron silencio mientras ocupaban sus puestos alrededor de los dos líderes. A Al-Raymi le repugnaba utilizar mujeres para el trabajo, pero Darius, que había vivido en Estados Unidos durante años, lo había convencido de que era necesario.

Cuando todos se hubieron reunido, Al-Raymi se carraspeó. —Hoy haremos una gran cosa —susurró—. Se hablará de estos actos por los siglos de los siglos. Cada uno sabe lo que tiene que hacer. Sobre todo, muévanse con rapidez y en silencio. ¿Tienen sus radios?

Todos asintieron o se dieron un golpecito en las radios que llevaban enganchadas al cinturón.

Al-Raymi dio un paso atrás.

Darius avanzó un solo paso, su delgada figura casi desapareciendo en la oscuridad. A Al-Raymi nunca le había cuadrado que un hombre tan menudo y físicamente débil pudiera ostentar tanto poder en su operación. Con la mitad de la envergadura de Al-Raymi, parecía que una ráfaga de viento pudiera llevárselo por delante.

Y, sin embargo, era el planificador más dotado del mundo. Darius era un prodigio, un genio.

Claro que Al-Raymi podría aplastarlo como a un insecto con una de sus botas del cuarenta y siete, pero no había nadie más en la Tierra que pudiera haberlos llevado hasta ese momento.

Todo el plan dependía de la capacidad de Darius para reunir un equipo que pudiera infiltrarse en el sistema SCADA, explotar una

vulnerabilidad de día cero no descubierta y ejecutar un apagón remoto impecable de la red eléctrica. Suponiendo que Darius hubiera hecho lo que dijo que podía hacer, sus huellas digitales habían sido meticulosamente borradas por una sofisticada red de proxies y VPN. Incluso si al final los rastreaban, para entonces ya estarían muy lejos.

Darius hablaba inglés sin acento, y sus frases cortas y secas eran como las pasadas rápidas y deliberadas del arco sobre un violín. —Comunicación constante. En marcha.

De inmediato, el equipo se dividió en dos grupos. Darius dirigiría el equipo técnico y de comunicaciones; el propio Al-Raymi, el de explosivos.

Antes de empezar, Al-Raymi tenía una cosa más que decir. —¿Recuerdan todos el código de anulación?

Todos asintieron con la cabeza.

Entonces clavó la mirada en Darius. —Quiero oírle decirlo, pequeño. —A pesar de la genialidad de aquel hombre, Al-Raymi necesitaba que supiera quién estaba al mando. Necesitaba que *todos* lo supieran.

Darius bajó sus pálidos ojos azules al suelo y musitó la frase acordada con su acento casi estadounidense. —Yippee-ki-yay.

Darius se movía con determinación por los pasillos sombríos del estadio. Sus agudos ojos escrutaban el entorno; la tensión en el aire era palpable. Ladraba órdenes en voz baja, sus palabras una mezcla de inglés, árabe, italiano y francés, reflejo del origen multinacional de su equipo.

—*Presto*, *prestissimo*, rápido —susurró, apremiando a su equipo —. *Rapidement. Bisur'ah*. Tenemos que movernos *bisur'ah*.

Los cuatro hombres y las tres mujeres que lo seguían obedecieron sin vacilar. Cada uno de ellos había sido escogido meticulosamente por sus habilidades únicas y su lealtad

inquebrantable. Formaban una unidad silenciosa y letal; cada uno de sus movimientos era un estudio de eficiencia.

Y aun así, al-Raymi había considerado necesario humillarlo delante de su equipo. Otra vez. Al-Raymi, un amante de las películas americanas de los ochenta y los noventa, había elegido la famosa frase de *La jungla de cristal* como código de anulación en lo que él consideraba una broma. Y porque sabía lo mucho que eso enfurecía a Darius.

Se sacudió el recuerdo del agravio y se centró en su destino: la sala de control del estadio. Era allí donde asestarían un golpe demoledor a los sistemas de comunicación y eléctricos del recinto. A medida que se acercaban al corazón palpitante del vasto complejo, el paso de Darius se aceleró y sus sentidos se pusieron en máxima alerta.

—Silencio —ordenó Darius en un susurro mientras se acercaban a la sala de control. La pesada puerta se cernía ante ellos, con su superficie negro mate que parecía tragarse la luz. Escuchó. Del interior no provenía ningún sonido.

Darius intercambió una breve y tensa mirada con su equipo y alargó la mano para agarrar el pomo. Para su alivio, giró con facilidad, un testimonio del trabajo de Marcus, uno de sus activos en el estadio.

Al colarse dentro, los recibió el bajo zumbido de los equipos electrónicos y el tenue resplandor de los monitores, que proyectaban sombras fantasmagóricas por toda la sala.

Darius sonrió. Marcus había hecho su trabajo. Una figura delgada con una energía nerviosa, su hombre infiltrado estaba de pie junto a una de las consolas, con una sonrisa de satisfacción en el rostro. —Justo a tiempo. He desviado la corriente solo a esta sala. Hace dos minutos. Las cámaras están desactivadas. —Su voz era apenas audible por encima del zumbido de la maquinaria—. El wifi también. —Señaló un grupo de cajas en un rincón de la sala—. Inhibidores inalámbricos.

Sin mediar palabra, Becca y Fatima empezaron a desembalar las cajas.

—¿Conocen sus ubicaciones? —les preguntó Darius—. ¿*Mawaqeekum*?

Las mujeres asintieron y salieron de la sala con el primer lote de inhibidores.

Una oleada de expectación recorrió a Darius mientras evaluaba las consolas, interruptores y diales que controlaban el sistema de megafonía y la iluminación del estadio.

—Pierre, sistema de megafonía. Karim, iluminación —indicó con voz baja y mesurada.

Mientras trabajaban, Darius vigilaba atentamente su progreso, con la mente acelerada, pensando en planes de contingencia y estrategias de respaldo. Pierre y Karim trabajaron con rapidez y eficacia.

Veinte minutos después, Becca y Fatima regresaron a por el segundo lote de inhibidores y sus linternas frontales proyectaron extrañas sombras en la sala tenuemente iluminada. Desaparecieron con la misma rapidez.

—¿Hora? —preguntó Darius con voz tensa.

—Las tres y media —respondió Karim, mientras sus dedos volaban sobre los delicados componentes electrónicos con destreza experta.

Finalmente, con un asentimiento apenas perceptible de Darius a Marcus, este pulsó un interruptor y la sala de control volvió a sumirse en la oscuridad. Todos volvieron a encender sus linternas frontales y empezaron a recoger sus herramientas y equipos. Su tarea estaba completa.

Mientras se escabullían de nuevo en las sombras, dejando atrás la sala de control alterada, Darius se permitió una sonrisa sombría. Ni siquiera los insultos y el acoso de al-Raymi podían arruinarle ese momento.

Había planeado el ataque más sofisticado contra Estados Unidos desde el 11-S. Ahora solo necesitaba esperar a que empezara la música.

Al-Raymi caminaba a paso ligero por los laberínticos pasadizos bajo el campo, con un mapa de la distribución del estadio grabado en la mente. Lejos del césped cuidadosamente cuidado y de las gradas relucientes, los oscuros túneles que serpenteaban bajo el estadio solo estaban iluminados por sus linternas frontales, cuya luz rebotaba a cada paso.

La corpulenta figura de al-Raymi se abría paso entre las sombras, una formidable presencia forjada por años de riguroso entrenamiento y experiencia en combate. Los hombres que lo seguían se movían con la misma precisión y disciplina, y sus pasos apenas hacían ruido.

Mientras se acercaban a uno de los últimos emplazamientos de los soportes estructurales del estadio, al-Raymi se detuvo un instante, contemplando las enormes vigas de acero que se entrecruzaban por encima de sus cabezas. Sintió una especie de reverencia ante la magnitud de la obra de ingeniería. Diseñado para resistir un terremoto, el estadio no tenía ni un solo punto débil crítico, pero hasta las estructuras más impresionantes tenían sus vulnerabilidades. Darius las había encontrado y había descubierto cómo explotarlas.

Al-Raymi hizo un gesto a su equipo y se dispersaron, cada uno moviéndose con determinación hacia sus objetivos asignados. Los observó, con la mirada saltando de uno a otro, asegurándose de que cada movimiento estuviera perfectamente coordinado.

Uno de los hombres, un especialista en explosivos ruso llamado Michael, se arrodilló junto a una viga de acero.

Al-Raymi observó cómo sacaba un pequeño paquete rectangular de la mochila. El C-4 era de un gris mate, con la superficie marcada por la huella de sus dedos enguantados. Con sumo cuidado, Michael adhirió la carga a la viga, usando una tira de adhesivo industrial para fijarla en su sitio.

Junto a Michael, Farid trabajaba en un soporte contiguo, usando un pequeño cepillo para aplicar una capa de polvo al C-4 y así asegurarse de que la carga se camuflara a la perfección con el entorno. A continuación, conectó la placa de circuito y el detonador por teléfono móvil.

Mientras el equipo trabajaba, la aguda mirada de al-Raymi observaba cada movimiento para asegurarse de que se ajustaba al plan. Echó un vistazo a su reloj mientras se movían de una sección a otra; los números fluorescentes brillaban en la oscuridad.

Mientras colocaban la última carga, al-Raymi sintió un nudo helado de expectación en la boca del estómago. No se había sentido tan nervioso desde el día de su boda, y sonrió en la oscuridad.

Desde los pasadizos que había bajo el campo, subieron un nivel.

—Manténganse agachados y en silencio —murmuró al encontrar el pasadizo donde estaban las conducciones de gas. Al-Raymi se detuvo, con los sentidos en alerta máxima. El aire se volvió más pesado, un olor nauseabundo a mercaptano del gas, tenue pero inconfundible. Levantó una mano, indicando al equipo que se detuviera. Su mirada se cruzó con la de un hombre alto y delgado llamado Idris, que asintió en señal de comprensión.

—Michael, usted e Idris cojan la izquierda —susurró con un tono firme pero medido—. Farid y los demás, conmigo.

Michael e Idris desaparecieron por un túnel a la izquierda, mientras que Farid y los demás siguieron a al-Raymi. Se movían con la precisión de una orquesta perfectamente afinada, cada miembro desempeñando las tareas asignadas con una concentración inquebrantable. Al llegar a su destino, una conducción de gas clave, Farid desempaquetó el Semtex mientras al-Raymi fijaba los detonadores a las cargas.

—Cuidado —murmuró al-Raymi, con los ojos fijos en la tarea.

Mientras se movían de una conducción de gas a la siguiente, al-Raymi probó la radio. —Michael, ¿cuánto les falta?

—Dos más —informó Michael, con la voz tensa por el esfuerzo.

Al-Raymi escudriñó las sombras mientras evaluaba su progreso. —No se distraigan. Ya casi estamos.

Finalmente, con la última carga colocada, al-Raymi se permitió un momento para examinar su obra. Las cargas de Semtex apenas eran visibles contra las tuberías de gas, su secreto mortal oculto a la vista. —Buen trabajo —susurró, cruzando la mirada con los miembros de su equipo mientras se reagrupaban en el pasillo principal—. Ahora, a las furgonetas.

Darius estaba de pie junto a la furgoneta, pasándose el teléfono de una mano a otra y observando el túnel con nerviosismo. Echó un vistazo a su reloj. Él y su equipo habían llegado a las furgonetas a las 4:03, siete minutos antes de lo previsto.

Ahora eran las 4:27. El equipo de al-Raymi llegaba tarde.

Necesitaban restablecer la electricidad en el estadio lo antes posible. Oyó unos pasos y luego vio la fornida figura de al-Raymi emerger de la oscuridad.

Darius lo miró interrogante. —Han tardado más de la cuenta.

Al-Raymi hizo un gesto displicente con la mano, como siempre que Darius lo cuestionaba. —Quizá su cálculo del tiempo no fue tan perfecto como pensaba.

Darius ladeó la cabeza. Le entraron ganas de decir: *«O quizá ustedes, idiotas, son más lentos que camellos sobrecalentados»*, pero se mordió la lengua.

Cuando el equipo se hubo reunido junto a las furgonetas, al-Raymi sonrió.

Darius se preparó mentalmente para la siguiente estupidez que fuera a decir su líder. ¿Sería otra referencia a *La jungla de cristal*? ¿O quizá algo de la saga *Terminator*, o tal vez una de sus frases favoritas de Stallone o Chuck Norris.

En cinco minutos, se restablecería la corriente.

En unas catorce horas, se desataría el infierno.

—Ir al partido de esta noche será como una caja de bombones —dijo al-Raymi, mientras una amplia sonrisa se le dibujaba en la cara —. Nunca sabrán lo que les va a tocar.

Darius se estremeció por dentro y le envió el mensaje de texto a su hombre infiltrado.

Que comience la sinfonía.

2

Lunes, 13:00

A Thomas Austin le ardían los pulmones mientras se esforzaba por avanzar por la orilla, hundiéndosele las zapatillas en la arena a cada zancada. El día era cálido, pero se había levantado viento y el romper rítmico de las olas ahogaba el sonido de su respiración agitada. Le ardían las piernas, pero se sentía mejor que en años.

Su corgi, Run, se mantenía pegada a su lado, con sus cortas patas moviéndose a toda velocidad para seguirle el ritmo. La había dejado en casa durante la primera vuelta de kilómetro y medio y, a pesar de ser bastante atlética para ser una corgi, le estaba costando mantener el ritmo en la segunda.

Reduciendo la marcha a un paso ligero, se alejó del agua y subió hacia su apartamento, que estaba anexo a su cafetería, tienda de ultramarinos y tienda de cebos en la pequeña localidad costera de Hansville, Washington.

El olor a pan recién hecho que llegaba desde dentro le hizo rugir el estómago. Austin era un cocinero experto, pero el auténtico pan francés seguía siendo su némesis culinaria. Secándose el sudor de la frente, comprobó el horno. Había metido la hogaza justo al salir, pero la corteza dorada clara parecía necesitar unos minutos más.

Run, jadeante por la carrera, seguía siendo un pequeño manojo de energía. Después de beber un poco de agua a lengüetadas de un cuenco en un rincón, se colocó con la mitad del cuerpo dentro y la otra mitad fuera de la gatera, con los ojos fijos en Austin mientras olfateaba el aire. Tenía las patas cortas, que sostenían un cuerpo largo y bajo, más musculoso que el de la mayoría de los corgis. La franja blanca que le nacía entre los ojos le llegaba hasta el hocico y conectaba con su sonrisa, enmarcada por el collar de pelo blanco que le rodeaba el cuello. Sus patas eran unos calcetines blancos perfectos. El resto de su pelaje era de un cálido tono anaranjado que había oído llamar «leonado». Tenía una distintiva expresión zorruna y unos ojos vivos e inteligentes, pero sus orejas desproporcionadamente grandes le daban un aspecto entrañable, casi cómico.

Mirándolo fijamente, su comunicación silenciosa desde aquella postura a horcajadas sobre la gatera era clara: «Sé que está pasando algo delicioso y *tengo* que formar parte de ello. Pero dentro hace demasiado calor, así que mi parte de atrás se quedará fuera para sentir la brisa». Austin no pudo evitar sonreír mientras le lanzaba una lonchita de camembert envuelto en prosciutto que estaba guardando para comer con el pan, lo bastante grande como para que supiera que era un premio, pero no tanto como para echarle a perder la línea. Run atrapó el bocado con destreza sin moverse de su sitio.

Austin había oído que un corgi es capaz de comer hasta llegar a una obesidad incapacitante. El modo en que Run se fijaba siempre en lo que Austin hacía en la cocina le hacía creer que, si se le permitía, podría llegar fácilmente a un peso que le hiciera arrastrar la barriga, dada su complexión baja.

Austin quería perfeccionar el pan para el día siguiente, cuando sus padres lo visitarían por primera vez desde que se había marchado de Nueva York y se había mudado al oeste hacía casi tres años. El alzhéimer de su padre se había ralentizado con la ayuda de la medicación, pero Austin sabía que el inevitable deterioro continuaría. Este bien podría ser el último viaje de su padre de cualquier clase, e incluso así solo era posible con la ayuda de un

cuidador a tiempo completo, que acompañaba a sus padres durante su breve visita. El pan francés era el favorito de su padre, y Austin estaba decidido a hornearle la hogaza perfecta.

El timbre de su teléfono lo sacó de sus pensamientos. Austin miró la pantalla, satisfecho al ver el nombre de Ridley. El inspector jefe de la policía del condado de Kitsap había regresado recientemente de una sanción inmerecida. Aunque le había dicho a Ridley que no estaría disponible para consultar ningún caso mientras sus padres estuvieran en la ciudad, Austin iba a reunirse con él en el partido de los Seahawks esa noche, una invitación que Ridley le había hecho la semana pasada.

—Hola —dijo Austin—. Estoy terminando unas cosas antes de irme. Espero que no haya ningún problema con las entradas.

Como hijo de un oficial de la Marina, se había mudado por todo el país de niño, así que nunca había tenido un equipo fijo al que animar. Se había hecho aficionado de los Giants cuando se instaló en Nueva York, y seguían siendo su equipo principal. Pero había decidido hacer de los Seahawks su equipo secundario cuando se mudó al estado de Washington. Siempre que no jugaran contra los Giants, les apoyaba al máximo.

—No —dijo Ridley—, las entradas están bien. El Hawk's Nest, los asientos más ruidosos del estadio. Rachel quería que te llamara. Está haciendo las compras de última hora para la comida de antes del partido y quería asegurarse de que el menú te parece bien. Tú comes de todo, ¿verdad?

Austin estaba sorprendido y un poco confuso. —¿Espera, no sabía que Rachel venía. Pensé que me ofrecías *su* entrada. ¿Cómo está?

Ridley se rio entre dientes. —He cometido el error de preguntarle cómo se encontraba esta mañana y me ha fulminado con la mirada como si hubiera insultado a su madre, como si fuera el mismísimo demonio. —Suspiró—. Embarazada de ocho meses y medio, cansada todo el tiempo, pero sin estar dispuesta a perderse el partido por nada del mundo. Los partidos de los Seahawks contra los 49ers son una experiencia religiosa para ella. Es como la misa del gallo mezclada con la Superbowl y con el nacimiento de un niño.

Austin sonrió. —Bien por ella.

—Si le hubiese siquiera *sugerido* que lo viera desde casa, probablemente se habría divorciado de mí en el acto. O peor.

Austin se rio. —Será genial verla.

—Los asientos son de un abono de temporada que tiene el Departamento de Policía de Snohomish. De JB, un colega que conocí en un congreso policial hace unos años. Él y su mujer, Darlene, estarán allí. Me invita más o menos una vez al año. Esta vez hemos tenido suerte. La noche inaugural. El partido del lunes por la noche. Todo el país estará mirando. Luces brillantes, cerveza fría. ¡Que empiece el partido!

—A las tres, ¿verdad? —preguntó Austin, abriendo el horno y sacando el pan, que ahora tenía un aspecto dorado perfecto. —Termino un par de cosas, me doy una ducha y me voy hacia el ferri.

—Rachel y yo estaremos allí a las dos, justo cuando abran las puertas. Hay que ir encendiendo el carbón. —Hizo una pausa. —Vale, bueno, para lo que llamaba… para poder decírselo a Rachel… perritos calientes, kielbasa, salchichas picantes, bratwurst… ¿te va bien todo?

Run, que todavía estaba a caballo entre los dos lados de la gatera, ladeó la cabeza como si se preguntara si alguna de las salchichas que Ridley estaba describiendo podría acabar llegando hasta ella.

—Cualquiera de esas me parecerá bien —dijo Austin—, y pienso llegar con hambre.

3

Lunes, 15:11

Cuando Austin llegó, el aparcamiento del Lumen Field estaba bañado por el cálido sol de septiembre. La fiesta previa al partido estaba en pleno apogeo y la gente llenaba el lugar, con sus vehículos adornados en su mayoría con banderas y pegatinas de los Seahawks, pero también con unas cuantas de los 49ers. El aroma de las salchichas y las hamburguesas a la parrilla flotaba en el aire, mezclándose con el parloteo animado de cientos de aficionados emocionados.

Era una noche perfecta para el fútbol americano.

Ridley y Rachel destacaban entre la multitud, vestidos con los colores de los Seahawks y los 49ers, respectivamente. Rachel medía casi un metro ochenta, llevaba unas largas rastas recogidas en un moño y una barriga de embarazada que se veía desde la otra punta del aparcamiento. Y con la corpulencia que tenía Ridley, parecía que podría ser uno de los jugadores del partido que estaban a punto de ver. Medía casi dos metros, tenía los hombros anchos y una camiseta ajustada de los Seahawks que dejaba ver unos brazos que —aunque no tan tonificados como cuando era joven— eran impresionantes para un hombre que rondaba la cincuentena.

Austin se detuvo, confundido, al ver a Anna Downey salir de detrás de la camioneta de Ridley. Era una periodista de sucesos local con la que Austin había mantenido un flirteo intermitente desde hacía casi un año. Habían intentado tener un par de citas, pero en ambas ocasiones algo había salido mal. La primera vez, él había estado distraído por una pista en un caso en el que trabajaba. La segunda, el editor de ella la había llamado para que fuera a trabajar. Su último encuentro se había cancelado cuando él se había quedado atrapado en la isla de Bainbridge por una rara tormenta de verano.

Mientras Austin se acercaba, Ridley atendía con pericia una pequeña parrilla portátil colocada en la trasera de su camioneta, dándoles la vuelta a unas salchichas chisporroteantes con un par de pinzas.

Anna esbozó una sonrisa avergonzada y señaló a Ridley con la cabeza. —La sorpresa fue idea suya. Y de todas formas iba a estar en Seattle.

Rachel se acomodó en una silla plegable, con su barriga de embarazada acentuada por una ajustada camiseta premamá de los 49ers, roja y dorada. —¿No pensarías de verdad que te íbamos a invitar al partido a ti solo, no?

Austin abrazó a Anna con torpeza. —¿Qué tal? ¿En Seattle para ver a tu hijo?

Ella negó con la cabeza. —Me he apuntado a un club de escalada y vino para mujeres de más de cuarenta. Escalamos, fatal, y luego bebemos vino. Nuestro lema es: *¡Escalando alto, agarrando fuerte, bebiendo vino al anochecer!*

—Suena divertido —dijo Austin. Se acercó a Ridley con una sonrisa, le estrechó la mano y le dio una palmada en la espalda mientras aceptaba una cerveza—. Mi madre de verdad que te ha calado hondo, ¿eh?

Hacía unos meses, la madre de Austin había llamado a la oficina del sheriff buscándolo y, al parecer, de alguna manera la habían pasado con Ridley, de quien Austin había hablado muy bien. Según la versión de Ridley sobre la conversación, parecía que su madre había intentado reclutarlo para la misión de encontrarle una esposa

a Austin y, como ella misma dijo, «darme nietos antes de que me vaya a la tumba».

Anna cogió una cerveza para ella y centró su atención en Rachel, preguntándole: —¿Cómo te encuentras?

—Uh, oh —dijo Ridley—. Con cuidado.

Anna le lanzó una mirada interrogante a Austin. Austin se encogió de hombros. Ni de coña se iba a meter él en ese berenjenal.

—Oh, no —dijo Rachel, quitándole hierro al asunto—. No pasa nada si me lo pregunta *ella*. Es madre, puede entenderlo. —Se volvió hacia Anna—. Me siento como una sandía en una olla a presión. Pero eso no es nada que una paliza en cuatro cuartos a vuestros Seahawks no pueda arreglar.

Anna se rio. —Bueno, mientras no te pongas de parto por el estrés de ver a los Seahawks patearles el culo a los 49ers, no habrá problema.

—Si los Niners pierden, Anna, no te llevo de vuelta al otro lado del agua. —Rachel le lanzó a Anna una mirada gélida, pero sus ojos juguetones le dijeron a Austin que estaba bromeando.

—¿Qué tal una de esas salchichas? —le preguntó Austin a Ridley —. Me muero de hambre. —Había planeado comerse unas rebanadas de la barra de pan para aguantar, pero, después de dejarla enfriar, había descubierto que —a pesar de una corteza perfecta— estaba cruda y pastosa por dentro. Incomible. La había horneado a una temperatura demasiado alta y tendría que volver a intentarlo.

Ridley le lanzó una mirada extraña a Rachel. —Ella se comió la primera tanda. A estas les faltan unos minutos.

—Come por dos —dijo Anna.

—Por tres, en realidad —corrigió Rachel.

Austin enarcó una ceja. —¿Gemelos? No lo sabía.

Rachel asintió, sonriendo. —Por eso no hay comida lista.

Ridley se rio entre dientes mientras le daba la vuelta a una salchicha con las pinzas. —Tu madre está muy pesada con lo de los nietos, ¿verdad? —Miró de Austin a Anna y luego otra vez a Austin —. La verdad es que vosotros dos tendríais unos niños muy guapos.

Anna frunció el ceño. —Hemos tenido como tres citas, y ninguna ha salido bien.

—A nuestras edades, no estamos para tonterías —dijo Rachel—. No sé, Rid, ¿una pareja de un expolicía y una periodista? Suena a cliché. Como una novela de detectives clásica con un toque romántico.

Austin miró a Anna. Tenía más o menos su edad, el pelo rubio ceniza y un aspecto que él consideraba del norte de Europa. No muy distinta de Fiona, era guapa, de cara redonda y con el aire de una campesina noruega que se había mudado a la gran ciudad. La encontraba atractiva, pero quizá era el parecido con Fiona lo que le hacía sentirse un poco inseguro, un poco incómodo con ella.

—Y no solo eso —dijo Ridley—, si os casarais, Anna estaría legalmente obligada a publicar solo noticias positivas sobre nuestro departamento.

Anna resopló. —Ni de coña. Si nos casáramos, él estaría legalmente obligado a darme todas las exclusivas sobre crímenes que haya. —Se arrimó más, se apoyó en su hombro y añadió en tono de broma—: Llevo todo este tiempo intentando salir contigo solo para impulsar mi carrera.

Austin la rodeó por la cintura con un brazo, con algo más de torpeza de la que le habría gustado. Anna bromeaba, por supuesto, pero era una broma que dejaba entrever una tensión en su relación. Por regla general, las fuerzas del orden y el periodismo coexistían con dificultad, ya que sus objetivos a menudo eran opuestos. Y aunque Austin ahora solo era un investigador privado, su relación con el Departamento del Sheriff de Kitsap significaba que a menudo oía cosas que no debía compartir con ella.

—Las salchichas están listas —dijo Ridley mientras cogía un plato de papel—. Y si no otra cosa, su relación le daría un nuevo significado a la frase *«partners in crime»*.

—Qué chiste más malo, Rid —dijo Rachel, poniendo los ojos en blanco.

Mientras Ridley ponía una salchicha en el plato, un hombre apareció tambaleándose por la izquierda en el campo de visión de Austin, haciendo eses como un marinero borracho. Se tambaleó

contra el lateral de la camioneta de Ridley y luego se abalanzó sobre el pecho de este.

—¡Eh! —gritó Ridley, apartando al hombre de un empujón.

El hombre masculló algo que podría haber sido una disculpa, luego tropezó con la silla de Rachel y se estrelló contra la mesa plegable de Ridley, tirando la parrilla, los condimentos y toda la comida al sucio asfalto del aparcamiento.

Austin se quedó de piedra, pero Ridley parecía cabreado. —¿Pero qué coño?

—Lo… lo siento… —El hombre tuvo una arcada. Estaba claro que había bebido demasiado. Justo en ese momento, un par de guardias de seguridad con chalecos amarillos corrieron hacia ellos y se llevaron al hombre.

—Bueno —dijo Ridley—, eso ha sido… —Dejó la frase a medias, mirando una salchicha que había rodado hasta detenerse junto a una colilla. Frunció el ceño—. Era todo lo que nos quedaba.

—Ya cogeré algo en el estadio —dijo Austin.

Se enfrascaron en una charla trivial, disfrutando del tiempo, la cerveza y la camaradería. Apoyado en el lateral de la camioneta de Ridley, la mente de Austin se desvió hacia la ciudad de Nueva York. Tras haber servido en la policía de Nueva York durante veinte años, se había jubilado y mudado al estado de Washington tras el asesinato de su mujer. La semana pasada había vuelto a Nueva York por primera vez desde que se mudó al oeste. Pero no fue un regreso agradable. Había vuelto para asistir al funeral de su amigo y compañero David Min Jun —DMJ, como lo llamaba Austin—, un detective de la policía de Nueva York que había muerto mientras ayudaba a Austin en un caso cuando se suponía que estaba de vacaciones.

La visita había dejado huella, y no solo por la tragedia de la muerte de DMJ. Le recordó que las heridas de la muerte de Fiona no habían cicatrizado; apenas habían empezado a hacerlo. Durante casi dos años había estado trabajando desde la distancia, intentando averiguar quién la mató y por qué. Pero últimamente había llegado a una serie de callejones sin salida en su investigación, y volver a Nueva York había sido como arrancarse los puntos.

Pero la muerte de David, por trágica que hubiera sido, le inspiró a ponerse de nuevo en forma, a pensar menos y a disfrutar más de la vida. También le recordó que debía saborear los pequeños momentos. Momentos como este.

Cogió otra cerveza de la nevera. —Es genial estar aquí con vosotros —les dijo a todos a la vez.

El sol comenzó a bajar en el cielo, proyectando largas sombras sobre el aparcamiento, y para cuando las luces del estadio Lumen Field parpadearon —un faro que atraía a los aficionados hacia el partido—, Austin estaba ligeramente piripi y no veía el momento de meterse algo de comida del estadio en el cuerpo.

Le ofreció el brazo y Anna aceptó, entrelazando el suyo con el de él. Siguieron a Ridley y a Rachel hasta el estadio, sonriendo ante sus bromas sobre qué equipo tenía ventaja en el partido.

4

Lunes, 16:44

Ridley los guio hasta el Hawk's Nest, una zona de asientos especial en el fondo norte, conocida por albergar a algunos de los aficionados más ruidosos y bulliciosos de los Seahawks.

Encontraron su fila y Ridley les presentó a Austin y a Anna a sus «Snohomies», Darlene y JB Macintosh, antes de disculparse para ir a la tienda oficial a buscar un par de bodies para sus futuros bebés.

—¿Snohomies? —le preguntó Austin a Darlene.

—Cualquiera de Snohomish, Washington —dijo Darlene. Su voz era dulce y cálida; su sonrisa, acogedora. Era una mujer menuda de casi cincuenta años, con el pelo pelirrojo, corto y rizado, y un puñado de pecas sobre la nariz.

—A ver si adivino —dijo Anna—. *Roll Tide*.

Darlene sonrió y asintió. —Así es, cielo, nacida y criada en Alabama. —Hizo un gesto hacia el campo—. No tengo ningún interés en este espectáculo y nunca pensé que cambiaría el té dulce por el café, o el sol por la lluvia, pero JB me hizo una oferta que no pude rechazar.

—¿Qué oferta? —preguntó Anna, sentándose en el banco a su lado—. ¿Matrimonio?

—Oh, no —dijo Darlene—, me estuvo *rogando* que me casara con él desde el principio. Y yo estuve encantada de aceptar. La oferta fue un trabajo. Estaba terminando la carrera y, bueno, tenía que sacar *algo* del matrimonio. —Le lanzó un besito a su marido, que él fingió atrapar, arrugar y tirar por encima del hombro frunciendo el ceño en broma.

—¿Estáis casados? —preguntó Darlene.

—Eh, no —dijo Austin—. Yo, bueno, lo estuve y, en fin…

—Es nuestra tercera cita —intervino Anna rápidamente—. O la primera, según cómo se mire.

Darlene frunció el ceño. —Ah, claro. Lo siento. JB dijo algo de tu mujer y… Lo siento. Se me había olvidado.

—No te preocupes —dijo Austin—. ¿A qué te dedicas? —le preguntó a Darlene.

Ridley había mencionado que JB era el jefe de policía de Snohomish, Washington, una ciudad de tamaño medio a menos de cuarenta y cinco minutos de Seattle.

—Estás hablando con la mejor técnico de criminalística que ha tenido la ciudad de Snohomish. Como JB, trabajo para la ciudad, no para el condado.

JB se rio. Era alto y de hombros anchos, como Ridley, pero algo mayor, con una barba canosa y la cabeza calva. —Eres la *única* técnico de criminalística que ha tenido la ciudad. —Hablaba en voz baja, lo cual contrastaba de alguna manera con su gran complexión. Se volvió hacia Austin—. Creamos el puesto literalmente para ella. No es que no nos hiciera falta uno de todos modos, con lo que está creciendo la ciudad. Ahora nuestro todoterreno es una unidad móvil de criminalística de última generación que funciona veinticuatro horas al día. Llevamos ese cacharro a todas partes. A veces creo que quiere más a ese vehículo que a mí.

—Mucho más —confirmó Darlene, lanzándole otro beso juguetón, que él fingió esquivar.

—Ah, y por cierto —dijo JB, señalando a Austin y a Anna—, por lo general solo los de aquí pueden llamarnos «Snohomies». Ridley ha conservado el derecho por antigüedad, y vosotros dos también tenéis bula.

Darlene puso los ojos en blanco. —Conservado el derecho para contar chistes de padres.

—Es un privilegio —dijo JB, devolviéndole el gesto.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Anna.

—Somos una pareja peculiar, ¿verdad? —rio Darlene—. Yo, una chica alegre de Alabama con experiencia en teatro y baile en línea. Él, un viejo y arisco policía del estado de Washington que se pasaría todo el día sentado bajo la lluvia y la oscuridad escuchando música grunge si pudiera. Nos conocimos por internet, en un grupo de Facebook.

—¿Qué grupo? —preguntó Anna.

Austin se fijó en que JB hizo una mueca, pero Darlene no se inmutó. —Los dos perdimos a gente el 11-S —dijo, con la voz solo un poco menos alegre y entusiasta.

—Oh, no —dijo Anna—. Lo siento. No pretendía…

Darlene le restó importancia con un gesto. —No pasa nada. Es bueno hablar de nuestra gente. Mantener vivos sus recuerdos. Yo perdí a mi hermana pequeña. Estaba en Nueva York en un viaje de fin de curso, fíjate tú. JB perdió a su hermano en el vuelo 93. Es lo único que JB y yo tenemos en común.

—Lo siento de verdad —dijo Anna.

—Yo también —añadió Austin, sin saber qué decir.

—No pasa nada —les aseguró Darlene—. Pero bueno, ahora JB y yo somos como un par de calcetines desparejados: no parece que peguemos ni con cola, pero bien que nos mantenemos los pies calentitos por la noche.

JB se rio. —¿Cómo lo dijo tu madre cuando fuimos al sur el año pasado?

Darlene se dio una palmada en la rodilla. —Bueno, siempre decía que tengo una personalidad como un batido de jalapeños: es una montaña rusa y nunca sabes muy bien si estás riendo o llorando. JB, por otro lado…, bueno, tenía un par de frases para el bueno de JB. —Puso una voz más vieja y cascada—. JB es como un panecillo sin salsa, simple y llanamente, pero aun así no puedes evitar comértelo de un bocado.

Austin y Anna se rieron.

—Ah, tenía un montón —continuó Darlene—. Aunque mi favorita era: «JB es como las gachas sin sal ni mantequilla. Un poco soso, pero te llena igualmente».

Ridley y Rachel volvieron y se sentaron entre ellos, continuando una discusión sobre si criarían a sus nuevos mellizos como aficionados de los Seahawks o de los 49ers. Por lo visto, habían comprado bodies de *ambos* equipos.

Austin se recostó y observó a la multitud, echándole un ojo a un vendedor de palomitas a unas pocas filas de distancia mientras le rugían las tripas. La noche refrescaba, pero todavía hacía suficiente calor como para no necesitar chaqueta, y la multitud le hacía sentir que formaba parte de algo más grande que él. Solo faltaban cuarenta minutos para el saque inicial.

La voz de un hombre en el nivel inferior captó la atención de Austin. El hombre estaba gritando algo y Austin reconoció la voz, aunque no sabía de qué. Se asomó por encima de la barandilla. Debajo de ellos había una sección de quizá veinte filas de asientos y, más abajo, una sección de palcos de lujo a nivel de campo.

Aunque no podía ver quién gritaba, esta vez sí que pudo entender las palabras. «¡Mendoza, eres un paquete! ¡Y tú, Jefferies, la cagaste el año pasado! ¡Deberían haberte mandado a la mierda en el aeropuerto por fallar esa patada!». La voz del hombre era a la vez estruendosa y quejumbrosa, y bastó para arruinar el agradable humor en el que Austin se había instalado.

Entonces Austin lo vio. Vestido con una americana azul claro, el pelo engominado en un desorden perfectamente imperfecto, allí estaba Chad Buckminster.

—¡Jefferies! Sé que me oyes —gritó Chad, con la voz chorreando un desdén arrogante—. ¡Ese fallo me costó ochenta mil pavos! ¡Eres un manta! ¡Vuelve a Detroit!

Chad era un empresario local centrado en el sector inmobiliario tanto en Seattle como en Bainbridge Island, una zona próspera a un corto trayecto en ferry a través del estrecho. Había estado saliendo con la víctima de un caso reciente y, de forma indirecta e involuntaria, había conducido a DMJ al lugar donde lo habían matado. Anna había escrito hacía poco un artículo sobre el

chanchullo de Chad para sobornar a cargos electos locales e inspectores de medio ambiente, pero la historia no había tenido mucha repercusión y Chad simplemente había reorientado su negocio hacia promociones en Seattle.

Anna se unió a Austin en la barandilla. —Ay, no. ¿Es…?

—El bueno de Bucky Boy —dijo Austin, mirando de reojo a Anna —. Pues sí. ¿Cómo ha conseguido asientos en el campo?

—Cuando construyeron este estadio —dijo Anna—, fueron pioneros en el concepto de las Red Zone Suites. Espacios prémium interiores y exteriores a nivel de campo. Las mejores vistas, baños privados. Comida y bebida ilimitadas. Camareros.

—Supongo que le pega —dijo Austin—. En un palco de lujo, insultando a los jugadores. Justo donde te lo esperarías.

—Intenta ignorarlo —dijo Anna, posando una mano en el antebrazo de Austin.

Austin bajó la vista y, justo entonces, Chad miró hacia arriba, ojeando lo que para él probablemente eran las «localidades baratas». Sus miradas se cruzaron y, por un largo instante, Austin creyó distinguir una sonrisa condescendiente en el rostro de aquel arrogante cabrón.

Luego Chad desapareció de nuevo dentro de su palco.

Cuando Austin volvía a centrar su atención en el campo, algo más le llamó la atención. Algo mucho más positivo. Un vendedor de perritos calientes. Intentó llamarlo con la mano, pero el vendedor desvió la mirada. El hombre parecía tener unos treinta y tantos años, con el pelo castaño oscuro cortado al rape y una nariz afilada y angulosa que empequeñecía el resto de su cara, delgada y huesuda. Su piel era de un rosa pálido y tenía una pinta que a Austin le pareció de Europa del Este o rusa.

Austin volvió a agitar la mano, pero el hombre parecía distraído, con la mirada perdida y tocándose la oreja. Parecía llevar un pinganillo transparente, casi invisible. ¿Desde cuándo los vendedores de comida llevaban pinganillo? Austin estaba muy desfasado en lo que a tecnología se refería, pero era sorprendente.

Quizá fuera uno de esos auriculares inalámbricos. Supuso que no estarían permitidos, pero dudaba que fuera la primera vez que un

empleado se saltaba esa norma. O tal vez era un auricular con cancelación de ruido para ahogar parte del barullo del gentío.

Austin miró a su izquierda, donde un vendedor de cerveza estaba terminando una venta. Esperó a que girara la cabeza y lo confirmó. El otro vendedor no llevaba auricular.

Observó al vendedor de perritos calientes subir y bajar las escaleras, gritando de vez en cuando —¡perritos calientes!—, pero mostrando poco interés en venderlos de verdad. De hecho, cuando otro aficionado intentó llamarlo con un gesto, el vendedor lo ignoró y se dirigió a las escaleras.

Austin no pudo evitarlo. Quizá era el hambre lo que guiaba sus decisiones. Pero se había prometido recientemente parecerse un poco más a David, y eso significaba dejar de darle tantas vueltas a las cosas y fiarse de su instinto a la primera de cambio que le advirtiera de que algo no iba del todo bien.

Tras disculparse, bajó corriendo las escaleras detrás del vendedor, siguiéndolo a unos diez metros para no llamar la atención. El hombre pasó a paso ligero por delante de un puesto de comida, abriéndose paso entre la multitud. De repente, se detuvo, se llevó la mano a la oreja y luego siguió andando, apartándose del campo y dirigiéndose a una pequeña zona del vestíbulo. Dejó su bandeja de perritos calientes en una mesa plegable contra la pared, pasó una tarjeta magnética por un sensor y desapareció por una puerta que ponía «Solo personal autorizado».

Austin se acercó a la bandeja. Era de acero inoxidable isotérmico y tenía un gran imán pegado que decía «Perritos calientes, 8 $». Austin dedujo que la bandeja isotérmica podría usarse para diferentes productos en distintos días, cambiando los imanes en función de lo que se vendiera.

Miró a su alrededor y, tras coger una servilleta de la bandeja, despegó lentamente el imán. Una parte de él sabía que se estaba comportando de forma extraña, puede que incluso paranoica. Pero no le cabía duda de que el vendedor había estado actuando de un modo raro.

No iba a sobrepensarlo.

Si tenía suerte, el todoterreno de Darlene estaba tan bien equipado como JB decía.

5

Lunes, 17:05

Ridley y Anna se habían cambiado de sitio para sentarse juntos, así que el asiento al lado de Darlene estaba libre. Austin se sentó a su lado, preguntándose cómo empezar. Se imaginó que la petición que estaba a punto de hacerle le parecería algo entre sorprendente y demencial.

—¿Qué pasa? —preguntó Darlene—. Pareces un flan.

Austin tardó un momento en entender a qué se refería y no pudo evitar sonreír. —¿Tienes una forma curiosa de expresarte.

Ella sonrió. —Me gusta vestir de gala mis pensamientos antes de sacarlos a pasear. —Abajo, en el campo, un equipo de operarios del estadio estaba montando una pequeña tarima para un artista, que esperaba cerca con una guitarra, listo para tocar el himno nacional.

—Oye, tengo una corazonada —dijo Austin—. Probablemente no sea nada, pero, en fin..., ¿te importaría que fuéramos a tu todoterreno? Tienes un maletín de investigación allí, ¿verdad?

Ella ladeó la cabeza. —No es tan preciso como un laboratorio, pero es la leche. ¿Por qué?

Austin se encogió de hombros, medio avergonzado. —¿Me sigues la corriente?

Ella echó un vistazo al campo y luego se levantó. —El saque inicial es en unos veinte minutos. ¿Por qué no?

Salieron de las gradas y entraron en el pasillo interior, donde cientos de aficionados se hacían con las últimas cervezas y algo de comer antes del comienzo del partido. Hacía años que Austin no iba a un partido de fútbol americano y le sorprendió la variedad y la calidad de la comida que se ofrecía en el estadio: sushi, hamburguesas gourmet, auténtica barbacoa, salmón local a la plancha. —¿Qué ha pasado con la cerveza y los perritos calientes? —preguntó.

—Cariño, la comida de aquí está tan buena que haría a un cura hablar en lenguas. Todavía estoy intentando decidirme entre el sushi y los macarrones con queso y langosta de esa quesería local.

—¿Por qué no las dos cosas? —preguntó Austin.

Ella dejó de andar y se puso las manos en las caderas. —Mírame. No mido ni metro y medio y no peso nada. Como como un pajarito.

—Vale, de acuerdo.

Un hombre alto con vaqueros y una camiseta de los Seahawks se detuvo frente a ellos. —Hola, pequeña —dijo con un exagerado acento sureño que sonaba como el de un mal actor intentando imitar un acento de Alabama. No aparentaba más de veinticinco años, con una mandíbula de príncipe de Disney y una cara bien afeitada que no había visto mucho el sol.

Darlene se puso de puntillas para darle un abrazo con un solo brazo. —Denny, este es Thomas Austin. —Se giró hacia Austin—. Denny es de la policía de Seattle. Trabaja de incógnito en la seguridad del estadio.

—Hoy no —dijo Denny—. Trabajo un partido sí y otro no. Hoy estoy aquí como aficionado. —Señaló el «12» de su camiseta de los Seahawks—. ¿Está JB por aquí?

Darlene asintió en la dirección de la que venían. —Está arriba, en los asientos normales.

—Genial, genial. —Denny se dio la vuelta para marcharse, diciendo por encima del hombro—: A lo mejor te veo. Estoy unas veinte filas más abajo.

Continuaron caminando en silencio y, una vez que llegaron al aparcamiento, fuera del alcance del oído de la multitud, Darlene preguntó: —¿Y bien? ¿Qué está pasando en realidad?

Austin le explicó lo del vendedor sospechoso y cómo había birlado el imán de la bandeja de perritos calientes. Para cuando terminó, estaban junto al todoterreno de Darlene y ella negaba con la cabeza, con una sonrisa irónica en la cara. —Joder, cielo, Anna tenía razón contigo.

Esto pilló a Austin por sorpresa porque, hasta donde él sabía, Anna y Darlene no se conocían hasta que se habían encontrado en la fiesta previa al partido. —¿Qué quieres decir?

—Te lo diré, pero deja que ponga esto en marcha.

El aparcamiento estaba ya casi vacío, solo unos pocos aficionados se apresuraban a entrar en el estadio. Austin sacó el imán y lo desenvolvió de la servilleta, con cuidado de tocar solo los bordes. Se lo entregó a Darlene. —¿Huellas?

Ella asintió, con el rostro serio.

Mientras la observaba trabajar, podía oír las débiles notas del himno nacional arrastradas por el viento. Sus dedos eran ágiles mientras manejaba el escáner de huellas dactilares portátil, con el ceño fruncido por la concentración. Colocó el imán sobre un paño estéril en el capó de su coche. A continuación, aplicó con cuidado cinta de levantamiento sobre el imán y la presionó firmemente, entrecerrando los ojos con determinación. Retiró la cinta lentamente; el contorno de una huella dactilar había quedado capturado en el adhesivo transparente.

—La tengo —anunció Darlene.

Austin asintió. —Buen trabajo.

A continuación, Darlene colocó la cinta adhesiva en una ficha dactilar, alisándola con precisión. Luego introdujo la ficha en el escáner portátil. Austin observó cómo el pequeño dispositivo cobraba vida con un zumbido.

—Espero no estar haciéndote perder el tiempo.

—No es ninguna pérdida de tiempo, cielo —dijo ella, apoyada en el capó de su coche—. Siempre me encanta presumir de mi todoterreno tuneado. Tardará un par de minutos.

Probablemente no llevaría a ninguna parte, pero molaba ver a Darlene en acción.

Queriendo y a la vez *no* queriendo saber a qué se refería con lo de Anna, Austin preguntó:

—¿Qué tal son estos escáneres portátiles en comparación con los que usan en un laboratorio?

Darlene le echó un vistazo antes de volver a centrarse en el escáner.

—Bueno, la tecnología de los escáneres portátiles ha avanzado mucho. Este es el escáner e identificador inalámbrico MorphoIDent. Más compacto y portátil que los modelos anteriores, y muchísimo más que el equipo de laboratorio, pero sigue siendo bastante preciso. Como diría mi padre, la tecnología avanza imparable.

Austin asintió.

—Ya lo creo. Y cada vez más siento que me estoy quedando atrás en la granja. Cuéntame cómo es el proceso.

—En un laboratorio, lo normal es que usen una combinación de técnicas químicas y ópticas para realzar la huella y compararla con una base de datos —explicó—. Con este escáner portátil, usamos imágenes digitales, lo que agiliza el proceso. Pero no está exento de limitaciones.

A Austin le impresionó su capacidad para ponerse en modo profesional.

—¿Qué tipo de limitaciones?

—El escáner portátil depende en gran medida de la calidad de la huella recogida y a veces puede tener problemas con las parciales o las distorsiones —dijo Darlene—. En un laboratorio, tienen equipos y técnicas más avanzados para ayudar a superar esos desafíos.

Mientras hablaba, la pantalla del escáner parpadeó y los segundos pasaron. Darlene continuó:

—Puede haber falsos positivos y la base de datos puede no estar actualizada. Pero nos dará un buen punto de partida.

El aparato emitió una luz verde.

—Ahora está buscando en la base de datos. Si hay una coincidencia, no tardará en salir.

Darlene se apoyó en el coche, lanzándole una mirada juguetona a Austin.

—Sabes, en este mundo hay tres tipos de policías —dijo, pareciendo forzar el acento un poco más de lo normal—. Están los que trabajan duro, hacen su trabajo y no dejan que les consuma cada momento del día. Esos son la mayoría. Hay un puñado de los malos. Corruptos, ineptos, brutales. No tenemos a ninguno de esos en nuestro departamento, pero con casi un millón de agentes en el país, es normal que haya algunos. Y luego, están los tíos como tú, Austin.

Él no dijo nada, solo la observó, intentando decidir si debía sentirse insultado o halagado.

Darlene soltó una risita, con la mirada divertida.

—O sea, aquí estamos, en una noche perfecta, un partido perfecto. Dentro tienes a una mujer guapísima, inteligente, independiente, *soltera*, que está loca por ti. —Frunció el ceño—. Y tú estás aquí fuera, en el aparcamiento, intentando resolver un crimen que no existe. Y para colmo, ya ni siquiera eres detective. *Literalmente*, no es tu trabajo. Tienes… —se interrumpió, negando con la cabeza—. Tienes que aprender a relajarte, Austin. A disfrutar un poco de la vida, ¿sabes? No todos los momentos tienen que consistir en resolver un caso o descubrir alguna verdad oculta. —Lo miró directamente a los ojos y él supo que le caía bien, pero que le estaba exponiendo lo que ella creía que era una dura realidad—. Solo he aceptado venir aquí contigo para poder decirte eso.

Él suspiró.

—Entonces, ¿qué ha dicho Anna?

—Cuando estabas *recogiendo pruebas*, le he preguntado por ti. Ya sabía que le gustabas por cómo te ha protegido cuando ha salido el tema de tu mujer.

Ahora Austin estaba confuso.

Darlene soltó una risita.

—Antes, cuando he preguntado si estabais casados (por cierto, perdona por eso), ella se ha dado cuenta de que era un tema difícil y ha desviado la conversación. Para protegerte.

Austin ni siquiera se había dado cuenta.

Darlene le guiñó un ojo.

—Las mujeres damos todo tipo de pistas, Thomas Austin, pero tienes que prestarles atención a *ellas*, no a vendedores de perritos calientes cualquiera. —Suspiró—. En fin, me ha dicho que le preocupa que no estés disponible. Emocionalmente. Que no estás preparado. Y, no es por ser aguafiestas, pero aquí estás en el aparcamiento conmigo en vez de ahí arriba con ella. Así que, a lo mejor tiene razón.

Austin sintió una punzada de culpabilidad.

—Si yo fuera tu terapeuta —bromeó Darlene, poniendo una voz estirada y remilgada—, te diría algo como: «Señor Austin, ¿es posible que esté usando su trabajo —incluso un trabajo inventado que no le corresponde— para evitar forjar relaciones personales estrechas con quienes le rodean?». O, si fuera mi abuelo, diría: *«¿Pero es que se te ha ido la olla?».*—dijo.

Austin sabía que ella tenía razón, pero parecía incapaz de evitarlo.

Darlene le puso una mano en el hombro.

—¿Un consejo gratis?

—Claro —dijo Austin.

—Te contaré otra cosa que me decía mi madre. El amor es como el juego de la patata caliente, solo que la patata es un cactus y tú no llevas guantes. Te vas a pinchar, pero tienes que jugar de todas formas.

Justo en ese momento, un pitido señaló el final de la búsqueda. A Darlene se le abrieron los ojos como platos.

—Tenemos una coincidencia —dijo, con voz emocionada.

Austin sintió que el corazón se le empezaba a acelerar.

—¿Quién?

Darlene giró el cuerpo para tapar el reflejo en la pantalla.

—¿Te suena de algo el nombre de Michael Bolov?

—No —respondió Austin—, pero la verdad es que últimamente no estoy muy al día.

Darlene examinó el dispositivo.

—Árabe de origen ruso de la República de Daguestán, región del Cáucaso. Sin arrestos desde 2009, pero está en un par de listas.

Mm, esto es interesante. Su apodo es el Demonio de Daguestán.

6

Darlene no apartaba la vista del móvil mientras cruzaba el aparcamiento. —¿Avísame si me voy a chocar con algo, vale, cariño?

—Claro —dijo Austin, guiándola para que esquivara un charco de algún líquido no identificable.

En la base de datos de la policía a la que tenía acceso, lo único que Darlene había encontrado sobre Michael Bolov eran sus antecedentes penales y condenas. Así que, mientras volvían a cruzar el aparcamiento, leyó en voz alta una página web llamada Terrorist Tracker. Austin no tenía ni idea de si era fiable o no, pero era un punto de partida.

—Michael Bolov, nacido el 25 de agosto de 1985, es un árabe de origen ruso al que se ha relacionado vagamente con varios complots para atentar con bomba y otros actos terroristas. Algunos creen que es el infame «Demonio de Daguestán», una misteriosa figura responsable de una serie de atentados de gran repercusión por toda Rusia y Europa. Bolov es oriundo de la República de Daguestán, un sujeto federal de Rusia situado en la región del Cáucaso, conocida por su diversidad étnica y su inestabilidad ocasional.

Austin le puso una mano en la espalda para apartarla de un coche. Ella levantó la vista, pero volvió a la pantalla casi de inmediato.

—La infancia de Bolov sigue envuelta en el misterio —continuó—, con pocos detalles verificables sobre su crianza o su familia. Algunas informaciones sugieren que se crio en un entorno radicalizado, donde estuvo expuesto a ideologías extremistas a una edad temprana. Sin embargo, estas afirmaciones nunca se han podido demostrar de forma concluyente.

—¿Hay algo sobre delitos? —preguntó Austin—. Todo eso parece mucho ruido y pocas nueces. O, como diría tu abuela, mucho lirili y poco lerele.

Darlene enarcó una ceja. —La verdad es que no es una mala imitación de mi abuela. —Tras examinar la página, continuó—. Esto es larguísimo, pero... ah, aquí hay algo. «El primer incidente importante relacionado con Bolov se produjo en 2007, cuando una serie de atentados coordinados con bombas tuvieron como objetivo los sistemas de transporte público de Moscú, causando docenas de muertos y cientos de heridos. Los investigadores descubrieron pruebas de que Bolov había estado en contacto con los autores de los atentados antes de que se produjeran, lo que levantó sospechas de su implicación. Sin embargo, no se pudo establecer ninguna relación directa y nunca fue acusado de ningún delito relacionado con los atentados».

Hizo una pausa mientras Austin la guiaba para rodear a un hombre que se había pasado con la fiesta previa y al que un par de amigos con camisetas de los Seahawks ayudaban a levantarse del suelo. Prosiguió, diciendo: —Aquí está el arresto, por eso sus huellas están en la base de datos: «En 2009, Bolov fue condenado por un delito grave en Estados Unidos, donde residía, en Seattle. Se le declaró culpable de facilitar una identificación falsa para comprar material de comunicaciones restringido, un delito con vínculos potenciales pero indirectos con actividades terroristas. Bolov fue condenado a dos años de prisión por este delito. Tras su puesta en libertad, decidió permanecer en Seattle, donde las fuerzas del orden lo han mantenido bajo estrecha vigilancia debido a las persistentes sospechas sobre su pasado».

Se detuvieron para escanear sus entradas de nuevo y volver a entrar en el estadio. Austin la guio escaleras arriba mientras ella

continuaba.

«A pesar de la falta de pruebas concretas que vinculen a Bolov con el personaje del "Demonio de Daguestán", siguen circulando diversas teorías. Algunos afirman que es un miembro de bajo rango de una organización terrorista, mientras que otros sugieren que podría ser un lobo solitario. Otros insisten en que fue condenado injustamente, un hombre inocente que ha sufrido una persecución racial injusta derivada de su condición de minoría como árabe de origen ruso. A sus 38 años, la vida de Bolov sigue siendo fuente de intriga y debate entre expertos en seguridad e investigadores. Sin pruebas definitivas de su implicación en ningún atentado terrorista de importancia, la cuestión de si Michael Bolov es el célebre "Demonio de Daguestán" sigue sin respuesta. Por ahora, continúa residiendo en Seattle».

El partido estaba a punto de empezar y Austin podía sentir la expectación del público mientras llegaban al pie de la escalera que llevaba a sus asientos en el Nido del Halcón. Darlene se guardó el móvil en el bolsillo. —Recuerda —dijo—, esto es un puto blog. Para saber algo de verdad necesitaríamos la base de datos federal, y no la vamos a conseguir aquí fuera.

Austin asintió. —Ya, pero suponiendo que el escaneo de la huella fuera correcto, es para preguntarse cómo un tipo así consigue un trabajo en un estadio. Estoy totalmente a favor de dar a la gente una oportunidad cuando sale de la cárcel después de haber cumplido su condena, pero... no sé... algo no cuadra. Voy a hablar con seguridad.

Darlene se mostró evasiva. —Vale, pero por favor, déjame al margen. Seguro que no es nada, y sabes tan bien como yo que analizar esa huella es de una ética dudosa, y desde luego no es una prueba que pueda usarse para...

—Lo sé —dijo Austin—, y seguro que hay una explicación. El tipo probablemente estaba enfermo o algo así y por eso dejó sus cosas. Solo tengo que quitarme la espinita.

Austin miró hacia su fila, donde Anna bebía una cerveza y charlaba con Ridley, que tenía los ojos pegados al campo. Austin sabía que tanto él como Rachel veían el partido de forma diferente a

los demás. El padre de Rachel había calentado banquillo para los 49ers durante tres temporadas cuando ella era pequeña y todavía veía cada partido como si su próxima comida dependiera del resultado. Ridley había jugado al fútbol americano en la universidad y entendía el juego a un nivel que la mayoría de los aficionados ocasionales no alcanzaban.

Aun así, Austin se preguntó si podría sacarlo del partido para que le ayudara con lo que planeaba hacer a continuación.

7

Austin se quedó desconcertado por un momento al conocer a la jefa de seguridad. No estaba seguro de qué esperaba exactamente, pero desde luego no era a la mujer menuda y de mediana edad que lo saludó con un afable «Hola» tras cinco minutos de espera. —Evelyn Harris —dijo—. Me llaman Ojo de Águila.

Austin había convencido a Ridley para que lo acompañara, con la esperanza de que su estatus le diera más posibilidades de hablar con alguien al mando. Y había acertado. Ridley había mencionado que era el detective principal del condado de Kitsap —justo al otro lado de la bahía desde Seattle— y el joven del mostrador había llamado de inmediato a la jefa de seguridad.

—He visto algo sospechoso —dijo Austin, estrechándole la mano —, y he pensado que usted sería la persona indicada a la que decírselo.

El pelo corto y canoso de Evelyn estaba pulcramente peinado hacia atrás, y vestía un uniforme azul marino con el logo del estadio bordado en el bolsillo izquierdo del pecho, un par de botas negras bien lustradas y un cinturón de servicio que contenía su equipo de seguridad esencial. El uniforme estaba impecable y perfectamente entallado, proyectando una imagen de autoridad y competencia. Tenía un colorido tatuaje de un colibrí en la muñeca izquierda, que

asomaba bajo la manga del uniforme. Ella enarcó una ceja. —¿Desde luego, qué ocurre?

—¿Hay alguna posibilidad de que tengan un empleado llamado Michael Bolov? —preguntó Austin.

Evelyn soltó un largo suspiro, negando con la cabeza y mirando al suelo. —Maldito Programa de Garantía.

Austin estaba confuso. Esperó a que ella levantara la vista y entonces le hizo la pregunta con una sutil inclinación de cabeza.

—Ah, disculpe —dijo ella—. No todo el mundo tiene que lidiar con esta mierda. El Programa Federal de Garantía es una iniciativa para dar trabajo a exconvictos. Se supone que ayuda a las personas con antecedentes penales a superar las barreras laborales y a adquirir experiencia, lo que puede conducir a una mayor autosuficiencia y a una reducción de la reincidencia. *Bla, bla, bla*, ¿no? Básicamente, la garantía cubre el rendimiento en el trabajo. Esa es la versión oficial, en fin. Si me pregunta a mí, deberían dejar que cabrones como Bolov se pudran en la cárcel o mueran en la calle. —Tomó aire—. Lo siento. Sé lo mal que suena, pero…

—Entonces, ¿*sí* que trabaja aquí? —preguntó Ridley.

—Trabaja*ba* aquí, hasta hace unos veinte minutos —dijo Evelyn, frotándose el tatuaje del colibrí en el brazo—. A ver si adivino, ¿lo vio usted actuar de forma extraña?

Austin asintió. —Vi a un hombre con un auricular, lo que me pareció raro. Podría no ser nada. Solo sentí curiosidad. —Esperaba que ella no le preguntara cómo sabía que era Bolov y, por suerte, no lo hizo.

Evelyn se puso las manos en las caderas. —Ya lo hemos pillado tres veces escuchando pódcasts con sus auriculares bluetooth. Estoy en contacto con el jefe de los puestos de comida y, básicamente, ha abandonado el trabajo. Dejó la bandeja de perritos calientes y se largó.

Austin sopesó la información. —¿Cuánto tiempo ha trabajado aquí?

—Tendría que mirarlo en su expediente. Quizá un año. No soy su supervisora, pero me informaron de su contratación cuando entró.

Sinceramente, es uno de los tres exconvictos que tenemos, con lo difícil que es encontrar empleados hoy en día.

Ridley preguntó: —¿Nunca han tenido ningún problema con él?

—Ninguno que haya llegado a mi conocimiento. Un empleado pésimo, desde luego, pero nada de lo que preocuparse.

Austin frunció el ceño. —¿Así que ha dejado el trabajo en mitad del turno?

Ella asintió. —Lo tenemos grabado saliendo del aparcamiento.

Ridley parecía escéptico. —¿Algo más inusual que esté ocurriendo?

—Nada. Lo vigilamos igual que vigilamos todo por aquí. Conozco todos los rumores sobre él. Puede que sean ciertos, puede que no. Podría estar ahora mismo de vuelta en Rusia para unirse a algún grupo extremista. Pero durante su tiempo aquí, lo único que hizo fue despachar perritos calientes. Y mal.

8

Lunes, 17:30

Al final de su sección, Austin vio a Chad Buckminster, que parecía estar terminando una llamada con el móvil mientras estaba de pie en medio del pasillo que conducía a sus asientos.

—Te conozco —dijo Chad, moviéndose para cortarle el paso a Austin—. ¿Podemos hablar un minuto?

Austin cruzó una mirada con Ridley. —Te veo arriba.

Cuando Ridley se marchó, Austin fulminó a Chad con la mirada, agarrando con fuerza una cerveza en cada mano. —¿Qué quieres? El partido está a punto de empezar. —El estadio se había llenado hasta la bandera y faltaban minutos para el saque inicial.

Chad se guardó el móvil en el bolsillo de lo que parecían unos vaqueros de diseño. Eran de un blanco brillante, como algo de los ochenta, pensó Austin. Combinados con la americana azul claro de Chad, parecía sacado de un episodio de *Corrupción en Miami*. Austin no estaba al día de las tendencias de la moda, pero quizá los ochenta habían vuelto y él no se había enterado.

—Quería disculparme —dijo Chad—. Sé lo que debes de pensar de mí. Sé que soy un gilipollas. Y sé que probablemente me culpas por lo que le pasó a David. —Su rostro se contrajo incómodamente, como si fuera físicamente alérgico a disculparse.

Aun así, era lo último que Austin se habría esperado de Chad. —Si no hubieras salido de tu casa, David nunca habría acabado en el mismo sitio que el…

Dejó la frase a medias, con los sentidos abrumados por el recuerdo de lo que le había sucedido a David. Saboreó muchos sabores a la vez: caramelo dulce, salsa picante, champiñones umami, pomelo amargo y media docena más. Era como si alguien hubiera vaciado un supermercado entero en una olla de cocción lenta. Había experimentado esa sensación abrumadora en los meses posteriores a la muerte de Fiona. Era la forma en que su sinestesia se manifestaba cuando se enfrentaba a un dolor demasiado intenso para sentirlo.

Tragó saliva con fuerza, haciendo a un lado el sabor —y los sentimientos—. Fijó la mirada en Chad. —No sirve de nada remover el pasado. Si quieres disculparte con alguien, llama a la viuda de David.

Chad ignoró la sugerencia. —Tengo pesadillas sobre cómo pasó todo. Danielle ya ni me habla, y seguramente hace bien. Solo quiero que sepas que *creía* que estaba ayudando. Cuando salí de casa, fue para ayudar. Sé que me equivoqué de lleno, y de verdad que lo siento.

Austin le miró fijamente a los ojos. Había en ellos una vacuidad confiada y Austin no estaba seguro de si Chad le estaba tomando el pelo, o si simplemente eran tan diferentes que no había posibilidad de una conexión real. Aun así, era una disculpa y parecía bastante sincera. —Gracias —consiguió decir Austin—. Sé que tus intenciones no eran malas. Y si David no hubiera sido tan temerario…, bueno, al final él es el responsable de lo que hizo, no tú.

Chad dejó escapar un largo suspiro. —Gracias. Me quita un peso de encima oírte decir eso, porque en realidad no creo que hiciera nada malo y…

Austin levantó ambas manos para hacerlo callar. —Chad, para ya. No alarguemos esto más de la cuenta. Ponte en contacto conmigo si quieres el número de su mujer. —Austin subió un par de escalones hacia su sección y luego se giró—. Y deja en paz a los jugadores. Te

oímos desde ahí arriba… —señaló hacia el Nido del Halcón—, y culparlos por tus estúpidas apuestas no te deja en buen lugar.

Volvió a subir la larga fila de escalones de cemento y se dejó caer junto a Anna, pasándole una cerveza. —Perdona —dijo—. Te prometo que ya estoy aquí.

—¿No te has cogido nada de comer?

—Joder —dijo Austin. Había estado tan distraído pensando en Michael Bolov que había olvidado el hambre que tenía—. Voy a hacerle señas a un vendedor. —Buscó con la mirada, pero no vio a ninguno.

—¿Quieres contarme qué has estado haciendo? —preguntó Anna —. Quiero decir, Darlene me ha contado algo, pero…

—No, no es nada. Tenía una corazonada sobre algo, pero… no, está controlado. —Levantó su cerveza—. Venga, brindemos, ¿vale? Disfrutemos del partido.

Anna levantó su vaso y lo chocó suavemente contra el de él.

El griterío del público aumentó y la mayoría se puso en pie para el saque inicial. Los Seahawks habían ganado el sorteo y habían cedido la posesión para la segunda mitad, así que cuando los 49ers recibieron la patada inicial y el retornador fue placado brutalmente en la línea de la yarda quince, el público estalló en una ovación tan ensordecedora que Austin sintió que se mareaba. Había estado en suficientes partidos de fútbol americano en su vida como para saber que eran ruidosos, pero nunca había oído nada parecido.

—Y eso es solo la primera jugada —dijo Anna—. Espera a vivir un partido reñido en el último cuarto. Cuando el otro equipo tiene el balón, es como si el público intentara partir al *quarterback* por la mitad con el ruido. En el partido del campeonato de la NFC de 2014, creo que se cargaron a un líbero ofensivo o dos.

Austin sonrió. —Un poco más ruidoso que en Hansville. Pero me gusta.

—Ciento treinta y siete coma seis decibelios, a solo dos coma cuatro decibelios de causar daños auditivos permanentes —dijo Anna—. Y ciento noventa y cinco decibelios te matarían.

—¿Cómo sabes todos esos detalles? —preguntó Austin.

—Lo he leído en internet mientras te esperaba. —Anna le lanzó una mirada acusadora.

Austin sonrió y articuló con los labios: —Lo siento.

Durante la siguiente media hora vieron el partido, intercambiando algún que otro comentario, pero sobre todo animando mientras la defensa de los Seahawks obligaba a los 49ers a despejar el balón varias veces. Los Seahawks avanzaron con el balón, pero una pérdida de posesión se lo devolvió a los 49ers, que rápidamente hicieron un tres y fuera.

La jugada más importante del partido llegó cuando el retornador de *punt* de los Seahawks consiguió un retorno de cuarenta yardas que puso al equipo local a distancia de *field goal*. El ataque no pudo avanzar el balón, pero un *field goal* puso el marcador 3-0 al final del primer cuarto.

Austin se levantó y estiró los brazos. —Esto es intenso —dijo.

El público se había calmado un poco durante la larga pausa publicitaria entre cuartos, y Austin aprovechó la oportunidad para decir algo que le rondaba por la cabeza. —Antes —empezó con torpeza—, cuando ha aparecido Fiona, has desviado la conversación. Para protegerme.

Anna se levantó también y sonrió, un poco avergonzada. —A mí no me gustaría hablar de mi ex con gente nueva. No es que yo pasara por lo que tú pasaste, pero aun así, es un tema delicado para ti. Se nota.

—Te lo agradezco —dijo Austin—. Ha sido un detalle por tu parte.

Ella bajó la mano y le apretó la suya. De repente, su rostro se puso serio. —Mira, los dos estamos en la cuarentena, ¿no? A los dos nos han pasado cosas muy jodidas en la vida. Recuerda la placa que te di, *Merece la pena luchar por el mundo*. Pues creo que lo mismo se aplica a nuestra vida personal. No te merecías lo que te pasó, lo de Fiona. Pero *pasó*. El otro día estaba escuchando un podcast y el locutor hablaba de un grupo terrorista político. Dijo algo sobre el duelo. Que cuando no lo procesas, se agria. Puede estropearlo todo. Sé que tu duelo por Fiona sigue ahí. Pero creo que merece la pena luchar por tu felicidad.

Austin sonrió y estuvo tentado de inclinarse para besarla, pero la voz de Ridley lo distrajo. —¿Dónde está Darlene?

Austin estaba sentado en el extremo, con Anna a su lado y Ridley junto a ella. Rachel y JB completaban su fila en los bancos de madera, y con el ruido del público era imposible conversar con nadie que no fuera tu vecino inmediato, a menos que el juego se detuviera.

—En el coche —dijo JB, levantándose y haciendo señas a un vendedor de *pretzels*—. Cuando ha ido allí con Austin, se dejó el bolso y le preocupaba que se lo quitaran.

Anna tiró de la mano de Austin. —Tenía la sensación de que estábamos teniendo un momento especial.

Él la miró a los ojos e hizo una pausa. De repente, ella se inclinó y le dio un beso en los labios. Fue un beso rápido, nada más, pero le hizo sonreír.

Austin le apretó la mano. Quería decir algo, pero no encontraba las palabras.

La cara de Anna se sonrojó y señaló a Rachel. —Mira qué cabreada está. Su equipo solo va perdiendo por tres a cero y parece que va a echar espumarajos por la boca.

—¿Seguro que no es solo porque está embarazada de ocho meses y sentada en un banco de madera duro?

—Qué va —dijo Anna—, por lo que me ha contado Ridley, se pone de mala leche, pero de mala leche de verdad, cuando los Niners van perdiendo.

Austin se rio.

Rachel le gritó al campo, a nadie en particular. —¡Segundo cuarto! Ya veréis.

Austin miró a JB, que hablaba por el móvil con cara de preocupación. —¿Qué? Espera, ¿más despacio? ¿Qué?

Austin se inclinó para intentar oír.

—¿Y no te dejan volver a entrar? —preguntó JB—. ¿Por qué? —Escuchó un momento y luego dijo—: Tienes el móvil para escanear y… no tiene ningún sentido… —Vio que ahora todos los escuchaban, pues era evidente que hablaba con Darlene. Tapó el micrófono del móvil con la mano—. No la dejan volver a entrar en el estadio. Algo

sobre… no sé. —Volviéndose hacia Darlene, dijo—: Cariño, déjame hablar con ellos. —Esperó y luego preguntó—: ¿Hola? ¿Hola? —Extendió el móvil, mirando la pantalla—. Se ha cortado la llamada. —Intentó marcar—. No marca. Se ha ido la cobertura. Cero rayas.

Austin sacó el móvil del bolsillo. Él tampoco tenía cobertura.

JB volvió a intentarlo, pero la llamada seguía sin conectar.

—A lo mejor se ha caído la antena de telefonía o algo —sugirió Rachel.

—Es posible, ¿pero de Verizon? —dijo Ridley, mirando su móvil—. No hay tormenta y por esta zona hay sistemas de respaldo de sobra.

—De AT&T tampoco hay nada —añadió Anna—. Y el wifi tampoco funciona.

—¿Hay wifi aquí? —preguntó Austin.

—Ahora mismo no —dijo Ridley—. Antes, durante el partido, sí que iba.

Austin echó un vistazo a su sección y luego al campo. Los jugadores se estaban reuniendo para el comienzo del segundo cuarto y al menos unas cuantas docenas de personas miraban sus móviles, al parecer preguntándose lo mismo que ellos.

A Austin se le encogió el estómago y notó un sabor amargo, seco, a tostada quemada. Pavor.

No sabía qué estaba pasando, pero no pudo evitar pensar en Michael Bolov.

9

Lunes, 18:29

Darius se deslizó entre las sombras del palco de los entrenadores mientras su equipo irrumpía en él: figuras vestidas de negro que asaltaban una zona brillantemente iluminada. Sus movimientos estaban sincronizados, como los arcos de los violines en una sinfonía. La sala olía a café rancio y a sudor, y el suelo estaba cubierto de papeles arrugados y diagramas esbozados con rotuladores de tinta casi agotada.

En cuestión de segundos, su equipo había reducido a los entrenadores y a sus ayudantes, arrancándoles los auriculares en un amasijo de cables. Algunos gritaron en señal de protesta, forcejeando inútilmente mientras les retorcían los brazos a la espalda y se los sujetaban con bridas. Otros estaban demasiado aturdidos para decir nada. Uno intentó coger el teléfono, pero descubrió que no tenía conexión. Sus hombres se habían pasado semanas estudiando las rutinas de todos los que estarían en la sala. Eran hombres duros, pero, desarmados, no tuvieron ninguna oportunidad.

En menos de dos minutos, la sala quedó vacía a excepción de Darius. Se habían llevado a los entrenadores maniatados para encerrarlos en la zona de retención designada.

Darius salió de entre las sombras, con la mirada recorriendo el estadio de sesenta mil aficionados desprevenidos. El olor metálico del miedo flotaba en el aire y las brillantes luces del estadio proyectaban duras sombras por toda la sala. Abajo, en el campo, los jugadores se miraban confusos, preguntándose por qué no se reanudaba el partido. De un momento a otro, los árbitros les comunicarían que había un problema con la señal de televisión y que el partido se retrasaría temporalmente.

Debería haber sido el momento de mayor orgullo para Darius y, sin embargo, sintió una punzada de arrepentimiento por el rumbo que había tomado su vida.

De niño, había querido ser músico, inspirado por la Cuarta Sinfonía de Adham El-Sayed, *La sinfonía oscura*. Le cambió la vida la primera vez que la escuchó. Darius había quedado cautivado por la obra maestra de El-Sayed: el sobrecogedor solo de flauta *ney* que abría el primer movimiento y representaba la pena por la gloria desvanecida de Egipto. Pero la potente melodía que surgía del caos le infundía esperanza. Su intensidad le recordaba la fuerza de Egipto, su cultura que persistía a través de los siglos, de los milenios. En el último movimiento, la orquesta y los instrumentos tradicionales se unían en uno solo, reclamando la grandeza pasada y celebrando el espíritu eterno de Egipto. El-Sayed había fusionado los ritmos del Nilo con las formas occidentales, canalizando cinco mil años de historia en ochenta y siete minutos de sonido y silencio organizados.

El genio de El-Sayed era la inspiración de Darius, la razón por la que soñaba con tocar un instrumento algún día. De niño, en El Cairo, recibió clases de música. Además de practicar con instrumentos de cuerda, se le exigió que estudiara la terminología italiana de uso común en la música clásica: *pianissimo*, muy suave; *da capo*, desde el principio; *al fine*, hasta el final.

Tenía buena memoria y facilidad para los idiomas. Pero a pesar de las clases, no tenía talento para la música. Por muy aguda que fuera su mente, sus manos y sus dedos nunca cooperaban. Sus padres, ambos profesores de la Universidad de El Cairo, lo animaron

a que aprendiera sobre tecnología, y fue ahí donde acabó destacando.

Ahora era el momento de interpretar su propia sinfonía oscura. La sinfonía del terror que llevaba dos años componiendo. Una que nunca había querido componer, pero ahí estaba a pesar de todo.

Y él era un director de orquesta magistral.

Su plan se había desarrollado a la perfección. Habían bloqueado con éxito las señales de telefonía móvil y de wifi, dejando el estadio en estado de aislamiento tecnológico. Solo él y su equipo tenían medios para comunicarse, gracias a sus walkie-talkies y teléfonos por satélite. Bluetooth, wifi… cualquier otra forma de comunicación había quedado inutilizada.

Consultó su reloj. Faltaban dos minutos en la cuenta atrás. Y todo estaba listo.

En ese momento, Anwar al-Raymi estaba llevando a cabo una serie de fortificaciones coordinadas. Al-Raymi y su equipo sellarían las salidas, apostarían hombres en secciones clave por todo el estadio y asegurarían zonas importantes.

Sus hombres infiltrados —algunos chantajeados por el propio Darius, otros colocados estratégicamente en puestos de poder— también estaban realizando diversas tareas.

Mientras contemplaba los siguientes pasos, la mente de Darius se desvió hacia la jefa de seguridad, Evelyn. Mucho dependía de ella. Le había costado mucho convencerla para que se uniera, pero había demostrado ser una mentirosa nata. Había seleccionado cuidadosamente la lista del personal de seguridad para esa noche, asegurándose de que los guardias más incompetentes y fáciles de corromper estuvieran de servicio. A la mayoría de los hombres y mujeres honrados, experimentados y trabajadores se les había dado la noche libre, dejando el estadio vulnerable.

Darius miró de nuevo su reloj. Noventa segundos.

Pronto, una pequeña explosión tendría lugar en el otro extremo del estadio. Evelyn entraría en acción y convocaría a la mayor parte del personal de seguridad para responder al incidente. Iban directos a una trampa. Mientras se reunían en medio del caos, al-Raymi y su

gente sellarían la zona, encerrándolos y eliminando la mayor parte de la posible resistencia en cuestión de segundos.

El corazón se le aceleró por la expectación y Darius respiró hondo. Había llegado el momento de desvelar su retorcida obra maestra: una sinfonía de caos y destrucción.

Alzó una batuta invisible, moviéndose como un consumado director de orquesta; la batuta se convirtió en una extensión de su mano mientras movía los brazos en el aire, guiando sin esfuerzo a su orquesta hacia un crescendo de caos. El lejano rugido de la multitud era el redoble de timbal que iniciaría el movimiento; el público, ajeno al peligro que acechaba fuera de su vista.

Pronto, ellos también oirían la música.

10

Lunes, 18:35

El sonido era grave y profundo, y resonaba como el rugido de la multitud al ser amplificado por la forma del estadio. Austin levantó la vista, intentando encontrar el origen, pero el estruendo parecía estar en todas partes a la vez.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Anna—. Ha sonado como un trueno.

Austin recorrió con la mirada las gradas de espectadores. Todo parecía normal. —No estoy seguro, pero… —Exploró el campo, donde muchos de los jugadores se habían quitado el casco y miraban a su alrededor confusos. Un árbitro agitaba los brazos, como si estuviera suspendiendo el juego. Algunos jugadores trotaban hacia las bandas, otros hablaban en pequeños grupos.

Durante un largo instante, todo el mundo a su alrededor pareció tan confuso como él. Entonces, la voz del locutor del estadio sonó por los altavoces.

—Señoras y señores, su atención, por favor. Hemos sufrido un pequeño incidente en la esquina sureste del estadio. Una caja de fusibles defectuosa. Queremos asegurarles que todo está bajo control y no se ha informado de ningún herido. Nuestro equipo de profesionales del estadio está evaluando la situación en estos

momentos y les pedimos paciencia y comprensión. Por favor, mantengan la calma y permanezcan en sus asientos. No hay motivo para alarmarse. La seguridad y el bienestar de nuestros aficionados, jugadores y personal es nuestra máxima prioridad, y estamos trabajando con diligencia para garantizar que todo el mundo permanezca a salvo.

Anna le tocó el brazo. —¿Qué crees que quiere decir con *un incidente menor*? —preguntó Anna.

La mente de Austin voló de inmediato a Michael Bolov, pero se limitó a negar con la cabeza. El sonido podría haber sido cualquier cosa, pero una pequeña bomba estaba sin duda entre las posibilidades.

El locutor continuó, con la voz más insegura: —Vamos a suspender el juego durante un breve periodo de tiempo mientras nuestros equipos responden al incidente. De nuevo, les pedimos su cooperación y comprensión mientras trabajamos para abordar la situación de forma rápida y eficaz. Su seguridad es nuestra principal preocupación, y estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para garantizar una rápida resolución.

Anna se levantó. —Voy a ir a ver qué pasa.

—No —dijo Austin antes de pararse a pensar en lo que decía—. Quiero decir, dicen que lo tienen bajo control y… —Comprobó su móvil otra vez. Seguía sin cobertura.

—Soy periodista —insistió Anna—. Esto podría ser una noticia.

Austin se volvió hacia Ridley y los demás. —¿Alguien tiene cobertura? —preguntó.

Todos negaron con la cabeza.

Ridley dijo: —A mí ese estruendo me ha sonado a una explosión de algún tipo.

—Tengo que volver con Darlene —dijo JB, poniéndose en pie—. Se nos ha cortado la llamada y…

—Mientras tanto —continuó el locutor—, por favor, permanezcan en sus asientos y absténganse de intentar abandonar el estadio. Queremos asegurarles que nuestros equipos de intervención están abordando la situación. Agradecemos su colaboración en este asunto.

Anna se rio con sarcasmo. —¿Que me quede en mi asiento? ¡Ja! —Se dispuso a avanzar por la fila, intentando pasar a Ridley y sortear la barriga de Rachel.

Como si pudiera verla, el locutor dijo: —Por favor, permanezcan sentados. Una vez más, nos gustaría reiterar que no se ha informado de ningún herido y que la situación está totalmente controlada. Pedimos disculpas por cualquier inconveniente o preocupación que esto haya podido causar, y les agradecemos su continuo apoyo y…

Anna estaba al final de la fila cuando Austin oyó el disparo. Sonó como un estallido fuerte y crepitante a través del sistema de megafonía y puso fin al mensaje del locutor con un silencio ensordecedor.

Anna le lanzó una mirada a Austin. Él le sostuvo la mirada brevemente y luego bajó la vista hacia el pie de la escalera que conducía al campo. Había estallado un pequeño forcejeo y vio a dos hombres, cada uno con lo que parecía ser un subfusil, saliendo del túnel. Uno de ellos —un hombre vestido con vaqueros azules y una sudadera verde— se apostó al final de su sección, mientras que el otro se movió a la derecha para apostarse en otra. Tenía el pelo castaño claro y abultado, que parecía querer escapársele de la cabeza.

Gritos aislados rompieron el silencio como notas agudas de dolor.

Alguien, en algún lugar, soltó una ráfaga de disparos al aire.

Más gritos.

La sensación de que algo iba mal llevaba flotando en el ambiente una hora y ahora había sido desplazada por un horror que no había sentido jamás. Plantando los pies en el suelo, intentó estabilizarse. Anna era la única persona de su sección que estaba de pie y el hombre al pie de la escalera le apuntó con su arma, haciéndole un gesto para que volviera a su asiento.

Corrió por la fila y se sentó junto a Austin, con los brazos y las piernas temblándole.

Austin cruzó la mirada con Ridley, y luego con JB, compartiendo una comunicación silenciosa que hablaba de sus años de servicio policial. Austin sabía que, como él, estaban calculando su próximo movimiento. Como Austin, probablemente estaban pensando que,

entre los tres, podrían abalanzarse sobre el terrorista del pelo abultado y reducirlo. Pero, también como Austin, estaban echando un vistazo por el estadio. Austin contó más de cuarenta hombres y mujeres apostados en la base de diferentes sectores.

Aunque redujeran al de su sector, no serviría de nada.

Ridley bajó la mirada y levantó una mano frente a él, indicando un silencioso *No* a Austin y a JB. O al menos un *Todavía no*.

Austin recorrió con la mirada a la multitud que le rodeaba, antes bulliciosa. Todo el mundo se había quedado petrificado, atenazado por el miedo. Un grito ocasional rompía el aterrador silencio.

De repente, las pantallas de vídeo que había sobre ellos parpadearon. La imagen se volvió completamente negra y los miles de personas a su alrededor levantaron la vista al unísono.

Tras un largo instante, la pantalla se iluminó, mostrando ahora un siniestro texto blanco sobre el intenso fondo negro. A Austin se le encogió el corazón en el pecho.

—Somos los *Al-Rus Yeminiyah*, un grupo unido de combatientes por la libertad yemení-ruso. —Las palabras se desplazaban lentamente por la pantalla, dando tiempo a todo el mundo a leerlas —. Exigimos la liberación inmediata de Hussein Zulfiqar, que se encuentra detenido ilegalmente en la Prisión Federal de Máxima Seguridad de Colorado. Si no se cumple nuestra demanda, a medianoche —dentro de cinco horas y media—, este estadio quedará reducido a escombros. Nadie entra ni sale. Las cuatro rampas de salida principales están minadas con explosivos suficientes para matar a cualquiera en un radio de cincuenta yardas. Los sectores en los que estáis sentados están minados con el doble de esa cantidad. Si osáis enfrentaros a los combatientes por la libertad que hay entre vosotros, detonaremos vuestro sector sin dudarlo. Nuestros observadores están apostados en cada rincón, observándoos. Si obedecéis, nadie resultará herido. Si el Gobierno de los Estados Unidos se somete a nuestras exigencias, nadie resultará herido. Sin embargo, si decidís no colaborar, o si ellos se niegan a actuar, todos y cada uno de vosotros os enfrentaréis a vuestra ruina esta noche.

Mientras la pantalla volvía a fundirse en negro, Austin sintió cómo la fría garra del miedo se aferraba a su corazón. Saboreó una amargura metálica impregnada de una acidez tan aguda que sintió como si fuera a quemarle la lengua, como si hubiera mordido una vieja moneda espolvoreada con ácido cítrico.

Entonces vio movimiento en el campo: tres personas eran conducidas a la línea de cincuenta yardas, con las manos en la cabeza y las pistolas apretadas contra la parte baja de la espalda.

Una nueva voz sonó por la megafonía, hablando un inglés claro con un ligero acento ruso que hizo que Austin se preguntara si estaba escuchando la voz de Michael Bolov. —Hemos elegido a tres de entre vosotros.

Los tres rehenes fueron obligados a sentarse en el campo con las piernas cruzadas mientras los terroristas les apuntaban a la cabeza con sus armas. Sus rostros aparecieron en la pantalla gigante, filmados por un cámara que trabajaba a punta de pistola.

—Os presento a Timmy Smith, de Bellingham, Washington. Tiene doce años y acaba de volver de Disneylandia. Le gusta el fútbol y ver vídeos de cocina en YouTube. —Al niño de cara regordeta lo obligaron a levantarse y a saludar, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, y luego lo obligaron a sentarse de nuevo.

—Ahora permitidme que os presente a Sally McDougal. —Una mujer corpulenta de pelo rojo brillante fue obligada a levantarse—. Es la directora financiera de InfoTech Systems Management, aquí en Seattle. Tiene tres hijos y siempre lleva repostería sin gluten para las recaudaciones de fondos del colegio.

El hombre de la megafonía continuó, presentando al último rehén, un hombre alto de unos setenta años. —Y este es Javier Julion Garcia III. Sirvió en la Armada de los Estados Unidos de 1975 a 1999, alcanzando el rango de Capitán de Corbeta. Durante su servicio, fue condecorado en múltiples ocasiones por su liderazgo y servicio. Ahora retirado, le gusta pasar el tiempo pescando salmón y haciendo voluntariado en su comunidad. —El terrorista empujó a Garcia al suelo—. Cualquier intento de fuga por parte de cualquiera de vosotros, cualquier atentado contra la vida de uno de nuestros

hermanos, y le dispararemos a una de estas tres personas mientras todos lo veis en la pantalla gigante.

11

Lunes, 18:47

Austin se cambió el sitio con Anna para sentarse junto a Ridley. JB también se había movido para que los tres pudieran oírse. Con la vista al frente y moviendo apenas la boca, Austin dijo:

—JB, Ridley. ¿Cómo lo veis?

Ridley fue el primero en responder.

—Cuento treinta y seis hombres armados que puedo ver desde aquí. Probablemente haya más —dijo con voz firme. Su tono era puramente profesional—. Esto no es un farol, no es un simulacro. Es el peor atentado desde el 11-S, y estamos en medio de todo.

Austin calculó que el estadio albergaba unas trescientas secciones, cada una con alrededor de doscientos aficionados. Sumando todos los palcos, las zonas de prensa y el personal, había más de sesenta mil rehenes en el estadio, todos amenazados para conseguir la liberación de un solo hombre, un hombre del que Austin no había oído hablar en su vida.

JB también tenía la vista fija al frente y la voz tensa.

—Por muy loco que suene, me alegro de que Darlene esté ahí fuera y no aquí dentro. Ha sido mi primer pensamiento.

A Austin se le encendió una bombilla. Darlene sabía lo de Michael Bolov.

—Podrá informar a los federales sobre Bolov, suponiendo que ya estén de camino.

Austin podía imaginarse el caos extendiéndose por todos los cuerpos de seguridad en un radio de cien millas, por no hablar de lo que debía de estar ocurriendo en la residencia del gobernador y en Washington D. C.

—El FBI estará aquí en cuestión de minutos —dijo Ridley—. Fuera del estadio, quiero decir.

—Y el JTTF —añadió JB.

La Fuerza de Tarea Conjunta contra el Terrorismo era una colaboración interagencial que incluía a miembros de las fuerzas de seguridad federales, estatales y locales que trabajaban para prevenir, detectar e investigar el terrorismo. En la batalla por la jurisdicción, lo más probable es que cedieran el mando al FBI, que solía llevar la iniciativa cuando había rehenes.

—Por no mencionar a la policía de Seattle y las delegaciones del DHS y la ATF —Austin negó con la cabeza—. Ahí fuera va a haber una sopa de letras de agencias —Tras un largo silencio, continuó—: Lo que quiero saber es cómo demonios lo han conseguido. Michael Bolov forma parte de esto. Evelyn, la jefa de seguridad, dijo que se había marchado del estadio. Tenía toda una historia… —hizo una pausa, maldiciéndose en voz baja—. Eso significa que ella también está metida en el ajo. Le cubrió las espaldas.

—Maldita sea —dijo Ridley, haciendo sonar la mandíbula—. A mí me convenció. Pero cómo cojones… —dejó la frase en el aire, presionándose las sienes con las manos como si intentara liberar la tensión que se acumulaba allí. Parecía que le iba a salir vapor por las orejas.

—A mí también —dijo Austin, observando al terrorista del pelo alborotado pasearse unas cuantas docenas de filas por debajo de ellos—. Pero no hay tiempo para lamentarse. Tenemos que hacer algo.

—No —dijo JB, girando ligeramente la cabeza para mirar a Austin a los ojos—. Quiero contraatacar tanto como cualquiera, pero piénsalo desde el punto de vista de la gente de fuera del estadio. Son profesionales. Los mejores hombres y mujeres del FBI, de la

policía local y estatal y del JTTF se coordinarán en cuestión de minutos. El Departamento de Seguridad Nacional, como has dicho. Tienen más posibilidades de entrar que nosotros de sacar a nadie.

Austin lo sopesó. Puede que tuviera razón, pero aun así, se sentía como un animal enjaulado, y no había sensación que odiara más. Miró a Anna, cuyo rostro estaba pálido como la cera. Su habitual expresión de confianza y sarcasmo había desaparecido y parpadeaba lentamente como si estuviera aturdida.

Ridley dijo:

—Austin, tengo algo que decirte. Yo… —Una conmoción unas docenas de filas más abajo captó la atención de Ridley y se detuvo a media frase—. Oh, no. Dios mío, no. No lo hagas…

Austin se inclinó hacia delante, esforzándose por ver mejor la sección de abajo. Un hombre cargaba contra el terrorista del pelo alborotado que había estado patrullando el pasillo, con el subfusil sujeto despreocupadamente en las manos. Era Denny, el policía fuera de servicio con el que Austin y Darlene habían estado charlando apenas una hora antes. Su rostro estaba lleno de determinación, pero Austin sabía que aquello era un suicidio.

Denny forcejeó con el terrorista, luchando desesperadamente por arrebatarle el subfusil. Al terrorista lo pilló por sorpresa, pero reaccionó con la rapidez de una cobra. Pivotó y blandió el arma como una porra, estampando la culata en la cara de Denny.

La sangre brotó de la nariz de Denny, pero este se negó a soltarlo, embistiendo para chocar contra el hombre y agarrar el arma con ambas manos. Cayeron al suelo, sus cuerpos retorciéndose violentamente mientras luchaban por el control del arma.

Los ojos del terrorista estaban llenos de una rabia fanática; soltó un grito gutural y escupió a Denny con los dientes apretados. Denny gritó por el esfuerzo y el dolor, pero aguantó mientras rodaban, con el subfusil atrapado entre sus pechos.

Austin se levantó por instinto, dispuesto a ayudar, pero JB le agarró el brazo con una fuerza férrea y lo empujó de vuelta a su asiento. —¡Mira! —señaló JB mientras otros dos terroristas armados corrían hacia la refriega.

Austin apretaba los puños con frustración. Su instinto le gritaba que interviniera, ¿pero con qué resultado? ¿Un derramamiento de sangre inútil?

Rachel se tapó la cara con las manos, incapaz de mirar la masacre que se avecinaba. Pero Anna levantó el móvil y se puso a hacer fotos con una profesionalidad desapegada. Por lo visto, el bloqueo de las comunicaciones no afectaba a las cámaras. Austin hizo ademán de protestar, pero no dijo nada. Anna estaba haciendo su trabajo. Más de lo que él podía decir de sí mismo.

Con un repentino arranque de fuerza furiosa, el terrorista se quitó a Denny de encima. Austin se fijó en que el walkie-talkie del terrorista salió despedido de su cinturón y se deslizó bajo una fila de asientos a un par de metros de distancia. Denny retrocedió tambaleándose, jadeando, mientras el terrorista levantaba el arma y abría fuego sin dudarlo. Una cacofonía estruendosa llenó el estadio mientras el cuerpo de Denny se desplomaba en el suelo, sin vida.

Los disparos parecieron resonar sin fin. Austin se quedó mirando el charco de sangre que se extendía hasta el borde de un escalón y goteaba hasta el siguiente. La ira y la amargura le subieron por la garganta como bilis mientras los terroristas avanzaban entre la multitud, apuntando con sus armas a izquierda y derecha, intimidando a cualquiera que se atreviera a levantar la vista.

La gente a su alrededor reaccionó con horror; algunos sollozaban sin control, otros estaban paralizados por la conmoción. Una mujer cercana abrazó a su hijo, tapándole los ojos para que no viera la espantosa escena. Una joven pareja se aferraba el uno al otro, temblando de miedo. El terrorista del pelo alborotado, ahora con el control de la situación, examinó a la multitud con una sonrisa siniestra; su pelo y sus ojos salvajes desafiaban a cualquiera a plantarle cara.

Tras un minuto largo y doloroso, la voz volvió a sonar por la megafonía. —Esperábamos algún que otro valiente. Ahora veréis.

—No —masculló Austin, apretando los puños aún más fuerte—. ¡Maldita sea, Denny! —Austin había trabajado con suficientes agentes machitos como para saber que, cuando les fallaba el juicio,

aunque sus motivos fueran buenos, a veces hacían más mal que bien. A menudo, otros pagaban el precio de su arrogancia.

De repente, una mujer menuda avanzó con determinación hasta la línea de cincuenta yardas. Austin no vio el arma, pero ella extendió el brazo y un único y débil disparo rasgó el silencio. Javier Julion García III, que había estado sentado con las piernas cruzadas en la línea de cincuenta yardas, se desplomó al instante.

Unos cuantos gritos y sollozos surgieron de entre la multitud, pero la mayoría permaneció en silencio.

—No volváis a ponernos a prueba —dijo la voz—. Vamos a elegir a otro de entre vosotros para reemplazar a vuestro marine. Vuestro amiguito regordete será el siguiente.

Austin apretó la mandíbula. Cada fibra de su ser le gritaba que actuara. Se quedaron así sentados, sin que nadie hablara, durante lo que parecieron horas. Probablemente solo fueron diez minutos.

Finalmente, Austin dijo: —Ridley, JB, Anna, Rachel, tenéis que decidir por vosotros mismos qué hacer. —Había decidido un plan de acción, el que tenía más probabilidades de servir de ayuda, y habló con una seguridad que le sorprendió a sí mismo—. Voy a por Evelyn. Si mintió por Bolov, significa que está metida en esto. Quizá le pagan bien, quizá la están chantajeando. Pero es su hombre infiltrado, por así decirlo. Si no es la principal, es una de ellos. No tengo ninguna duda de que se está comunicando con el exterior. Si consigo llegar hasta ella, quizá pueda…

—¿Quizá puedas *qué*? —exigió Anna.

Un destello de color en la pantalla gigante distrajo a Austin por un momento. Era una fotografía del cuerpo sin vida de Javier Julion García.

Una advertencia. Una amenaza.

Austin la miró. —No lo sé. Pero tengo que hacer algo.

Se giró hacia JB, cuyo rostro se había quedado blanco. Sus ojos seguían fijos en el cuerpo de Denny. Tenía las mejillas húmedas por las lágrimas. Negó lentamente con la cabeza.

Ridley cruzó una mirada con Rachel, quien asintió sutilmente. Luego oteó a la multitud y se encontró con los ojos de Austin. —Por lo que veo, solo una parte de su plan es un farol. No tienen ojos en

el cielo, por así decirlo. Y les falta personal. Tienen un terrorista vigilando varias secciones, y nadie arriba vigilándonos a todos. Si conseguimos pasar de *ese*… —dijo, asintiendo hacia el terrorista del pelo alborotado—…, puede que consigamos hacer algo. ¿Cuál es el plan?

—Bueno —dijo Austin—, empieza por hacernos con ese walkie-talkie, y tenemos que ser rápidos.

PARTE II

UNA CARRERA CONTRARRELOJ

12

Lunes, 19:02

El terrorista que había matado a Denny volvía a pasearse de un lado a otro, dejando el cuerpo de Denny en las escaleras a la vista de todos. Parecía no haberse dado cuenta todavía de que el walkie-talkie se le había caído del cinturón durante la pelea. Aun así, no había tiempo que perder.

Rachel se levantó primero, con las manos extendidas frente a ella mientras se dirigía al final de la fila y bajaba las escaleras. Ridley la siguió, con las manos en alto para indicar que no era una amenaza. Adelantó a Rachel en las escaleras, abriendo camino.

Austin esperó su oportunidad mientras Ridley se acercaba a menos de diez metros del terrorista, al pie de las escaleras. El hombre le apuntó con el arma y Ridley se detuvo en seco. Rachel estaba detrás de él, con los brazos bien abiertos.

—Volveré pronto —le dijo a Anna sin mirarla.

—Ten cuidado —dijo ella con voz neutra.

Ella había intentado oponerse a su plan, argumentando que por el momento todos debían quedarse quietos. JB había estado de acuerdo, pero estaba tan consternado por la muerte de Denny que al final desistió de intentar convencerlos.

Austin veía a Ridley hablar con el terrorista, con los brazos todavía extendidos para parecer inofensivo. Ridley le suplicaría que dejase a Rachel usar el baño, usando su embarazo como excusa. Observando el rostro del terrorista, Austin esperó a que su atención se desviara. Rachel dio un paso a la derecha y los ojos del terrorista la siguieron.

Austin se tiró al suelo, deslizándose sobre los pies de otros espectadores e intentando no tirar ninguna bebida mientras se arrastraba hasta las escaleras del extremo opuesto de la fila. Asomándose por detrás de una mujer con una gorra de los Seahawks, vio que Ridley seguía suplicándole al hombre, mientras Rachel se sujetaba el vientre y se movía de un pie a otro, incómoda.

Austin se deslizó escaleras abajo, pegado a los asientos para que no lo vieran.

Cuando llegó a la fila donde había visto caer el walkie-talkie, se metió en ella, ignorando los murmullos de sorpresa de los aterrorizados aficionados. Arrastrándose entre bolsos, vasos y envoltorios de perritos calientes, llegó al centro de la fila y encontró la radio bajo un asiento, junto a un montón de cáscaras de cacahuete. Se la metió en la cintura, se dio la vuelta y reanudó la marcha hacia el pasillo. Justo cuando iba a subir de nuevo las escaleras, se percató de algo. Dos filas más abajo, una barandilla baja bloqueaba la entrada a un túnel que llevaba al pasillo principal y a los puestos de comida.

Echó un vistazo al terrorista, que estaba ordenando a Ridley y a Rachel que volvieran a sus asientos y los observaba mientras empezaban a subir.

Antes de poder autoconvencerse de no hacerlo, se levantó de un salto, dio dos zancadas despreocupadas hacia la barandilla y saltó por encima. Cayó dos metros y medio en la oscuridad del túnel.

Tuvo que agradecer a sus ejercicios pliométricos el haber podido caer bien. Los saltos con rodillas al pecho, las flexiones con palmada y los saltos laterales, por no mencionar las carreras por la playa con Run, lo habían dejado en la forma física necesaria para ejecutar una caída así sin hacerse añicos un tobillo.

El pasillo principal estaba inquietantemente silencioso. Al parecer, los terroristas habían obligado a todos los espectadores y empleados a ir a sus asientos, probablemente porque desde allí tendrían una visión clara de todo el mundo y más posibilidades de controlar a la multitud.

Austin miró a la derecha y luego a la izquierda, en dirección a la oficina principal de seguridad donde se había encontrado con Evelyn antes. Caminando pegado a la pared, avanzó tan sigilosamente como pudo hasta llegar a la puerta sin ser visto.

Se inclinó para escuchar. Por un momento, todo estuvo en silencio.

Tenía sentido. Suponiendo que Evelyn estuviera implicada de alguna manera en el complot, sin duda se encontraría en algún centro de mando o moviéndose por el estadio dando órdenes. Entonces oyó algo, una voz detrás de la puerta.

Pero no era Evelyn. Era la voz de un hombre. —Entendido. Sí. Vale. ¿Dónde está eso? Detrás de la sección 220. Recibido. Voy para allá.

Austin se colocó detrás de la puerta mientras esta se abría. Agachado, esperó con el corazón latiéndole en el pecho y la respiración lenta y silenciosa.

Cuando el uniforme azul del hombre apareció, Austin entró en acción, abalanzándose y agarrándolo por detrás. Sus dedos intentaron coger el arma enfundada en el cinturón del hombre, pero el guardia respondió con la velocidad del rayo. Lanzó una potente patada hacia arriba y hacia atrás que alcanzó a Austin en el estómago y le hizo tambalearse hacia un lado.

Entre ellos estalló una pelea brutal y sin cuartel. El aire restalló con el sonido de los puños golpeando la carne y el hueso. Austin, impulsado por un puro instinto de supervivencia, forcejeó con el guardia, mientras sus manos buscaban el arma de nuevo. El guardia gruñó y le asestó un golpe demoledor en el costado a Austin, que se quedó sin aire.

Apretando los dientes, Austin hizo acopio de fuerzas y soltó un rápido puñetazo que impactó en la mandíbula del guardia. La cabeza del hombre se echó hacia atrás bruscamente, con los ojos muy

abiertos por la conmoción. Aprovechando el momento, Austin volvió a abalanzarse sobre el arma y sus dedos se cerraron en torno al frío metal.

El guardia, desesperado por recuperar el control, lanzó un violento codazo a las costillas de Austin. Pero Austin se anticipó al movimiento, lo esquivó haciéndose a un lado y le clavó un fuerte rodillazo en el abdomen. El guardia jadeó, quedándose sin aire por un momento.

Con un último esfuerzo desmedido, Austin le arrancó el arma de las manos al guardia y le estrelló la culata en la sien. El hombre se desplomó en el suelo, inconsciente.

Con la adrenalina bombeándole por las venas, Austin arrastró al guardia hasta la oficina de seguridad, jadeando en busca de aire durante todo el trayecto. Encontró un montón de bridas de plástico que supuso que se usarían normalmente para inmovilizar a los aficionados exaltados que se ponían violentos. Austin las usó para atar firmemente al hombre a una mesa pesada.

Inspeccionó el arma que tenía en la mano: una Glock 19 de quinta generación. Ya había usado una antes y sabía que su armazón de polímero, su cañón de acerrojamiento por retroceso corto y su munición de 9 mm de alta velocidad la hacían un arma fiable y precisa.

Por muy mal que pintaran las cosas, acababan de mejorar un poco.

Cogió unas cuantas bridas más y se las metió en el bolsillo de los vaqueros. Al hacerlo, oyó algo. Unos pasos sigilosos que se acercaban.

Con el dedo en el gatillo, se acercó centímetro a centímetro a la puerta y asomó la cabeza lo justo para ver a Ridley.

13

La puerta se cerró con un clic casi inaudible y Austin se giró hacia Ridley.

—¿Por qué me has seguido?

Ridley enarcó una ceja.

—¿Y por qué te has desviado *tú* del plan?

El plan había consistido en que Austin cogiera el walkie-talkie y luego volviera a los asientos, donde se reuniría con Ridley. Habían pensado que podrían colarse unas seis filas más arriba, hasta lo más alto del estadio, donde una pequeña zona tabicada bajo la pantalla gigante podría ocultarlos de la vista. Pero cuando vio el camino despejado hacia el túnel, se había lanzado a por él sin pensárselo.

Austin dijo:

—Vi una oportunidad. Pensé que podría volver con Evelyn y… —Negó con la cabeza—. Quizá sea mejor que nos dejemos de recriminaciones. Te agradezco que hayas venido a por mí. Sinceramente, no sé en qué estaba pensando. —El guarda de seguridad al que Austin había dejado inconsciente y esposado a la mesa se movió, pero no abrió los ojos. Austin pudo leer entonces la placa con su nombre: Baxter. Lo señaló—. Ese tipo casi me supera y no sé si está con los terroristas o si acabo de dejar inconsciente a un guarda de seguridad de verdad.

Ridley dio una zancada hacia el hombre y se agachó para inspeccionarle la cabeza.

—Le has hecho un buen chichón. ¿Pero qué quieres decir? ¿No crees que se habrían deshecho de toda la seguridad de verdad?

Austin paseaba mientras inspeccionaba las fotos enmarcadas de la pared de la pequeña oficina. La mayoría eran de momentos importantes en la historia del equipo de los Seahawks, pero una era de Evelyn posando entre el gobernador del estado de Washington y el propietario del equipo.

—Puede ser, pero este estadio es muy grande y, como tú has dicho, no tienen personal suficiente para cubrir cada centímetro cuadrado. Es posible que estuviera rondando por los pasillos y no lo vieran. Me abalancé sobre él antes de tener la oportunidad de hacerle ninguna pregunta.

—Ya tendremos tiempo para eso, pero primero… —Ridley extendió la mano…—. Tengo que echarle un vistazo al walkie-talkie.

Austin casi se había olvidado. Se lo buscó en la cintura, pero ya no estaba.

—Espera —dijo, abriendo la puerta un resquicio. Miró hacia fuera, escuchó. Nada.

Salió rápidamente al pasillo y examinó la zona donde había forcejeado con Baxter. No recordaba haber oído caer el walkie-talkie, pero lo vio junto a una pared. Lo cogió, volvió a toda prisa a la oficina y cerró la puerta sigilosamente tras de sí.

Apenas había inspeccionado el aparato al principio, pero ahora lo examinó bien. Enseguida supo que no se trataba de un walkie-talkie normal. El dispositivo era elegante, de color negro y cabía cómodamente en la palma de la mano de Austin. Tenía una pantalla LCD de dos pulgadas y alta resolución que mostraba una serie de datos, como las distintas frecuencias monitorizadas, el nombre del canal y cualquier transmisión activa.

—Es una radio —dijo Austin.

—Bien —dijo Ridley, quitándosela—. Espera, es de doble banda.

Austin asintió. Las radios de doble banda funcionaban en dos bandas de frecuencia distintas de forma simultánea, lo que permitía a los usuarios comunicarse en una banda mientras vigilaban la otra.

—Imagino que están escuchando las frecuencias de la policía mientras usan el PTT para comunicarse de uno a uno o en grupos pequeños dentro del estadio.

—Todas las señales de móvil y de wifi están bloqueadas —dijo Ridley—. Mi corazonada es que también tienen teléfonos por satélite para las comunicaciones exteriores, suponiendo que tengan planeada alguna huida que involucre a gente de fuera. —Encendió la radio y se puso a pulsar botones y a girar pequeñas ruedecillas. Los primeros canales que probó solo emitían estática. Entonces encontró uno que emitía una nota aguda, como un silbido generado por ordenador—. Maldita sea. —Volvió a girar el dial, y luego otra vez, y otra. Los tres canales emitían el mismo sonido agudo—. Maldición, maldita sea.

Austin no lo entendía, y Ridley debió de verle la cara de perplejidad.

—Los primeros eran los canales básicos de emergencia. Esos los han bloqueado por completo —explicó—. Los otros son los canales especiales de emergencia que se usan en casos como este. Son más difíciles de bloquear. Pero, de algún modo, han descubierto qué canales usamos y están emitiendo ese sonido para inutilizarlos.

—¿Podemos desbloquearlos o, no sé..., hacer algo?

Ridley negó con la cabeza.

—Vale —dijo Austin—, pero todavía podemos usarla para escuchar a estos tíos, ¿no?

Ridley cambió a lo que Austin supuso que era el canal de la red local. La línea estaba en silencio, pero era nítida.

—Creo que esto es algo, al menos —dijo Ridley—. El tipo al que se la hemos quitado era de bajo nivel. Mi sospecha es que quienquiera que esté dirigiendo esto no va a decir mucho por las ondas, pero dejémosla encendida por si acaso. —Señaló con la cabeza a Baxter, que parecía moverse un poco más.

—Es hora de averiguar qué sabe. —Austin señaló con un gesto al guarda de seguridad inmovilizado, que se retorcía contra el escritorio con las esposas puestas.

Ridley cogió una botella de agua de una mininevera que había bajo el escritorio y le echó agua en la cara. Baxter parpadeó,

sacudiendo la cabeza para quitarse el agua. Abrió los ojos lentamente y paseó la mirada de Ridley a Austin, y de nuevo a Ridley. —Oh, mierda —dijo.

—Razón no le falta —convino Ridley, con una voz que era un gruñido.

14

Lunes, 19:28

—¿Quién es usted? —preguntó Baxter, con voz débil y ronca.

—Ridley Calvin, inspector jefe del Departamento del Sheriff de Kitsap. —Señaló a Austin con el pulgar—. El hombre que lo ha dejado inconsciente es Thomas Austin. Es asesor de nuestro departamento.

Baxter volvió a parpadear y sacudió la cabeza como si intentara recuperar la concentración. —¿Me han asaltado. ¿Están con los terroristas?

Ridley lo agarró del cuello del uniforme. —Mire, acabo de decirle quiénes somos, así que déjese de tonterías.

Austin vio auténtica confusión en el rostro de Baxter. Se agachó junto a Ridley, cogió a Baxter por la barbilla y le giró la cara hacia él. —Lo asalté porque supuse que *usted* era de los terroristas.

—No lo soy. En realidad, no. Quiero decir... no *quería* serlo.

Ridley suspiró, se levantó y se apoyó en la pared mientras el joven explicaba su situación. En un rápido intercambio de preguntas y respuestas con Austin, Baxter reveló que solo llevaba seis meses en el puesto y que Evelyn lo había ascendido más rápido de lo que jamás hubiera creído posible.

—Al principio —explicó—, solo era un guardia de seguridad normal que trabajaba en los partidos, revisaba bolsos y escaneaba entradas. Pero, entonces, las cosas empezaron a suceder muy rápido. Me ascendieron a supervisor al cabo de unas pocas semanas y, luego, a subdirector unos meses más tarde. Ganaba el triple que un revisor de entradas. Ni siquiera sé cómo ocurrió. Supongo que a Evelyn le gustaba mi forma de trabajar, o quizá necesitaba a alguien para cubrir el puesto rápidamente. Pero solo soy un crío, ¿sabe?

—¿Y qué pasó después? —preguntó Austin.

—Hace cosa de un mes, cuando Evelyn publicó el horario de trabajo para el partido de hoy, me sorprendió a quién había puesto de servicio. Había elegido al *peor* equipo que teníamos. Y me puso al cargo de cada vez más cosas. En plan, no sé, al principio pensaba que simplemente estaba haciendo un trabajo increíble. Pero luego fue como, ¿puedo con esto? El dinero era bueno, así que...

Austin miró a Ridley, que tenía el ceño fruncido. Sin duda, estaba pensando lo mismo que Austin. Evelyn había estado metida en la conspiración desde hacía mucho tiempo. El plan había sido tomar el estadio por la fuerza, pero se basaba en asegurarse de que la mayor parte de la resistencia real de la seguridad del estadio estuviera ausente.

—¿Así que sospechaba? —preguntó Austin.

—Pensé que les tenía manía a algunos de los guardias de seguridad más veteranos. Ella es una mujer, algunos de ellos son mayores, policías de Seattle jubilados o expolicías despedidos. Pensé que quizá solo estaba intentando ponerlos en su sitio al no hacerlos trabajar el día de la inauguración. —Sacudió la cabeza, conteniendo las lágrimas—. Es como cuando sabes algo, pero en realidad no lo sabes. Tienen que creerme, yo nunca habría... No sé... No lo sabía. Lo juro.

Austin dijo: —Baxter, abra los ojos. Lo que le voy a decir es muy importante, así que piense bien antes de responder. ¿Dónde estaría Evelyn si no está aquí? Este es su despacho, ¿verdad? Entonces, ¿dónde estaría ahora mismo?

Baxter negó con la cabeza.

Austin lo agarró por la barbilla. —Baxter, ahora mismo, en este momento. Lo que haga ahora mismo será para siempre lo que hizo en el momento más importante de su vida. Si podemos llegar a Evelyn, podemos averiguar quién está al mando, cuál es el plan, dónde están los explosivos, quizá dónde están los cabecillas. —Hizo una pausa, con el rostro tenso—. En este momento puede empezar a rectificar parte del daño que ha hecho, o puede agravarlo. ¡Ahora, piense!

El rostro de Baxter tembló y, de repente, se le iluminaron los ojos. —Junto al vestuario de los Seahawks, hay una... especie de... sala de retención. No una cárcel. Pero es un antiguo almacén de seguridad extragrande, o lo era. Lo usan para los borrachos. Como si alguien se descontrola entre el público y empieza una pelea, a veces lo meten ahí hasta que la policía local puede llevárselo. Pero la mayor parte del tiempo está vacío. Evelyn bajaba allí a veces para reuniones privadas.

Ridley se agachó y se le encaró. —¿Y está junto al vestuario de los Seahawks?

—En realidad, no. Está cerca, pero no hace falta pasar por el vestuario.

—¿Dónde está? —exigió Austin.

—Aquí mismo fuera, al lado de la zona de restauración, hay unas escaleras. Baje dos tramos y luego coja la puerta de la izquierda. Detrás de esa puerta hay un pasillo. A la derecha está el vestuario, el campo. A la izquierda parece un callejón sin salida, pero hay una puerta al final del pasillo. Detrás de esa puerta.

Ridley dijo:

—Baxter, ahora trabaja para nosotros. ¿Entendido?

Baxter asintió.

—Si alguien lo encuentra aquí —continuó Ridley—, diga que no sabe lo que ha pasado. Que lo asaltaron por la espalda y se ha despertado aquí. Que está casi seguro de que fue uno de los terroristas quien lo asaltó. ¿Entendido?

Austin y Ridley cruzaron una mirada y Austin supo que estaban en la misma onda. Si lograban llegar hasta Evelyn, podrían averiguar

el plan completo. Quizá también encontrarían una forma de comunicarse con el exterior.

Austin tenía la mano en el pomo de la puerta, pero, antes de que pudiera girarlo, Ridley le puso una mano en el hombro.

—Estoy pensando, Austin, ¿y si llevo yo el arma?

Austin se giró.

—Sabes que tenía bastante buena puntería, ¿verdad? Hace un tiempo le reventé el neumático a un todoterreno en marcha mientras estaba colgado de la ventanilla de una limusina. Eso es casi imposible.

—He oído hablar de eso —dijo Ridley—, pero ¿cuánto hace que no le disparas a una persona?

Austin se quedó pensando. Algo en esa pregunta lo había golpeado con fuerza, y tardó un momento en averiguar qué era.

—Hace años. Ya te lo conté. Un chaval, de unos diecisiete. En una tienda de barrio.

Ridley asintió. Austin sabía que su propia expresión era de dolor, y Ridley lo interpretó correctamente.

—Parece que te afectó.

—Estoy bien —dijo Austin, aunque no estaba seguro de que fuera verdad.

Solo había tenido que disparar su arma una vez mientras fue policía, y no había sido cuando era detective. De hecho, ni siquiera estaba de servicio. En su segundo año en la policía de Nueva York, volvía a casa después de su turno y se había detenido en una bodega para coger leche y pan. Había estado intentando perfeccionar las tostadas francesas, las favoritas de Fiona. Quería la hogaza de masa madre perfecta. Se encontró en medio de un atraco a mano armada, con dos chicos de no más de dieciocho años. Tras identificarse y ordenarles que bajaran las armas, uno de los dos se había vuelto hacia él. Austin le disparó en el hombro antes de que el chaval pudiera apretar el gatillo. El otro huyó. El chaval al que había disparado sobrevivió y fue condenado a seis años.

El tiroteo lo mantuvo despierto por las noches durante semanas, pero no porque se sintiera culpable. No lo estaba. El tiroteo lo desvelaba por lo que *no* hizo. Esos pensamientos le provocaban un

sabor a masa madre cruda y enmohecida en la boca. El sabor hacía que se le saltaran las lágrimas. Sacudió la cabeza para librarse de la sensación.

—La cuestión es —dijo Ridley, dando un paso atrás y esperando a que Austin lo mirara a los ojos— que yo sé de qué va esto. La mayoría de la gente ve una serie de polis, una película o, qué demonios, quizá ha visto *Arma Letal* demasiadas veces, y cree que es fácil quitarle la vida a alguien y seguir como si nada. —Hizo una mueca—. He tenido que hacerlo dos veces. Dos vidas. No me arrepiento de ninguna. Ni por un segundo. Pero eso no significa que no te deje una cicatriz. Si no lo hiciera, no serías humano.

Austin asintió.

Ridley continuó:

—Hay bastantes posibilidades de que no salgamos de esta. Si lo conseguimos, cada una de las acciones que tomemos en las próximas horas será examinada con lupa. —Miró a Austin a los ojos, con el rostro más serio que nunca le había visto—. *Todas. Y. Cada. Una. De. Las. Acciones.* Hablo de peinarlo todo. La prensa, por supuesto. Los políticos usarán lo que suceda para su propio beneficio. El FBI nos interrogará durante días, semanas.

Austin lo consideró. Había estado actuando por instinto y le sorprendió la capacidad de previsión de Ridley.

—Primera tarea —prosiguió Ridley—, salvar a tanta gente como sea posible. Pero que lo sepas ya: si salimos de esta, se acabó eso que considerabas tu vida privada. ¿Entendido? ¡Se acabó! No solo tengo más experiencia reciente con un arma, sino que soy un agente de la ley en activo. Podrías meterte en un lío de cojones si algo sale mal. —Extendió la mano.

Austin se quedó mirando el arma en la palma de su mano y luego se la entregó a Ridley.

—Le disparé a una persona en mis veinte años en la policía de Nueva York. Como detective, detuve a algunas de las personas más horribles que el infierno ha escupido. Pero en la mayoría de los casos no había persecuciones a alta velocidad ni tiroteos dramáticos. Normalmente los encontrábamos haciéndose una tostada o durmiendo en sus camas.

Ridley enarcó una ceja.

—¿Entonces por qué me has dado el arma?

Austin se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. —A ver, tienes razón con lo del escrutinio. Estás en servicio activo. Nada de esto va a seguir el protocolo, pero se acerca más si tienes el arma.

—Pero esa no es la verdadera razón —replicó Ridley—. Lo noto.

Austin negó con la cabeza. —Al único tío al que he disparado, lo tenía a tiro fácil en el pecho. Apuntar al centro de masa, ¿verdad? Como nos enseñan.

Ridley ladeó la cabeza. —¿Y?

—Fallé a propósito —dijo Austin, bajando la mirada—. Fui el primero de mi promoción en la Academia y tenía al tipo a un par de metros, en el punto de mira. Dos toques en el pecho, pan comido.

—Tú viviste. Él vivió. Fue a la cárcel. El dueño de la tienda vivió. No es un mal resultado.

—Ya —dijo Austin—, pero fue un riesgo. Le doy en el pecho y cae. Probablemente muere. Pero le di en el hombro a propósito. Podría haber disparado igualmente. Podría haberme matado a mí, haber matado al dueño de la tienda. Actué en contra de mi entrenamiento.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —preguntó Ridley.

—Instinto. Me habían entrenado para disparar al centro de masa, pero algo dentro de mí tomó el control. Un instinto de herir, no de matar. Se impuso a todo mi entrenamiento.

—Parece que tu instinto no se equivocó.

Austin suspiró. —Puede, pero… —No estaba seguro de qué era lo que le molestaba, y quizá ya no importaba.

El arma ya no estaba en sus manos.

15

Austin y Ridley salieron con sigilo de la oficina de seguridad y cruzaron la zona de restaurantes. Usando la tarjeta de seguridad de Baxter, abrieron la puerta y luego bajaron dos tramos de escaleras, siguiendo las instrucciones del guardia de seguridad. Tras cruzar la puerta y girar a la izquierda, se encontraron en un pasillo largo y en penumbra.

El aire era fresco y húmedo, con olor a moho. Unas luces parpadeantes proyectaban sombras en las paredes, provocándole a Austin una sensación de tensión e inquietud. El pasillo estaba flanqueado por dos puertas, una a cada lado, mientras que a lo lejos el zumbido de alguna maquinaria invisible les taladraba los sentidos.

Austin se detuvo, con el ceño fruncido. Le susurró a Ridley:

—Ha dicho que habría una puerta al final del pasillo. Hay dos.

Ridley esbozó una media sonrisa, con la voz apenas audible:

—Puede que le hayas revuelto un poco el cerebro con el campanazo que le has metido.

Antes de que Austin pudiera responder, se tensó instintivamente, aguzando el oído para tratar de descifrar los peculiares sonidos que provenían de detrás de la puerta de la izquierda. No se parecían a nada que hubiera oído antes. Se oían unos extraños chillidos o chirridos agudos, apenas audibles, intercalados con un rascar, como

de uñas sobre un muro de piedra. Los ruidos rozaban lo animal, pero eso no podía ser.

Casi sonaba como un ser humano sufriendo un dolor atroz.

Austin y Ridley se miraron a los ojos, con la respiración contenida y silenciosa.

—¿Qué demonios? —dijo Ridley, escuchando. Los ruidos habían cesado—. Tenemos que mantener un perfil bajo y no dejarnos ver. Elijo la puerta número dos. —Ridley se dirigió hacia la otra puerta.

—Espera. —Austin se inclinó y pegó la oreja a la puerta. De repente se oyó un gemido grave, casi gutural—. Suena como si... ¿Podrían estar torturando a alguien ahí dentro? No podemos simplemente retirarnos.

Ridley se inclinó para escuchar. Negó con la cabeza. —Tienes razón.

Con un susurro decidido, Austin dijo:

—Como has dicho tú, no se sabe qué vendrá después. Pero arriesguémonos con lo que sea que haya detrás de esta puerta.

Ridley, empuñando la pistola, tomó la delantera. Austin abrió la puerta y se apartó rápidamente para dejarle paso. Con una rápida inspiración para armarse de valor, Ridley irrumpió en la habitación. Austin lo siguió, preparándose mentalmente para enfrentarse a terroristas que infligían un dolor indecible a una víctima indefensa.

Lo que encontraron, sin embargo, fue a una mujer aterrorizada de unos sesenta años, sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Intentaba desesperadamente hacer callar a un grupo de animales exóticos enjaulados.

Una cría de loro emitía unos minichillidos casi silenciosos. Un par de monos parlaban entre sí, y un pequeño serval con manchas de guepardo escupió amenazadoramente a los intrusos. El desaliñado pelo cano y los ojos desorbitados de la mujer no hacían más que intensificar la surrealista escena. Mientras los hacía callar y los engatusaba, se enrollaba nerviosamente el pelo en un lápiz para evitar que le cayera sobre los ojos.

El alivio invadió a Austin, y la tensión de sus hombros disminuyó al darse cuenta de que no estaban en peligro. La mujer, con voz temblorosa, balbuceó:

—Yo..., yo..., lo siento. Yo formaba parte del espectáculo previo al partido. Me escondí aquí cuando..., cuando... —Cerró los ojos—. Los animales se asustaron y estoy intentando calmarlos. Por favor, no nos hagan daño.

Uno de los monos saltó hacia Ridley, se agarró a su jaula y la zarandeó como si eso pudiera asustarlos.

—No vamos a hacerle daño —dijo Austin, y su respiración se serenó.

—Somos de la policía —dijo Ridley—. Estamos... —Soltó un largo suspiro de exasperación—. No tenemos tiempo para explicaciones.

—Quédese aquí —dijo Austin—. Cierre la puerta con llave cuando nos vayamos y no le abra a nadie.

—No tiene cerradura —dijo la mujer.

—Intentaremos volver a por usted si podemos —dijo Ridley, avanzando hacia la puerta—. Por ahora, este es el lugar más seguro para usted y sus animales.

De vuelta en el pasillo, probaron la otra puerta, que daba a un diminuto almacén atestado de productos de limpieza.

Austin dijo:

—Había otro tramo de escaleras para bajar. Creo que quería que bajáramos tres tramos, no dos.

Ridley asintió y desanduvieron el camino, de vuelta por el pasillo hasta el hueco de la escalera y bajando otro tramo. Con cada paso, Austin se sentía más seguro de que los terroristas no tenían tanta gente como necesitaban para asegurar el estadio de verdad. Sin duda tenían gente en las salidas, y había visto a los que patrullaban las gradas al descubierto, pero los pasillos estaban desiertos. Finalmente, llegaron a una puerta tres pisos por debajo de la oficina. A la izquierda, había una puerta al final del pasillo, tal y como había dicho el guardia de seguridad. A su derecha, un pasillo mejor iluminado de al menos cien yardas de largo. Ese estaba decorado con fotos y recién pintado.

—Creo que es aquí —dijo Ridley—. A la derecha se va al vestuario. Supongo que tendrán a todos los jugadores encerrados allí.

Austin siguió a Ridley por el pasillo de la izquierda, llegó a la puerta y se detuvo. Escucharon durante lo que parecieron minutos antes de oír por fin una voz. No era Evelyn, de eso Austin estaba seguro, pero no lograba entender lo que la persona decía. Cruzó una mirada con Ridley.

—¿Tú qué crees? —susurró.

Ridley se encogió de hombros.

—A la mierda. Vamos.

Se echó hacia atrás. Austin puso la mano en el pomo y lo giró mínimamente. Estaba cerrada con llave.

Negó con la cabeza a Ridley, que retrocedió un paso más. Austin se apartó y el cuerpo de Ridley se tensó, listo para la acción. Hizo un rápido gesto de asentimiento antes de abrir la puerta de una patada, revelando a un hombre delgado y huesudo vestido con vaqueros y una camisa negra. El hombre se giró. Tenía una pistola en la mano, pero, pillado por sorpresa, apenas tuvo tiempo de reaccionar mientras Ridley se abalanzaba sobre él a la velocidad del rayo.

Austin saltó hacia la esquina de la habitación, donde estaba Evelyn de pie, con los brazos cruzados, como si fuera exactamente lo que esperaba que sucediera. No se resistió. Austin la agarró, la hizo girar y la aprisionó contra la pared con el antebrazo.

—Estoy desarmada —dijo ella rápidamente, mientras Austin se volvía hacia Ridley, cuyo poderoso puño impactaba con la muñeca del hombre huesudo, a solo centímetros de la pistola que sostenía. La muñeca crujió de forma espeluznante, obligando al hombre a soltar el arma.

En un instante, Ridley le agarró el brazo y se lo retorció a la espalda.

La otra mano de Ridley salió disparada, cogió la pistola del suelo y se la lanzó a Austin en un único y fluido movimiento en un esfuerzo por mantenerla lo más lejos posible del hombre. Austin cogió el arma sin esfuerzo, mientras su otro brazo aún sujetaba a Evelyn contra la pared.

Era una del 22, y una de las buenas. Austin sabía que la delgada Sig Sauer P322 era popular entre los entusiastas del porte oculto, y esta arma en particular había sido modificada con un cargador de 25

balas. Esto le confirmó a Austin lo que ya sabía. Este tipo no era uno de sus hombres infiltrados que estaba de servicio; formaba parte del equipo que se había colado, junto con sus armas, en el estadio.

El hombre huesudo jadeó de dolor, con el rostro contraído mientras luchaba contra el agarre de hierro de Ridley. Ridley lo presionó hacia abajo y el hombre cayó de rodillas.

—¿Hay más armas aquí? —espetó Austin.

Evelyn negó con la cabeza, con los hombros caídos y el rostro agotado. Para su sorpresa, casi parecía aliviada de verlos.

Mientras tanto, el hombre huesudo seguía forcejeando en las manos de Ridley, respirando con jadeos cortos y desesperados. Pero a Ridley no parecían afectarle los esfuerzos del hombre, su rostro era una máscara de determinación.

En un último intento desesperado, el tipo echó su peso contra Ridley, tratando de liberarse. Pero Ridley estaba preparado para ese movimiento y usó el propio impulso del hombre para estamparlo de cara contra el suelo, dejándolo sin aire.

—No me haga daño —dijo Evelyn—. Le juro que no… Yo no…

Entonces empezaron las lágrimas.

16

Lunes, 19:49

Ridley cerró la puerta, dejándolos encerrados. —Deje de llorar —dijo —. Ahora mismo.

Evelyn se secó la cara. —Lo siento.

—Deje que hablemos nosotros —dijo Austin—. ¿Dónde está el arma de fuego que llevaba en el cinturón cuando hablamos con usted antes?

—Me la quitaron —dijo ella—. Se lo juro. Nunca se fiaron de mí del todo y..., después del atentado... —señaló al hombre huesudo—. Igor. Lo enviaron a él. Me la quitó cuando estábamos arriba.

—¿Vendrá alguien a ver cómo está? —preguntó Austin.

—N-n-no —tartamudeó. Volvió a señalar al tipo, que ahora se había quedado quieto—. Se suponía que tenía que matarme si no seguía el plan.

Austin sacó una brida de plástico del bolsillo y la sujetó a una estantería metálica baja que estaba atornillada al suelo en la esquina de la habitación. —Empiece por el principio —exigió, con voz grave y firme y los ojos clavados en Evelyn—. ¿Quién dirige todo esto?

Evelyn vaciló, con la mirada nerviosa, antes de empezar. —Darius. Darius no sé qué. No lo sé todo, pero nació en Egipto y se mudó a Yemen, creo. Lleva años viviendo en Estados Unidos,

probablemente planeando esto durante... Dios, no lo sé. Mucho tiempo. Vino a verme hace un año y empezó poco a poco, solo intentando conseguir información, nada importante. —Respiró hondo de forma temblorosa, con la mirada perdida—. Al principio parecía inofensivo. Empezó ofreciéndome dinero por pequeños datos sobre la seguridad del estadio. De algún modo, sabía que había perdido dinero apostando en los partidos. No es culpa mía. Estoy enferma. La adicción es una enfermedad.

—Ahora mismo no nos importan los porqués —dijo Austin—. Cuéntenos solo lo que pasó.

Evelyn contuvo un sollozo. —Pronto sus peticiones se hicieron mayores, más peligrosas. —Mientras hablaba, un golpe lejano resonó en el edificio, haciéndola respingar.

Austin se giró en la dirección del sonido.

Evelyn casi sonrió. —Es solo una secadora. La lavandería está por allí. —Señaló la pared—. En fin, para cuando me opuse, hace unos dos meses, ya era demasiado tarde. Tiene que creerme: nunca me dijeron del todo lo que iban a hacer. Solo, pues eso, pequeñas cosas. Poco a poco. Amenazaron con entregarme y luego con matar a mi familia.

—¿Quién la amenazó? —preguntó Ridley—. ¿Darius?

—No, Darius tiene a otro tipo. Anwar al-Raymi. No sé cuál de los dos está realmente al mando, pero no creo que se caigan bien.

Austin conocía ese nombre. —¿No es al-Raymi el cabrón que planeó el atentado de la embajada francesa en Adén? —Si Austin recordaba bien, los seguidores de al-Raymi habían detonado un camión cargado de explosivos frente a las puertas principales, matando a ochenta y siete personas e hiriendo a más de doscientas. La explosión derribó la mitad del complejo de la embajada, dejando solo humo y escombros donde el edificio principal se había erigido durante décadas.

Ridley dijo: —El León de Saná. Lleva una década en todas las malditas listas de vigilancia. Odia a muerte a todos los países occidentales. ¿Cómo diablos entró en Estados Unidos sin que saltaran las alarmas de una docena de agencias?

Austin negó con la cabeza.

Evelyn dijo: —Creo que Darius es el cerebro y al-Raymi el músculo. Tiene generaciones de sangre en sus manos. Exmilitar, experto en explosivos, una década de guerra de guerrillas. No supe que estaba involucrado hasta hace poco, cuando intenté echarme atrás.

—¿Y Michael Bolov? —preguntó Ridley—. Todo lo que dijo sobre él era mentira, ¿verdad?

Ella bajó la vista al suelo. —Darius me obligó a contratarlo. Lo juro por Dios, en ese momento pensé que solo estaba intentando conseguirle un trabajo a un amigo.

Ridley negó con la cabeza, asqueado.

Evelyn continuó, con la voz temblorosa y la desesperación patente. —No bajan aquí, pero se ponen en contacto con Igor cada quince minutos. —Señaló al hombre huesudo, que seguía inconsciente en el suelo. Tenía el pelo castaño y revuelto, con las puntas húmedas de sudor.

Austin frunció el ceño, con voz tensa. —¿Cómo se pondrán en contacto con usted?

—Por radio —respondió Evelyn, tragando saliva—. Tienen un controlador o un amplificador o lo que sea en el tejado y emite hasta aquí. Se oye con interferencias, pero funciona. También tienen teléfonos por satélite de verdad, pero no me dieron uno de esos.

Ridley intervino, con voz fría. —El atentado. ¿Qué sabe sobre su objetivo y sus propósitos?

Evelyn negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas. —No sé nada más que lo que pusieron en las pantallas gigantes. Quieren la liberación de ese prisionero. Hussein no sé qué.

Austin insistió con tono firme:

—¿Cuántos terroristas están implicados?

—Quizá unos cuarenta —susurró ella con una voz apenas audible. Se frotó el tatuaje del colibrí que llevaba en el antebrazo—. Se suponía que iban a ser más. No conozco los detalles, pero una furgoneta llena de ellos no ha aparecido. Un retraso o un problema de motor o algo así. A lo mejor simplemente se echaron atrás. Tienen un complejo en Idaho e iban a venir al partido haciéndose pasar por aficionados. Otros veinte o treinta. Oí a Darius y a al-

Raymi hablar de ello por las radios. Darius dijo: «¡El espectáculo debe continuar!». Ese tío siempre lo relaciona todo con la música.

Era la primera buena noticia que Austin había oído en bastante tiempo, y tenía sentido. Su equipo era sorprendentemente escaso para un recinto tan enorme.

—¿Qué más sabe? —preguntó Austin.

—Los jugadores están encerrados —dijo Evelyn con voz tensa—. A los rehenes de alto valor, líderes empresariales, políticos… los están reuniendo. Ellos… me preguntaron dónde se sentaba la gente rica, la gente importante.

Ridley frunció el ceño, con la voz tensa.

—¿Por qué?

—Para negociar —explicó ella.

Austin sopesó la información. La amenaza había sido contra todos los que estaban en el estadio. Si había que creer lo que habían puesto en la pantalla gigante, iban a volar el estadio entero por los aires si Hussein Zulfiqar no era liberado de la prisión de máxima seguridad de Colorado.

Le lanzó una mirada a Ridley.

—¿Por qué necesitarían reunir un puñado de rehenes valiosos cuando todo el mundo va a morir de todos modos si no consiguen que liberen a su hombre?

Ridley asintió. Al parecer, él se había estado preguntando lo mismo.

—¿Quizá para su huida?

Eso cuadraba. Si el prisionero era liberado, todavía necesitarían escapar, y llevarse consigo a rehenes de alto valor podría facilitarles las cosas. Y si *no* lo liberaban, bueno, quizá no pretendían ser mártires. Quizá pretendían escapar con los rehenes y luego detonar el estadio al salir.

Ridley se volvió hacia Evelyn, con tono cortante.

—¿Qué tipo de armas o explosivos tienen y dónde están?

—No conozco los detalles —admitió Evelyn, con la mirada baja—. Pero sé que no van de farol.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ridley.

—Una vez, cuando estaba reunida con Darius, recibió otra llamada. Salió fuera. Creyó que no podía oírle, pero escuché a través de la ventana. Estaba hablando con alguien, no sé con quién. Hablaban de furgonetas, de cuántas necesitarían para los explosivos. Seis toneladas de C4. Seis toneladas de Semtex.

Austin le lanzó una mirada rápida a Ridley. No sabía cuánto daño haría eso, pero sabía que sería muchísimo. Era mucho más que un farol. Se volvió de nuevo hacia Evelyn.

—¿Ha oído eso y no ha llamado inmediatamente al FBI? Usted… No, no conteste a eso. —Su mirada era inflexible, su voz autoritaria —. ¿El plazo que han dado es real? ¿De verdad dejarán marchar a la gente si el gobierno libera al prisionero?

Los ojos de Evelyn titilaron con incertidumbre.

—No lo sé. Me contaban lo mínimo posible. Esta gente sabe dónde vivo y son peligrosos. No es culpa mía. —Su respiración se volvió rápida y superficial. Luego inspiró hondo y continuó—: Empezó como algo sin importancia y por el dinero —habló con un gemido acelerado—, y luego se convirtió en una relación que amenazaba mi carrera y… —Su voz amenazaba con romper a llorar de nuevo—. Tengo una adicción y…

—Pare. —La voz de Ridley era glacial—. Simplemente, pare. ¿Se están comunicando con gente de fuera del estadio? ¿Otros implicados en el ataque?

Evelyn asintió, con el rostro pálido.

—Sí, una vez me preguntaron sobre si podían aterrizar helicópteros en el campo. —Mantenía la compostura, intentando ayudar—. Sé que tienen un equipo fuera (con ellos se comunican con los teléfonos por satélite), pero no sé nada más.

Austin y Ridley intercambiaron una mirada, mientras la gravedad de la situación se asentaba como una densa niebla. Austin le lanzó a Ridley una brida de plástico a modo de esposas y señaló con la cabeza a Igor, que había recobrado el conocimiento lentamente e intentado incorporarse un par de veces.

—¿Dónde está Darius? —preguntó Austin, cogiendo la radio del escritorio de Evelyn mientras Ridley esposaba a Igor a la estantería que estaba junto a ella.

—En lo alto del estadio —dijo—. En la cabina de los entrenadores, desde donde los coordinadores observan y comunican las jugadas por los auriculares.

Austin miró a Ridley.

—Vamos. —Luego, a Evelyn, le dijo—: Si baja alguien, dígale que Igor se ha vuelto contra usted y que le ha dejado inconsciente. Que lo ha atado con la brida para protegerse. No nos mencione.

Ella agitó la mano, que seguía esposada con una brida a la estantería metálica.

—No se lo creerán si sigo esposada.

Austin miró a Ridley, que dijo:

—No vamos a soltarla.

Austin asintió.

—Dígales que uno de sus cómplices se ha vuelto contra ellos —le dijo a Evelyn, dirigiéndose a la puerta—. Invéntese algo.

En la puerta, Ridley se detuvo. Austin lo vio dudar.

—¿Qué pasa, Rid?

Le echó un vistazo a Evelyn y Austin supo que estaba sopesando si decir lo que fuese que iba a decir delante de ella.

—Antes has preguntado por qué te he seguido.

—Debería haber subido con la radio. No sé qué se me metió en…

Ridley levantó una mano.

—Déjame terminar. —Miró al suelo un instante y luego levantó la vista—. ¿Recuerdas que tu madre llamó hace un tiempo y pidió hablar conmigo?

A Austin se le encogió el estómago, como si se hubiera tragado una piedra. No sabía adónde iba a parar aquello, pero presentía que a nada bueno.

—¿Sí?

—Austin, está aquí. Esta noche.

—¿Qué?

—Tu madre está en este estadio. Ahora mismo.

—Eso no es posible. —Austin negó con la cabeza—. O sea…, he quedado con ella mañana. Con mi padre.

—En el descanso del partido —dijo Ridley—, iban a celebrar una ceremonia de la Marina en honor a la gente que sirvió en el estado

de Washington. El hombre al que han disparado, Javier Julion Garcia, supongo que participaba en ella. Y tu madre también. Me pidió que lo organizara todo como una sorpresa. Se suponía que ibas a verla salir del túnel en el descanso y que luego vendría a vernos a nuestros asientos.

A Austin se le retorció el estómago, como si la piedra que se había tragado intentara salir. Quizá fue mejor no haber comido nada desde aquel bocado de pan poco hecho.

—¿Y mi padre?

Ridley negó con la cabeza.

—Tu madre me explicó que él se quedaría en el hotel con su cuidador. No podría soportar el gentío y todo eso. Se suponía que la noche entera iba a ser una sorpresa estupenda.

—¿Dónde crees que está?

Ridley hizo una mueca.

—No tengo ni idea. Una cosa sé, y es que tenemos que ir a un sitio más seguro y averiguar qué demonios hacer ahora.

—¿A qué te refieres con «más seguro»?

Ridley miró a Evelyn.

—No vamos a matarla, ¿verdad? Así que no deberíamos decir mucho más.

Austin asintió, ignorando a Evelyn, que había vuelto a romper a llorar en silencio. Abrió la puerta y se asomó para mirar el pasillo largo y vacío.

—Tengo una idea.

Sabía dónde podían discutir su plan con más seguridad, pero en el fondo ya sabía lo que tenían que hacer a continuación, suponiendo que Evelyn tuviera razón.

Tenían que encontrar la manera de llegar hasta Darius y al-Raymi.

Y tenían que hacerlo rápido.

17

Tras dejar a Evelyn y a Igor atados uno junto al otro, Austin y Ridley desandaron sus pasos y se escondieron en el almacén con el que se habían topado antes.

Austin encendió la luz y se apoyó en una pila de cajas de cartón. Sentía que le temblaban los labios y lo embargó una oleada de emoción. —Escucha, Rid… ¿Te acuerdas del vuelo 93? ¿El del 11-S?

A Ridley se le marcaron las sienes y exhaló un largo suspiro. —Tiene que haber otra opción.

—Escúchame. Si Anwar al-Raymi está metido en esto de verdad, tanto tú como yo sabemos que no van de farol. Es poco probable que los explosivos tengan un temporizador. A la fuerza, alguien tiene control sobre un detonador. Quizá al-Raymi, quizá ese tal Darius, quizá Bolov o algún otro. ¿Podríamos escapar tú y yo? Sí, probablemente. Su gente es mucho menos numerosa de lo que quieren aparentar. Mi corazonada es que no tienen todas las salidas perfectamente vigiladas. Podríamos escapar, ¿pero de qué serviría? A lo mejor hasta podríamos sacar a unos cientos o unos miles de personas con nosotros. Pero, insisto, ¿y qué? También conseguiríamos que disparasen a mucha gente o, peor aún, que decidieran volar el estadio entero. —Hizo una pausa, pensativo—. Si planean escapar en helicópteros, de acuerdo. Pero yo apostaría a que también están dispuestos a convertirse en mártires. Si

intentamos organizar una fuga, podrían mandar todo el barrio a tomar por culo.

Ridley cogió un pulverizador de plástico vacío de una estantería metálica y lo apretó con tanta fuerza que se arrugó como un vaso de papel. —No puedo dejar de pensar en mis hijos. Ahora mismo están en una fiesta de pijamas del equipo de fútbol. Si saben lo que nos está pasando aquí a su madre y a mí, tienen que estar aterrados. —Negó con la cabeza—. Estoy acostumbrado a verme en situaciones peligrosas, ¿pero Rachel? ¿Los gemelos? Esto es más de lo que puedo soportar.

—Te conozco, Rid. Y sé *perfectamente* que puedes soportarlo. Tienes que hacerlo. Tenemos que hacerlo.

Ridley levantó la vista. —¿Y qué estás pensando?

—Tenemos dos armas de fuego. —Austin dio un golpecito a la del 22, que se había enganchado al cinturón después de que Ridley se la quitara a Igor—. Los dos sabemos apañárnoslas con una pistola. Si encontramos a al-Raymi y a Darius y los eliminamos, puede que todo el plan se venga abajo.

Ridley entrecerró los ojos. —O puede que los explosivos *sí* tengan un temporizador y nos carguemos a los únicos que pueden detenerlo.

Austin sopesó esa posibilidad. —No sé, yo me uní a la policía de Nueva York poco después del 11-S. Recibimos un montón de formación en contraterrorismo. La regla general es que la mayoría de los terroristas no usan temporizadores cuando van a estar presentes en el lugar. Eso lo dejan para las películas. Sobre todo ahora, los detonadores por móvil son baratos y fáciles de conseguir. —Negó con la cabeza—. Ni de coña el que dirige esto no tiene un detonador. Por no mencionar que han dicho que no volarán el estadio si liberan al rehén.

—¿Y te fías de eso?

—No lo sé —dijo Austin. Se detuvo al oír una especie de raspado o golpeteo—. ¿Oyes eso?

—Suena como si estuvieran en el piso de arriba —dijo Ridley—. Moviendo muebles o…, no sé.

Austin escuchó un momento y, cuando los ruidos cesaron, continuó: —Yo digo que vayamos a por Darius y al-Raymi. Creo que hay muchas posibilidades de que no vuelen el estadio si consiguen a su rehén. Probablemente quieran escapar. Si escapan sin volar el estadio, pero conservan la *capacidad* de hacerlo, quizá el FBI los deje escapar, al menos hasta que la gente de dentro esté a salvo. Si vuelan el estadio, los cazas estarán aquí en diez minutos derribando sus helicópteros.

Ridley negó con la cabeza. —*Eso* si no van llenos de rehenes valiosos. Ya has oído lo que ha dicho Evelyn.

Probablemente Ridley tenía razón en eso, pero no cambiaba nada. Tenían un bufé libre de malas opciones, y tratar de encontrar a Darius y a al-Raymi era el mejor plato del menú.

—La muerte de David… —dijo Ridley—, debe de haberte afectado mucho, ¿eh?

Austin se encogió de hombros. —¿Qué quieres decir?

—Me hablaste de él. DMJ, lo llamabas, ¿verdad? Valiente, pero temerario. Cuando la valentía y la temeridad se mezclan, puede ser difícil distinguir una de otra hasta que es demasiado tarde.

Austin negó con la cabeza. —Cuando hay un único curso de acción evidente, aunque sea una opción de alto riesgo, el plan no es temerario, es una respuesta racional a la situación.

Ridley sacó la radio. —Pero esta no es la única opción. He estado pensando en JB. Todas las frecuencias que *yo* conozco están bloqueadas. Pero quizá él pueda usar esto para acceder a uno de los canales de Snohomish y contactar con Darlene en el exterior.

Era una idea interesante. Los terroristas habían bloqueado todos los canales que habían podido y estaban emitiendo ruido por los demás. Pero era muy posible que se les hubiera pasado un canal para Snohomish. Pero, aunque así fuera y aunque JB pudiera contactar con Darlene, no había garantías de que eso sirviera de algo.

Estaba a punto de objetar, pero el rostro de Ridley se endureció y aceleró sus palabras como un tren que arrollara los pensamientos de Austin.

—Si vamos a por Darius y Al-Raymi, lo más probable es que nos maten. Eso no consigue nada. Recuerda, ahora mismo hay cientos, probablemente miles de agentes del FBI, policías locales y miembros de la JTTF fuera del estadio. Son tan capaces como nosotros y es probable que estén en comunicación directa con esos cabrones. Les han dado unas cuantas horas, como mínimo. Si nos abalanzamos sobre Darius y Al-Raymi ahora, podríamos provocar que lo detonen todo. Lo mejor que podemos hacer es encontrar una forma de contactar con la gente de fuera. —Sostuvo la radio delante de la cara de Austin—. Con esto.

Austin asintió a regañadientes.

—Otra cosa. Anna, mi madre, Rachel. ¿Qué hay de ellas? ¿Intentamos llevarlas a un sótano, a un rincón del estadio?

El rostro de Ridley mostraba dolor.

—Probablemente, donde están ahora es tan seguro como cualquier otro sitio. Mi primer pensamiento —y odio admitirlo— fue: «Que les den a todos, ¿cómo pongo a salvo a mi mujer y a los bebés que lleva dentro?». Pero la verdad es que ahora mismo no puedo. Temerario o no, estoy haciendo lo único que se me ocurre para forzar un buen resultado. Bueno, no un *buen* resultado. El mejor resultado posible dadas las circunstancias.

Austin soltó un largo suspiro.

—Entonces, ¿volvemos sigilosamente a los asientos, buscamos a JB, intentamos ponernos a cubierto y vemos si puede usar la radio para contactar con Darlene?

Ridley asintió y se dirigió a la puerta.

—Vale —dijo Austin—. Pero si eso no funciona, subo al último piso. Al palco de los entrenadores.

Austin siguió de cerca a Ridley mientras desandaban el camino, con la mano en la culata del veintidós que llevaba en el cinturón. La idea de que su madre estaba en el estadio se le imponía en la mente cada pocos segundos y cada vez la apartaba.

Intentó decirse a sí mismo que cada vida en el estadio era tan valiosa como la de su madre. Y lo eran. Y, sin embargo, se le encogía el corazón al pensar que ella estaba en algún lugar entre las

sesenta mil personas, probablemente aterrorizada. Si conocía a su madre, lo que más le preocuparía sería dejar solo a su padre.

Por mucho que quisiera hacer algo al respecto, la pura verdad era que estaba haciendo todo lo que podía. Y puede que ni siquiera eso fuera suficiente.

Cada pisada resonaba en el pasillo oscuro, amplificando sus nervios. Austin apretó con más fuerza el arma; el frío metal resultaba reconfortante en su mano sudorosa.

La escalera apareció ante ellos; Ridley tomó la delantera y subió con pasos deliberados. Austin iba unos pasos por detrás. Habían tenido suerte al bajar, pero a cada peldaño le parecía oír a alguien. A la vuelta de cada esquina esperaba ver a un terrorista con un subfusil.

Estaban a solo unos pasos de la puerta cuando se produjo. Una explosión, brusca y ensordecedora. La fuerza de la onda expansiva reverberó por el hueco de la escalera, sacudiendo sus cimientos. El polvo se arremolinó a su alrededor, una niebla asfixiante de escombros que le escoció en los ojos y le llenó los pulmones con el sabor acre del hormigón y el metal quemados.

Entonces el suelo bajo sus pies tembló y cedió. Se agarró a la pared, a cualquier cosa que pudo. Agitó las piernas, buscando tierra firme.

Debajo de él no había nada más que aire.

18

Austin cayó.

Y mientras caía, fue como si el tiempo se hubiera detenido y todos sus sentidos se agudizaran.

El crujido nauseabundo del hormigón y el gemido profundo de las barras de refuerzo al doblarse. El olor acre de los escombros en llamas y los explosivos químicos. Mil diminutos pinchazos de polvo de hormigón golpeándole la cara.

Y entonces, sin más, volvió en sí.

Pero el mundo parecía haber perdido el equilibrio. Se inclinó hacia la derecha y alargó el brazo para amortiguar la caída. Primero el antebrazo, luego la cadera y después la cabeza golpearon algo duro. El hormigón había cedido bajo sus pies y se deslizó por lo que habían sido las escaleras, ahora una plataforma destrozada.

El mundo se cerró a su alrededor. El hormigón llovía como granizo. Austin se cubrió la cara por instinto mientras los escombros que caían le golpeaban los brazos.

—¡Austin! —La voz de Ridley atravesó el caos desde arriba.

Austin levantó la vista. El hormigón bajo él se había combado y yacía sobre los restos del hueco de la escalera. Uno de los lados seguía conectado a la parte intacta del edificio. El lado del hueco de la escalera que se había derrumbado dejó a Austin sobre montones de escombros, que habían caído al piso de abajo.

Austin no podía ver a su amigo, pero parecía que Ridley se las había arreglado de alguna manera para quedarse en el piso de arriba cuando la escalera cedió.

Austin respiró hondo, con los pulmones ardiéndole al llenarse del humo que envolvía el demolido hueco de la escalera. El olor a polvo, a quemado y a metal caliente flotaba denso en el aire. Aunque su sinestesia a veces le hacía oler y saborear cosas que, estrictamente hablando, no estaban allí, esto era algo mucho más intenso.

Poniéndose en pie lentamente, con los oídos zumbándole por la explosión, a Austin le costaba enfocar la vista. Perdió el equilibrio y se tambaleó contra una pared, luego tropezó con un montón de hormigón roto. El suelo bajo sus pies estaba resbaladizo por el agua de las tuberías reventadas, lo que hacía que cada paso fuera traicionero. Se irguió y se apoyó en una pared que había logrado mantenerse en pie. —¿Ridley, estás bien? —gritó hacia el humo.

Miró a su alrededor frenéticamente para ver si alguien más había resultado herido por la explosión. Aguzó el oído en busca de gritos. Nada.

Su temor inicial había sido que todo el estadio hubiera volado por los aires, pero ahora parecía que solo había sido una pequeña sección. Por lo visto, los terroristas habían conseguido mantener a todo el mundo en sus asientos. Entonces, ¿por qué habían volado una escalera en un rincón apartado del estadio? A menos que hubiera sido un accidente, lo cual era ciertamente posible. Le había parecido oír la explosión por encima de él, pero había sido el suelo bajo sus pies el que había cedido.

—Estoy bien, ¿y tú? —La voz de Ridley se abrió paso a través de la neblina de su mente y, por un momento, el alivio lo inundó.

—Sí. —Intentó gritarlo, pero la palabra salió como un jadeo ahogado. El humo o el polvo, o quizá ambos, le quemaban la garganta. Tosiendo violentamente, consiguió gritar—: Tengo que salir de aquí.

—Menudo resbalón te has pegado —añadió Ridley.

La única salida era por donde habían venido, y Austin se apresuró por el pasillo, cojeando pero solo con contusiones por la

caída. Esta vez había tenido suerte. Se preguntó cuántas veces más tendría que tentar a la suerte si quería salir de esta con vida.

Parpadeó rápidamente, con la visión borrosa. El humo le había irritado los ojos, pero ahora que se había alejado, se dio cuenta de que algo más no iba bien. Ya había tenido una conmoción cerebral una vez, de adolescente, y el aturdimiento y la desorientación eran similares.

Apretó los pies contra el suelo, intentando mantenerse firme.

Necesitaba pensar, necesitaba...

Se deslizó por la pared y se sentó, con la cabeza dándole vueltas. Se tocó la cabeza donde más le dolía y luego se miró las manos, sorprendido de no ver sangre. Pensó en Anna, ¿o estaba pensando en Fiona? El zumbido en sus oídos y la opresión en su pecho le hicieron darse cuenta de que no se había recuperado del todo de la onda expansiva de la explosión.

Un pensamiento aterrador se le cruzó por la mente. ¿Y si estallaba otra bomba?

Intentó levantarse, pero le temblaron las piernas y no podía ver con claridad.

El único pensamiento que pudo formarse fue que necesitaba averiguar quién había matado a Fiona. No. Eso no. Ahora no.

El sabor del dolor lo golpeó y lo devolvió bruscamente al presente. Tenía que llegar hasta Darius y al-Raymi, encontrar a los hombres que... los hombres que...

Eso es lo que David haría.

Eso era lo que…

¿A quién pretendía engañar? No podía mantenerse en pie, apenas podía pensar. Desde luego, no podía dispararle a nadie.

Tenía una pistola, una radio y media docena de esposas de plástico. Por mucho que le hubiese encantado empuñar la pistola delante de la gente que mató a su mujer, o de Darius y al-Raymi, su mejor baza era volver con JB y usar la radio.

Pero primero tenía que vomitar.

19

Lunes, 20:29

Ridley subió con cautela por la escalera, alejándose del humo acre y del polvo. Su respiración era silenciosa, acompasada, mientras sostenía la pistola con firmeza. El sonido de sus pasos se mezclaba con los ecos lejanos del estadio, que permanecía en un silencio sepulcral.

La mente le iba a mil por hora, sin saber qué demonios estaba haciendo.

Quince minutos antes, había defendido que ni él ni Austin debían intentar encontrar a al-Raymi y a Darius. Al menos, no todavía. Y ahora iba él a por ellos.

Si Evelyn tenía razón, estaban en el palco de los entrenadores, que se encontraba solo un par de pisos más arriba. Austin estaba vivo, pero —separado de él por el hueco de la escalera derruido— Ridley no había podido alcanzarlo. De todos modos, pensó, Austin sabía cuidarse solo mejor que nadie que él conociera.

Ridley subió un tramo de escaleras y luego otro, notando que sus pulmones se aliviaban cuanto más se alejaba del humo. Se detuvo en el rellano de lo alto de la escalera y miró hacia abajo, hacia donde aún podía ver los escombros de la explosión dos pisos más abajo. Parte del humo persistía, pero la mayoría se había disipado.

La puerta del rellano daba a un corto pasillo decorado con fotos de jugadores famosos de los Seahawks, y avanzó por él con lentitud y en silencio. Al final del pasillo se detuvo ante una puerta con un cartel que decía: «Privado». Había pensado que este era el palco de los entrenadores, pero ya no estaba tan seguro.

Con cuidado, giró el pomo y abrió la puerta despacio.

Desorden. La habitación era un caos indescriptible, con las entrañas destrozadas por una explosión. Había cables colgando del techo, las luces parpadeaban y el hedor a componentes electrónicos quemados impregnaba el aire. Los ojos de Ridley se adaptaron a la penumbra y su mirada se posó en un único cuerpo sin vida, medio cubierto por una estantería metálica que había salido disparada de la pared. Aquello no era un palco de entrenadores. Era una especie de sala de control del estadio; una de tantas, supuso.

Se acercó al cuerpo, con la pistola en ristre. ¿Qué demonios había pasado allí?

Había cristales rotos por todas partes. A través de las ventanas destrozadas podía ver a la multitud muy abajo. Los terroristas habían detonado explosivos en esa sala y en el piso de debajo del hueco de la escalera en el que habían estado él y Austin, dejando intacto el resto del estadio. Pero ¿por qué?

Un sonido interrumpió sus pensamientos: débil, apenas perceptible. Voces.

Ridley aguzó el oído, intentando discernir el idioma. Árabe, estaba seguro. Y quizá ruso o alguna otra lengua eslava.

Moviéndose despacio, deliberadamente, cruzó la sala de control demolida y se escondió tras un enorme trozo de pared que se había desplomado sobre una larga mesa que sostenía docenas de ordenadores, monitores e infinitos cables.

El corazón de Ridley martilleaba en su pecho y respiraba de forma superficial y rápida mientras se apretaba contra los restos irregulares de la pared reventada. La sala de control era una ruina humeante; el hedor a cables quemados y metal chamuscado no se parecía a nada que hubiera olido jamás. Aún le zumbaban los oídos por la explosión, pero sus pensamientos eran claros y sencillos.

Pensó en Rachel, sentada al otro lado del estadio. Pensó en los dos hombres que se acercaban.

Y pensó en la Glock 19 que tenía en la mano.

Los pasos sonaban más fuertes a cada segundo que pasaba.

Y también las voces, pero ya no hablaban en árabe ni en ningún otro idioma. Hablaban en inglés.

—… un kilo y medio de C4 —se jactaba el que hablaba, con un orgullo nauseabundo goteando de cada palabra—. Esto ha sido solo un kilo y medio. Como hemos dicho, tenemos miles de kilos por todo el estadio. Con un kilo y medio ha bastado para reducir la tribuna de prensa a escombros.

La tribuna de prensa. Ridley se maldijo. Se había equivocado de lugar. Aunque ya no importaba. El hombre tenía un marcado acento ruso y su forma de hablar le hizo pensar a Ridley que no se dirigía al otro hombre que lo acompañaba. Era como si estuviera actuando, hablando para una cámara.

—Les dijimos que si no liberaban al rehén en dos horas demoleríamos parte del estadio. Elegimos la tribuna de prensa por razones obvias. Como cortesía, ya habíamos reunido a todos sus supuestos periodistas. Nadie ha muerto. Oh, esperen, al parecer ha muerto *una* persona.

Dejó de hablar un momento, le susurró algo en árabe a su compañero y continuó: «Por lo visto se nos ha escapado alguien. Bueno, qué se le va a hacer. Sus medios de comunicación difunden mentiras y propaganda contra el mundo árabe a diario. Si por accidente hemos matado a un periodista estadounidense, que así sea. Nos llaman terroristas por defender nuestras tierras, mientras que sus bombas masacran a aldeanos inocentes. Sus reporteros demonizan la causa yemení y defienden a los invasores, a los que torturan y encarcelan a mis hermanos. ¿Recuerdan las fotos de Abu Ghraib? Aquellos fueron actos de salvajes, pero su prensa lo achacó a unas "pocas manzanas podridas". A mi gente la detienen sin juicio durante años, pero sus periodistas solo lloran por las libertades que han perdido y por sus cafés con leche. Nuestro sufrimiento no les importa nada. Esta ha sido su última advertencia. No toleraremos las mentiras y la hipocresía de quienes afirman defender la verdad

mientras solo propagan el engaño. Liberen a nuestro amigo. Dejar el palco de prensa en ruinas no es más que un pequeño recordatorio de la destrucción causada por las palabras envenenadas de sus mal llamados medios de comunicación "libres". Sus maliciosas plumas pueden cavar tumbas tan profundas como cualquier misil, y sus lenguas lanzan andanadas tan mortíferas como la artillería».

Ridley apretó la mandíbula mientras aferraba con más fuerza el frío acero del arma. El sudor le resbalaba por la frente, pero no se atrevió a limpiárselo. Tenía que esperar, tenía que aguardar el momento oportuno.

A medida que los hombres se acercaban, los sentidos de Ridley se agudizaron, y todo su ser se concentró en el sonido de sus pasos y el ritmo de sus voces. Su entrenamiento lo había preparado para esto, le había enseñado a canalizar la adrenalina que le corría por las venas y a convertirla en un arma.

—La próxima vez —continuó el hombre, con la voz más alta que nunca—, bueno, la próxima vez todo el estadio acabará así.

Entonces el hombre dijo algo en árabe, con un tono de voz más natural, distendido, como si estuviera hablando con su compañero, que respondió con un gruñido.

Los pasos se habían detenido y las voces estaban peligrosamente cerca. La tensión era como un resorte a punto de saltar. Ridley inspiró lenta y deliberadamente, armándose de valor.

Emergió como un relámpago, con el arma en alto y apuntando con una precisión letal. Los terroristas apenas tuvieron tiempo de percatarse de su presencia antes de que apretara el gatillo, disparando dos veces a cada hombre en una rápida sucesión: un doble toque en el pecho, tal como le habían enseñado.

Sus cuerpos se desplomaron en el suelo, inertes y sin vida.

Ridley soltó el aire. No había tenido que pensar.

Aquellos disparos se habrían oído en otras partes del estadio, y tenía que largarse de allí.

20

Al salir Austin del túnel, la ya familiar voz sonó por la megafonía. —Mantened la calma. En general, os habéis portado bastante bien. Vuestro gobierno no. Las explosiones han sido un mensaje, la última advertencia para vuestros malvados y corruptos líderes. Hasta ahora, vuestro gobierno se ha negado a cooperar. Más os vale esperar que no se nieguen durante mucho más tiempo.

La mente de Austin se había despejado un poco, y también su vista. Si movía la cabeza deprisa, seguía viéndolo todo borroso, pero si se movía despacio, deliberadamente, su visión había vuelto casi a la normalidad.

El estadio estaba extrañamente silencioso. Avanzando sigilosamente por el pasillo, llegó a una escalera que subía al vestíbulo principal, donde estaban la mayoría de los puestos de comida y los aseos. Pegado a la pared, llegó al descansillo y echó un vistazo.

El intenso olor a carne chamuscada persistía en una parrilla cercana. La grasa que flotaba en el aire parecía abrirse paso a través del polvo de cemento que Austin tenía en las fosas nasales.

Las punzadas de hambre se hicieron notar y el estómago le rugió.

Un hombre armado estaba al otro lado del vestíbulo, de cara al campo. Parecía estar vigilando una grada inferior. Austin mantuvo la

concentración —apartando los ojos de un puesto de comida cargado de chocolatinas inalcanzables— y observó al hombre. Ralentizó y acalló su respiración deliberadamente. Podía dispararle al terrorista por la espalda. Podía matarlo, no le cabía duda.

Pero era probable que hiciese más mal que bien. Los disparos llamarían la atención y Austin no era rival para varios hombres con subfusiles.

Cuando el hombre bajó un par de escalones hacia su sección, Austin se apresuró hacia la izquierda y se refugió en una pequeña tienda que vendía camisetas y recuerdos, pero nada de dulces. Solo estaba a un par de secciones del Nido del Halcón.

Asomándose por encima del mostrador, vio el camino despejado.

Todavía cojeando ligeramente, llegó al túnel que llevaba del vestíbulo a la grada inferior del Nido del Halcón. Abajo, pudo ver a un hombre que vigilaba su sección.

Austin dio un salto, se agarró a una barandilla, se subió y se dejó caer al suelo, deslizándose hasta los pies de unos aficionados desprevenidos.

—No os preocupéis —dijo sin levantar la vista—. Actuad con normalidad. Soy de la policía. —Tras un breve silencio, continuó—: Necesito volver a subir unas cuantas docenas de filas. Decidme cuándo pase el guardia por la pequeña esquina, ese saliente, y esté de espaldas.

—Vale —susurró una mujer.

Austin respiró lentamente, escuchando durante un buen rato el estadio casi en silencio, un contraste espeluznante con la explosión de sonido que lo había llenado hacía poco.

—Ahora —dijo la mujer.

Austin se levantó de un salto y subió sigilosamente por los escalones de hormigón. El sol acababa de ponerse, pero el aire aún era cálido y las luces del estadio proyectaban largas sombras sobre los rostros sorprendidos de la gente aterrorizada en sus asientos. Vio a su equipo y se deslizó en el asiento, respirando con dificultad. Luego echó un vistazo hacia abajo. El hombre asignado a su sección se había dado la vuelta y caminaba de nuevo hacia ellos, pero tenía

la vista fija al frente y, a docenas de filas más abajo, parecía que no había visto a Austin.

Anna se levantó cuando él se acercó y se cruzó de brazos. —¿Dónde diablos te has metido? —Lo abrazó brevemente, y luego se apartó con el ceño fruncido por la preocupación—. Entiendo que quieras salvar a todo el mundo, pero esta no es la manera. No esta vez.

—¿Dónde está Rid? —exigió Rachel, inclinándose—. Oímos disparos desde allí arriba. —Señaló un lado lejano del estadio, donde las ventanas de un palco parecían haber volado por los aires—. ¿Qué demonios está pasando?

—Ridley está bien —dijo Austin—. Nos separamos y… mira, no quiero perder tiempo explicándolo todo. Estábamos justo al lado de la explosión. Rid estaba encima de mí y oí su voz.

—¿Está bien? —preguntó Anna.

—Creo que sí. Pero nos perdimos de vista en el caos que siguió a la explosión.

Austin sacó la pequeña radio del bolsillo y le dio vueltas en las manos. —Conseguimos esto. Parece que todas las frecuencias públicas principales están inhibidas.

—Mierda —masculló JB—. Eso no es bueno.

Austin se la entregó. —Ridley pensó que quizá podrías acceder a una de las frecuencias del condado de Snohomish, para intentar contactar con Darlene.

JB se rascó la nuca, pensativo. —Las frecuencias del condado están bastante bien encriptadas. Es posible. Podrían haberlas bloqueado como las otras, pero tendrían que saber cuáles bloquear.

—¿Crees que Darlene estará a la escucha? —preguntó Anna.

JB se encogió de hombros. —Puede ser. Darlene… —se le quebró la voz—, no se rinde fácilmente.

Anna se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas. —¿Vale, pero aunque contactemos, qué podemos hacer en realidad?

—Puedes contarle todo lo que he averiguado, y a lo mejor está en contacto con el FBI —dijo Austin—. Rid y yo hemos encontrado a la jefa de seguridad del estadio y nos ha contado muchas cosas. Ahora mismo no tenemos nada más.

JB asintió con lentitud. —De acuerdo.

Austin echó un vistazo al estadio, donde todo seguía extrañamente parecido a como estaba cuando se escabulló. Los rehenes continuaban sentados en la línea de cincuenta yardas. La mayor parte del público permanecía inmóvil en sus asientos, aunque a algunos se les permitía subir y bajar por los pasillos para usar las esquinas al aire libre como aseos. Mientras miraba a su alrededor, un plan cristalizó en la mente de Austin.

Se volvió hacia Anna y JB. —Vale, esto es lo que vamos a hacer. —Austin señaló con la cabeza al guardia de abajo—. Esperaremos a que se mueva a otra sección. ¿Con qué frecuencia se ha estado moviendo?

—Cada diez o quince minutos —dijo JB—. Se apoya en la barandilla de una sección, luego pasea un poco y después se va a la sección de al lado. Y vuelta a empezar.

—Vale, pues cuando se mueva, Anna, tú y JB subid a la azotea. Intentad contactar con Darlene. Os contaré lo que Rid y yo hemos averiguado, y luego iré a por Darius y al-Raymi.

Anna abrió los ojos como platos. —Austin, no. Es…

—Tengo que intentarlo. Y primero tengo que intentar encontrar a Ridley. Ha venido a por mí. Tengo que ir a por él.

Cruzó la mirada con Rachel y ella le dedicó un leve asentimiento afirmativo. Dijo: —Cuando te escabullas, haré que algunas personas de detrás ocupen la fila y abulten lo máximo posible, para que no quede ningún hueco.

—Bien —dijo Austin.

Anna abrió la boca para discutir, pero Austin la interrumpió. —Se nos acaba el tiempo. Por favor, subid a la azotea. Intentad hablar con Darlene si podéis. Tendré cuidado.

Anna frunció el ceño, claramente indecisa. Tras un largo instante, asintió.

21

Lunes, 20:47

Austin observó cómo el terrorista del pelo bufado se apoyaba en la barandilla y contemplaba a los aficionados de su sector. Sujetaba el arma con dejadez en una mano mientras bostezaba, con aire despreocupado, como si estuviera vigilando un almacén vacío en lugar de a sesenta mil rehenes.

Le había contado a Anna y a JB todo lo que Evelyn le había dicho, y ahora tocaba esperar a que el terrorista les diera una oportunidad.

Austin se giró hacia Anna.

—Tenemos que dejar de vernos así.

—Ni que lo digas —le devolvió Anna la media sonrisa.

—Me muero de ganas de pasar tiempo contigo y tener una conversación de verdad, pero ¿puedes llevar tú la iniciativa? —dijo sin mirarla directamente, pero sin apartar la vista del todo—. Cuéntame algo para distraernos de este infierno que estamos atravesando mientras no le quito ojo a este tío.

Anna dijo:

—La verdad es que hay algo de lo que quería hablar contigo. No es un tema, bueno, *divertido*.

—Cualquier cosa para matar el tiempo mientras esperamos el momento de actuar. —Austin la rodeó con el brazo y la atrajo hacia él.

—La verdad es que nunca te he hablado de mi ex. Por ridículo que parezca, supongo que este momento es tan bueno como cualquier otro.

Austin sentía la mirada de Anna fija en él.

—No es tan ridículo como que unos terroristas tomen el Lumen Field. Podrías haberme apostado la cantidad que fuera, con las probabilidades que fueran, y yo habría apostado en contra de que algo así pasara esta noche. —Austin mantuvo la vista al frente, sin mirar directamente al terrorista, pero asegurándose de tenerlo siempre en su visión periférica.

—No sé, Thomas, esto parece muy propio de nuestra relación.

Austin se sobresaltó al oír que Anna usaba su nombre de pila.

—En cualquier caso, quiero oír todo lo que quieras contarme.

—Nos casamos muy jóvenes... Yo trabajaba en la tienda de mi padre y mi ex era estibador. Parecía divertido, siempre el alma de la fiesta. —Austin la miró de reojo y vio que tenía la mirada perdida en la distancia, como si viera otra época—. Pero la fiesta y la diversión no duraron. Todo giraba siempre en torno a él. Cuánto bebía, cuánto salía con sus amigos. Nada de lo que yo hacía era suficiente. Cuando estaba a punto de cumplir los treinta, me harté. Pedí el divorcio. No se lo tomó *nada* bien.

—Pero seguiste adelante.

—Sí. —Hizo una pausa y, cuando continuó, su voz sonó aún más baja—. El día que se firmaron los papeles del divorcio, llegué a casa demasiado tarde. Había alquilado un camión de mudanzas con sus amigotes y se había llevado todo lo que importaba. Todo lo de valor, por supuesto, pero también las cosas pequeñas. La colcha de mi abuela, mis libros de la mesilla de noche. —Lo miró, pero Austin mantuvo los ojos fijos en la trayectoria del terrorista—. Ese tío no había leído un libro en su vida y se llevó los míos solo por joder.

Se frotó la nuca y continuó:

—Hasta se llevó a Trouble, mi gato. El gato que tenía desde antes de casarnos, incluso desde antes de que saliéramos juntos. —

Se le quebró la voz—. Dejó una nota diciendo que Trouble lo prefería a él. Era la forma que tenía Tom de demostrar que siempre me controlaría. Ahora está en el este de Oregón, viviendo con una camarera que conoció en un bar. Se aseguró de que me enterara de que ella es diez años más joven que yo y de que mi gato se había escapado. He estado esforzándome por rehacer mi vida, pero confiar en otro hombre... confiar en ti... me aterra. Si parezco demasiado intensa, es, bueno, es una especie de psicología inversa de mierda. —Se rio de sí misma—. Es porque no tengo ni puñetera idea de lo que hago.

Austin la miró, la miró de verdad, por primera vez desde que había empezado a hablar. Su rostro era suplicante, pero también fuerte.

—En eso somos dos —dijo él.

El terrorista se rascó el cuello, luego les dio la espalda y se dirigió al sector contiguo al suyo.

Austin le dio un rápido apretón en el brazo.

—Gracias. No sé qué decir, pero quiero que sigamos sin saber qué decir juntos.

Ella sonrió.

Una conmoción abajo captó la atención de Austin. Gritos en el campo. Miró hacia abajo y Anna y JB siguieron su mirada.

A nivel del campo, fuera de los palcos de lujo, Chad Buckminster gritaba y agitaba los brazos, intentando llamar la atención de los terroristas que patrullaban el terreno de juego alrededor de la línea de cincuenta yardas.

Anna bufó. —Seguro que está intentando salir de aquí a base de talonario. —Puso los ojos en blanco—. ¿Es que no ha visto *Titanic*? Aunque algunos de los pasajeros estuvieran forrados, no se puede solucionar un problema de la magnitud de un iceberg a base de billetes.

Austin negó con la cabeza. ¿Qué intentaba hacer Chad?

Dos terroristas se separaron de su patrulla y se acercaron a Chad. Él los saludó con entusiasmo, todo sonrisas y palmadas en la espalda. Entonces, uno de los terroristas se llevó una mano a la oreja para escuchar algo por la radio. Agarró a Chad bruscamente

del brazo. El otro terrorista reunió a otras dos personas de la suite: un anciano con traje y una mujer cubierta de diamantes.

Austin frunció el ceño, confuso. ¿Qué demonios estaban haciendo?

Exploró con la mirada el resto del estadio y se dio cuenta de que se estaban desarrollando escenas similares: pequeños grupos eran reunidos y se los llevaban a la fuerza, principalmente de los palcos de lujo y los asientos más caros.

Un destello de un conocido pelo canoso le llamó la atención y se le entrecortó la respiración. Abajo, en el campo, conducida junto a una docena de personas más, estaba su madre.

De pronto lo comprendió, con una lucidez fría y cortante. —Están tomando rehenes —dijo, al darse cuenta de que al niño y a la mujer pelirroja todavía los retenían a punta de pistola en la línea de cincuenta yardas, y que ahora se les había unido un hombre negro, alto, de unos cuarenta años—. Nuevos rehenes.

Anna siguió la dirección de su mirada. —¿Esa es...? ¿Te contó Ridley lo de la..., bueno, joder..., la sorpresa?

—Mi madre —dijo Austin, asintiendo con la cabeza.

Anna inspiró bruscamente. —Rehenes de alto valor. Gente que pueden usar como moneda de cambio.

Austin vio una oportunidad y le hizo un gesto a Anna con la cabeza; ella le devolvió el gesto en señal de comprensión. —Mantén a este a salvo. —Señaló a JB con el pulgar—. Y JB... —JB giró la cabeza—. Mantenla a *ella* a salvo.

—Por supuesto —respondió JB.

Austin se volvió hacia Anna. —Tengo que irme —le dijo.

—Lo sé.

22

Darius estaba de pie junto a Anwar al-Raymi, contemplando a través de los ventanales del palco a los sesenta mil prisioneros que retenían en el campo de abajo. Un grito ocasional atravesaba el grueso cristal de las ventanas, pero en el estadio reinaba mayormente el silencio. Su equipo había hecho un buen trabajo reduciendo a los aficionados, y ahora patrullaban, con las armas automáticas reluciendo bajo las potentes luces del estadio.

Al-Raymi le dio una palmada en el hombro a Darius con su mano carnosa, casi haciendo que el hombre, de complexión más delgada, perdiera el equilibrio. —Un plan brillante, amigo mío. La inhibición de las comunicaciones ha funcionado a la perfección. La policía sigue fuera, impotente. Pero la furgoneta, ¿qué ha pasado?

—No lo sé con exactitud. —Darius negó con la cabeza—. Les dieron el alto. Los detuvieron. Un tercio de nuestros efectivos. No, el cuarenta por ciento.

—Aun así, no los hemos necesitado. Todo está bajo control. —Al-Raymi echó la cabeza hacia atrás y se rio; su aliento apestaba a café.

Darius se permitió una sonrisa tensa, con el pecho henchido por el insólito elogio de Al-Raymi. El plan había sido casi perfecto, era cierto, y, sin embargo, presentía que Al-Raymi no le estaba contando algo.

La expresión de Al-Raymi se tornó seria. —¿Dónde está Evelyn? Ya deberíamos haber tenido noticias suyas.

Darius se tensó. Había intentado contactar con su jefa de seguridad dos veces en los últimos treinta minutos. —Iré a ver qué le pasa. —Empezó a caminar hacia la puerta del palco, pero las siguientes palabras de Al-Raymi lo detuvieron.

—Los americanos afirman que no negocian con terroristas. —Al-Raymi resopló—. Pero tenías razón. Creo que liberarán a nuestro hermano. Se hará en secreto, para que puedan negar que hubo ningún trato.

Darius había supuesto que así sería. Se lo había asegurado a Al-Raymi y había argumentado que ni siquiera necesitaban molestarse en plagar de explosivos todo el estadio. —Te dije que no necesitaríamos volar el estadio —dijo con cautela.

Al-Raymi frunció el ceño. —Teníamos que convencerlos de que lo haríamos de verdad. ¡O todo o nada, como dicen los americanos!

Darius negó con la cabeza. No creía que los americanos dijeran eso. —Le informaré en cuanto tenga novedades sobre Evelyn.

Al-Raymi lo despidió con un gesto hacia la puerta, pero Darius se dio la vuelta. —No vamos a volar de verdad todo el estadio, ¿verdad?

Al-Raymi se limitó a ofrecer una sonrisa socarrona. Examinó el caos que se extendía abajo. —¿Has elegido a los pocos afortunados que nos acompañarán cuando nos marchemos?

Darius tragó saliva, con un nudo en la garganta. El plan era que los helicópteros aterrizaran en el campo para transportar a una docena de rehenes clave, junto con su equipo, a un avión privado que esperaba en el aeropuerto.

—Los están reuniendo ahora mismo —dijo Darius. Contuvo la voz —. Los rehenes estarán asegurados en una zona de retención hasta que lleguen los helicópteros. He seleccionado al dueño del equipo; es multimillonario, las autoridades no interferirán si está a bordo. Algunos otros patrocinadores adinerados. Varios famosos. Unos cuantos miembros de la Marina que iban a ser homenajeados en el descanso.

Al-Raymi asintió, satisfecho. —Bien, bien. Tomar a los poderosos y famosos como garantía, así se hace. —Sus ojos brillaron—. Y si vienen a por nosotros, empezamos a empujar rehenes fuera del helicóptero uno por uno.

Darius reprimió un escalofrío ante la imagen mental. Para alguien que era tan bueno en la violencia, no la disfrutaba especialmente, y nunca se deleitaba en ella como lo hacía Al-Raymi. —Esperemos que no se llegue a eso.

—Eres demasiado blando, Darius. A veces hay que derramar sangre para que la causa avance. —Al-Raymi le agarró el brazo, clavándole los dedos—. No olvides por qué estamos aquí. Nuestro hermano se pudre en su mazmorra. Lo liberaremos o arrasaremos este estadio en el intento. Luego pasaremos a la segunda fase.

La segunda fase era lo único que a Darius le importaba de verdad, pero no quería que Al-Raymi lo supiera. —No lo he olvidado —dijo Darius—. Pero destruir el estadio no nos aporta nada y corremos el riesgo de poner a todo el mundo en nuestra contra.

Al-Raymi lo soltó, con los ojos centelleantes. —La mayor parte del mundo ya está en nuestra contra. Y te preocupas demasiado por esta gente estúpida y su amor por el espectáculo. Una vez que nos hayamos ido, todo quedará en el olvido. La causa sobrevivirá. —Hizo un ademán—. Ve a ver qué le pasa a nuestra jefa de seguridad. Luego encárgate de los rehenes y los helicópteros.

Darius salió del palco de entrenadores, inspirando profundamente.

Se suponía que debía ir a ver qué le pasaba a Evelyn, pero tenía otra cosa en mente.

23

Lunes, 21:06

Austin avanzó sigilosamente por el vestíbulo desierto y se dirigió al hueco de la escalera que había explotado bajo sus pies, acercándose desde arriba. Había esperado encontrar a Ridley allí, pero, al asomarse por la barandilla, lo único que vio fueron los escombros de hormigón reventado y metal retorcido.

Pequeñas humaredas seguían ascendiendo de la escalera demolida.

Renunciando a encontrar a Ridley donde se habían separado, buscó otra escalera y empezó a subir los peldaños, con la pistola bien sujeta y los sentidos en alerta máxima. A mitad de camino, oyó algo: el eco de unas pisadas que bajaban por la escalera hacia él. Parecían al menos unas cuantas personas, pero no hablaban.

Subió de un salto unos cuantos peldaños hasta un rellano y se pegó a la pared detrás de una puerta. Escuchó. Las pisadas se hicieron más fuertes, más cercanas; unos pies pesados descendían por la escalera de hormigón.

Ya los tenía encima. Se tensó, listo para disparar, y saltó.

Era Ridley, junto con tres hombres ataviados con uniformes completos de la NFL: dos de los Seahawks y uno de los 49ers.

—Me has dado un susto de muerte —dijo Austin, bajando la pistola—. ¿Ridley? Yo…

Ridley se había tensado y había levantado su arma, que ahora bajó. —Austin, estos son…

—Ya sé quiénes son —dijo Austin.

Los jugadores de los Seahawks eran Derrick Green, el corredor suplente que había nacido y se había criado en Seattle, y John van der Merwe, su pateador, que había saltado a la fama en la liga de rugby sudafricana de adolescente antes de que lo invitaran a Notre Dame para chutar balones de fútbol americano. Se había convertido en una elección de sexta ronda del draft para los Seahawks. Por último, estaba Jalen Robinson, el mejor receptor abierto de los 49ers. Una de las mayores estrellas de la liga, Austin lo había visto en una docena de anuncios de cereales, sándwiches y coches.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo Ridley. Luego, dirigiéndose a los jugadores, añadió—: Buena suerte. —Sin decir palabra, continuaron bajando las escaleras. Austin se dio cuenta de que Green, el corredor, llevaba una pistola.

—¿Qué demonios? —preguntó Austin.

Ridley se pasó una mano por la calva. —Es una larga historia. Primero, dime qué está pasando. ¿Has llegado hasta Darius o…?

—He vuelto a los asientos. JB y Anna tienen la radio. Están intentando contactar con Darlene.

—¿Y Rachel?

Austin agarró a su amigo del brazo. —Rachel está aguantando bien. De momento no se mueve de ahí, pero está preocupada.

Ridley asintió y el alivio inundó su rostro. —Gracias a Dios. Tengo que volver allí, asegurarme de que está bien. He conseguido quitarle un teléfono por satélite a un cadáver. —Ridley lo levantó—. Podría venir bien.

—¿Un cadáver?

—Dos. No supieron ni qué les golpeó. —La expresión de Ridley se ensombreció—. No quería que muriera nadie, pero sus muertes eran inevitables. Voy a ver cómo está Rachel, necesito verla.

—No, apenas he conseguido llegar hasta aquí. Esos guardias te verán en un instante, solo llamarías la atención sobre ti o, peor,

sobre Rachel. Ven conmigo. —Austin indicó con un gesto de cabeza que debían bajar las escaleras—. Tengo una idea.

Ridley dudó, debatiéndose. —Rachel…

—Estará más segura si conseguimos que la ayuda llegue aquí más rápido. —Austin sostuvo la mirada de su amigo con firmeza—. Mira, cuanto más dure esto, más pánico sentirán esos cabrones. Tenemos que acabar con esto ya, antes de que decidan empezar a ejecutar a más rehenes. O algo peor.

Ridley apretó la mandíbula, pero asintió. —Tienes razón. Guíame, estoy contigo.

Siguiendo el camino de los jugadores, Austin guio a Ridley escaleras abajo y luego por un pasillo en penumbra hasta un cuarto de la limpieza que había localizado antes. Probó el pomo. Como esperaba, estaba cerrado con llave.

Ridley zarandeó la manilla con brusquedad y luego buscó con la mirada algo para forzarla. Su vista se posó en un poste delimitador que habían colocado para desviar a la gente alrededor de una grieta en una de las baldosas. —Apártate.

Austin se apartó mientras Ridley agarraba el puntal convertido en ariete. Apretó con fuerza las manos en el centro del poste mientras observaba la manilla de la puerta de madera. Ridley cogió impulso y estrelló la base redonda contra la manilla de la puerta con toda la fuerza de la que fue capaz. La madera se astilló alrededor de la manilla, pero aguantó.

—¡Otra vez! —dijo Austin.

Gruñendo por el esfuerzo, Ridley volvió a golpear. Esta vez la puerta reventó hacia dentro; la cerradura y la manilla se arrancaron con violencia y cayeron al suelo con estrépito.

—Sutil. —Austin se coló por delante de él en el armario. El espacio estaba lleno de productos de limpieza y químicos que abarrotaban unas estanterías de madera combadas. El aire estaba impregnado de un penetrante olor a amoniaco que le hizo llorar los ojos.

—¿Y ahora qué, MacGyver? —preguntó Ridley mientras cogía una silla metálica plegable para atrancar la puerta rota y asegurarla—.

Por favor, dime que tienes un plan que vaya más allá de destrozar las instalaciones del estadio.

—¿MacGyver?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Ridley.

Austin se encogió de hombros, confundido.

—Es una serie de los ochenta —dijo Ridley—. Un agente del Gobierno famoso por fabricar gas lacrimógeno con productos de cocina y cosas de esas. En un episodio se hizo una mochila propulsora con una limpiadora a presión.

Austin volvió a encogerse de hombros. —Entonces sí, nos la vamos a jugar a lo MacGyver con estos tíos. Pero no vamos a fabricar una mochila propulsora. Vamos a hacer una bomba de humo.

—¿Una qué? —Ridley se giró, incrédulo, toda la alegría había desaparecido de su tono—. ¿Has perdido el juicio?

Austin examinó las etiquetas de las estanterías mugrientas, buscando ingredientes específicos que reaccionaran lo suficiente como para generar grandes cantidades de calor y, lo que era más importante, de humo. Su mirada se posó en una bolsa grande de fertilizante de nitrato de potasio y en una bolsa de azúcar a medio usar.

—A ver, ¿por qué iban a tener azúcar aquí? —preguntó Austin.

—Por dos motivos —respondió Ridley—. Aunque jugaba de *linebacker*, no era lo bastante bueno como para conseguir una beca, así que trabajaba en el estadio de fútbol para pagarme la universidad. El azúcar es granulado y puede ayudar a quitar la suciedad incrustada si se mezcla con otros productos químicos. A veces también lo usábamos como cebo para alimañas.

—Cuando estaba en las gradas —dijo Austin—, vi que estaban reuniendo a más rehenes, incluido el dueño del equipo, y a mi madre. Creo que van a escapar, y no tengo motivos para pensar que no volarán el estadio al salir. De cualquier modo, ir a por la cabeza de la serpiente es lo único que podemos hacer.

Ridley abrió la boca como si fuera a protestar, pero no dijo nada. Finalmente, se encogió de hombros. —No me puedo creer que te esté siguiendo el rollo. Pero ¿para qué el azúcar?

—Vamos a mezclarlo con el nitrato de potasio.

Ridley parecía confundido.

—Ya lo verás.

Mientras Ridley vigilaba por el hueco de la puerta, Austin midió el nitrato de potasio y el azúcar en la lata en una proporción de tres a dos, esperando que la ciencia básica que había aprendido fuera correcta. Si lo hacía bien, ardería a alta temperatura y produciría grandes cantidades de humo. Si lo hacía mal…, no quería ni pensar en las posibilidades.

Tenía que funcionar.

—¿Cómo se libraron los jugadores de la redada? —preguntó Austin.

—Estaban en el vestuario al final del primer cuarto. Green, para que le vendaran de nuevo el tobillo; Robinson, para calmarse después de una pelea con un *cornerback* de los Seahawks, y van der Merwe, para ir al servicio. Una cosa que tenemos a nuestro favor es que esta gente no tiene suficiente personal. Necesitaban ochenta, cien personas para este trabajo. Pero no tienen ojos en todas partes.

—Entonces, ¿qué van a hacer los jugadores? —dijo Austin—. Parecía que tenían una misión.

—Dicen que conocen una salida secreta, una que ni siquiera figura en los planos públicos. Los jugadores la usan a veces para evitar a la prensa y, en ocasiones, para colar amantes en el estadio sin que sus esposas se enteren. Solo la conocen los jugadores, los dueños y un puñado de empleados del estadio. Van a intentar salir para poder traer ayuda.

Austin lo sopesó. —¿Arriesgadísimo, no? ¿No le habría contado Evelyn a sus superiores lo de esa salida?

—Creen que no. El personal del equipo y la seguridad del estadio van por separado. —Ridley se encogió de hombros—. Intenté disuadirlos, pero…

De vez en cuando, el teléfono por satélite emitía un rápido pitido doble que crispaba los nervios de Austin. —¿Qué significa ese *bip, bip*?

—No he usado uno de estos trastos en mi vida —dijo Ridley—. No sé si debería cogerlo, intentar escuchar o…

Austin se lo cogió y lo inspeccionó. Parecía un móvil aparatoso de hacía una década, con botones normales y sin pantalla táctil. La única diferencia era una antena negra y gruesa. —Vamos a pensarlo bien —dijo, devolviéndoselo a Ridley.

Ridley asintió. —Ya he comprobado y no parece que tenga ningún número de teléfono guardado. Probablemente solo lo tengan una docena de personas, y se habrán memorizado los números importantes.

—¿Envía y recibe mensajes? —preguntó Austin.

—Sí. Llegó uno justo después de cogerlo. Decía «cuarenta minutos», pero nada más.

—¿Hace cuánto recibiste el mensaje? —se preguntó Austin en voz alta—. ¿Cuarenta minutos para qué?

—Hace unos quince minutos. —Ridley volvió a coger el teléfono y se lo guardó en el bolsillo—. Pero tú sabrás lo mismo que yo. El caso es que, si suena, podríamos cogerlo, pero entonces alertaríamos a quienquiera que llame de que he matado a los hombres a los que pertenecía, si es que no lo saben ya.

Austin suspiró. —Esperaremos a que lleguen mensajes. Quizá alguien envíe un mensaje de grupo que nos dé alguna pista. —Echó un vistazo por el almacén—. Necesito una mecha.

Ridley cogió una fregona de microfibra. —¿Servirá una de las hebras?

—Sí.

Ridley tiró de una hebra e intentó sacudirla para soltarla del cabezal de la fregona. No se soltaba. Buscó algo afilado por la habitación, luego cogió la hebra y la dobló sobre uno de los postes de la estantería metálica, frotándola contra el borde.

—¿Quién es MacGyver ahora? —preguntó Austin—. ¿Estoy usando bien la referencia?

Ridley no pudo reprimir una sonrisa. —Desde luego que sí.

La hebra de la fregona se soltó y se la entregó a Austin.

Austin la colocó con cuidado en la abertura de la lata, dejando la mitad fuera.

—Ya está. —Austin inspeccionó su creación—. Ahora solo necesitamos un mechero.

24

Lunes, 21:11

Anna esperó a que el terrorista del pelo bufado se diera la vuelta y pasara por delante de la parte inferior de su sección y entonces, conteniendo la respiración, subió a toda prisa las escaleras hasta la última fila de la zona de asientos del Hawk's Nest.

JB iba justo detrás de ella.

Al llegar a la última fila, se sentaron en los escalones. Tal como habían planeado, un hombre corpulento que había estado sentado detrás de ellos se deslizó hacia delante y ocupó el espacio vacío en el banco. Rachel y los demás de su sección también se habían dispersado para que el área de asientos pareciera casi tan abarrotada como antes.

Con el corazón desbocado, esperó a que el terrorista diera otra pasada. Él alzó la vista en su dirección, pero no parecía prestar mucha atención a los detalles. Además, ahora estaban lo bastante lejos como para que a sus ojos no fueran más que un par de rostros en un mar de gente. Cuando se dio la vuelta, avanzaron con cautela por el pasillo, con el perfil urbano de Seattle extendiéndose tras ellos y el gigantesco videomarcador cerniéndose sobre sus cabezas. Anna escudriñó la zona y sus ojos se posaron finalmente en un pequeño

recoveco escondido entre la última fila de asientos y la base del imponente marcador.

—Aquí —le susurró a JB.

Era un espacio estrecho y sombrío que les ofrecía cobijo. El calor del sol había desaparecido hacía ya un rato y un ligero escalofrío recorrió a Anna mientras se acurrucaba en las sombras junto a JB, con la espalda pegada al frío hormigón. El zumbido del enorme videomarcador que tenían encima llenaba el aire.

JB ya estaba manipulando los diales de la radio, totalmente concentrado. De repente, se produjo un fuerte estallido de estática y JB se inclinó para cubrir el aparato con el pecho mientras buscaba a tientas el botón del volumen.

—Austin dijo que Ridley había probado todas las frecuencias normales —dijo Anna.

Con el volumen bajo, JB buscó en el dial; el único sonido eran los diferentes tonos de la estática. —Tenía razón. Están inhibiendo los canales entre 150 MHz y 170 MHz. Ahí es donde operan la mayoría de las fuerzas del orden locales. Pero hay una frecuencia especial que Darlene y yo usamos cuando estamos los dos de servicio —continuó él, con los dedos moviéndose con soltura—. Está en 142.875 MHz. Aquí.

La línea estaba limpia. No había estática. JB pulsó el botón de hablar y dijo, con voz formal y autoritaria: —Habla JB Macintosh, jefe de policía de la ciudad de Snohomish. Me encuentro dentro del estadio, que ha sido tomado por terroristas que se hacen llamar los *Al-Rus Yeminiyah*. ¿Alguien me recibe?

Durante el largo silencio, el terror que había estado sintiendo mientras se escabullían de sus asientos se disipó, reemplazado por una sensación de irrealidad. No hacía mucho, estaba emocionada por quedar con Austin para una verdadera cita, muy esperada, y ahora estaba allí, acurrucada bajo una pantalla gigante, intentando contactar con el mundo exterior con una radio quitada a un terrorista.

—¿Alguien me recibe? —repitió JB.

Imaginó que todas las cadenas de televisión de América —y probablemente del mundo— habían cambiado a la cobertura en

directo. Lo que no sabía era si los terroristas permitían alguna retransmisión desde dentro del estadio. ¿Se habían apoderado de los cámaras para permitir que se emitieran imágenes perturbadoras? ¿O también las habían bloqueado? Fuera como fuese, cientos de periodistas, quizá miles, estarían abalanzándose sobre Seattle. Los que ya estaban en la ciudad se acercarían todo lo posible al estadio. Pasara lo que pasara, esta sería la noticia más importante del mundo durante los próximos años.

La gravedad de la situación la golpeó y levantó la vista hacia JB, cuyo rostro seguía pétreo. A la fría sombra de la pantalla gigante, algo más la asaltó. Fue una certeza que se le instaló en el pecho como si le hubiera invadido el cuerpo desde el exterior. Diecinueve secuestradores habían perpetrado los atentados del 11 de septiembre de 2001. Nadie sabía el número exacto de personas que habían ayudado en la planificación, pero la mayoría de las estimaciones se situaban entre veinticinco y cien. Era imposible, pensó, que se reuniera un equipo de cuarenta personas —probablemente apoyado por docenas más fuera del recinto— para una operación como esta con el único fin de conseguir la liberación de un solo prisionero.

JB lo intentó de nuevo; la urgencia en su voz era inconfundible. —Darlene, o quien sea, soy JB, ¿estáis ahí? Cambio.

Aun así, no hubo más que silencio.

JB miró a Anna. —No hay razón para pensar que estaría escuchando esa frecuencia —dijo—. Merecía la pena intentarlo, pero…

—Quizás haya contactado con el FBI para compartir lo que sabe desde dentro. Lo de Michael Bolov y todo lo demás que vio Austin.

JB asintió.

—Hay algo que no me puedo quitar de la cabeza —dijo Anna—. ¿De verdad crees que están montando todo esto para que liberen a un solo prisionero?

JB parecía confundido. —No lo sé. Y, francamente, me da igual. El móvil no es asunto mío —dijo señalando a la multitud con la cabeza—. Salvar a tanta gente como sea posible es lo único que

importa. Al menos por ahora. Y quiero creer que la gente de fuera está haciendo todo lo posible por conseguirlo. Darlene incluida.

Anna estaba de acuerdo, y sin embargo... en sus años escribiendo sobre crímenes, había aprendido que a veces conocer el *porqué* de un delito, o de una serie de ellos, ayudaba a los detectives a resolverlo. En algunos casos, les ayudaba a *impedirlo*.

JB lo intentó de nuevo. —Darlene, soy JB, ¿estás ahí? Cambio. Por favor, cariño. ¿Estás ahí? Cambio.

—¡Bendito seas! —crepitó la familiar voz de Darlene por la radio —. JB, dime otra vez que eres tú. Dime que estás bien.

—Soy yo, cielo, y estamos bien —su voz estaba cargada de emoción—. No tenemos tiempo para cháchara. Primero, te quiero. Segundo..., no hay tiempo para un «segundo». ¿Cuál es la situación ahí fuera?

Darlene respiró hondo. —Es un caos. La policía de Seattle y la oficina del sheriff del condado de King han llegado primero. Están estableciendo un perímetro y trabajando en la evacuación de la zona. Apartamentos, restaurantes, todo. Los federales también están aquí. Estoy en el borde del aparcamiento. Los he convencido para que me dejen quedarme.

—¿Federales? —preguntó Anna, frunciendo el ceño.

—El Departamento de Seguridad Nacional también está metido, ofreciendo apoyo y recursos.

JB se frotó la sien. —Demasiados gallos en el mismo corral. ¿Algún problema?

Darlene vaciló. —Es como un gallinero alborotado.

—Quiere decir que es un *puto caos* —explicó JB.

—Exacto —asintió Darlene—. Eso es lo que te estoy diciendo. Y no ayuda que todos los medios de comunicación del mundo estén cubriendo esto en directo. Mantienen un perímetro, pero creo que la mitad de los periodistas del mundo acaban de aterrizar en paracaídas en Seattle.

—Solo hacen su trabajo —dijo Anna, siempre dispuesta a salir en defensa de los periodistas.

—Pues que no estorben —dijo Darlene—. De todas formas, los federales están trabajando en establecer una estructura de mando

unificada para mantener las cosas bajo control.

—¿Y qué hay de Washington? —preguntó JB.

—Tu suposición es tan buena como la mía —dijo Darlene—. Todos sabemos que Estados Unidos no negocia con terroristas, salvo cuando lo hace.

Anna miró a JB, que parecía tan confundido como ella. —¿Qué quieres decir? —preguntó JB.

Darlene guardó silencio un momento y luego dijo: —Perdona, estaba pasando un tanque. Uf, el caso Irán-Contra, Hezbolá en el vuelo de la TWA en 1985. Incluso recientemente, canjeamos a cinco líderes talibanes de Guantánamo por un sargento del ejército. La cuestión es que decir que no negociamos queda muy bien. En la práctica, lo hacemos continuamente y, sobre todo cuando nos interesa, cedemos. Supongo que este podría ser uno de esos casos. Sesenta mil rehenes contra un hombre. Los programas de la tele por cable ya están trayendo a expertos para que lo debatan.

Anna había dejado de ver las noticias por cable hacía años, pero podía imaginárselo perfectamente. Docenas de personas con trajes caros y bien maquilladas debatiendo la ética de la liberación de rehenes mientras decenas de miles de vidas pendían de un hilo. Hizo que se arrepintiera de lo rápido que había salido en defensa de su profesión.

Cogió la radio. —Deja que te cuente lo que sabemos desde dentro para que puedas transmitirlo.

—Adelante —dijo Darlene—. Estoy tomando notas en el móvil.

—Todo lo que te voy a contar viene de Austin. Él y Ridley han hecho una pirula digna del Bosco y, bueno, allá va: Evelyn, la jefa de seguridad, llevaba metida en esto más o menos un año, aunque parece que la chantajearon. Mencionó a un hombre llamado Darius y a otro llamado Anwar al-Raymi. Supongo que habrás oído hablar de él.

—Ya saben todo eso —dijo Darlene—. Está en todas las noticias. Anwar al-Raymi ha reivindicado la autoría enseguida, o alguien lo ha hecho en su nombre. Se dice que ha habido una explosión dentro del estadio. Se grabó con un móvil y se envió a los negociadores. Una advertencia. Se filtró y ya está en la tele.

—Sí —dijo JB—. Parece que han detonado una pequeña parte de sus explosivos. Una advertencia.

—Austin ha dicho que incapacitaron a un guardia de seguridad llamado Baxter —continuó Anna—, que no parece ser una pieza central en la trama.

—¿Estás apuntando todo esto, cariño? —preguntó JB.

—Estoy tecleando como una posesa.

Anna le contó todo lo demás que Austin les había dicho a ella y a JB, y terminó con la reciente captura de rehenes de alto perfil.

Cuando hubo terminado, Darlene dijo:

—Bien, todo eso está bien. No sé si servirá de algo o no, pero lo pasaré. Hay algo más que deberíais saber. Tienen a mucha gente de la seguridad del estadio en el ajo. Has mencionado a Baxter y a Evelyn, pero hay *muchos* otros, por lo visto. No os fiéis de nadie.

JB miró a Anna, que se dio cuenta de que no habían planeado qué harían a continuación.

Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—De momento, Darlene, mantengámonos en línea. Tú, JB y yo. Te diremos lo que veamos y tú nos dirás cualquier cosa que veas u oigas.

Sin embargo, mientras un breve silencio se apoderaba de la línea, Anna no podía quitarse la idea de la cabeza: ¿era la liberación de un único prisionero el verdadero motivo del ataque? Y, si no, ¿cuál era?

25

La mente de Darius se desvió hacia su infancia mientras bajaba las escaleras hasta el nivel del campo; las duras luces proyectaban sombras que parpadeaban como recuerdos ante sus ojos. La primera vez que escuchó la *Dark Symphony* de Adham El-Sayed se reprodujo como una película en su mente.

Siendo apenas un niño en Egipto, se había topado con el CD en una tienda de música, cautivado por su enigmática y colorida portada. Se lo había llevado a casa, ansioso por escucharlo.

Esa noche, a solas, pulsó el botón de reproducción. La música que brotó no se parecía a nada que hubiera conocido. El-Sayed mezclaba instrumentos tradicionales egipcios en armonías inquietantes y disonantes. Melodías intrincadas tejían un relato de oscuridad, dolor y belleza.

Con el tiempo, la *Dark Symphony* se convirtió en la banda sonora de la vida de Darius. Sus complejas y melancólicas notas reflejaban la oscuridad que crecía en su interior mientras estudiaba tecnología. Su aptitud natural para los ordenadores y las redes era evidente, pero después de que mataran a sus padres, su mundo se vino abajo.

Su tío de Yemen lo acogió y explotó su talento con fines siniestros, coaccionando a Darius para que usara sus habilidades y se convirtiera en un prodigio del terrorismo. La otrora reconfortante *Dark Symphony* servía ahora como un escalofriante recordatorio del

rumbo que había tomado su vida. Su delicado equilibrio entre belleza y oscuridad reflejaba su existencia: intelecto y talento corrompidos por fuerzas que escapaban a su control.

Darius llegó a la zona de retención, una pequeña sala de masajes no muy lejos del campo, con la *Dark Symphony* todavía sonando en su mente. Darius inspeccionó a los rehenes: una mujer mayor con uniforme de gala de la Marina, uno de los propietarios del equipo, un joven con un traje caro y muchos más. Todo parecía en orden.

Satisfecho, Darius se dirigió al campo. No tenía intención de ver cómo estaba Evelyn; probablemente se habría echado atrás, y ahora no la necesitaban. Darius intuía que Al-Raymi había hecho sus propios planes.

La maestría con la que El-Sayed tejía melodías y ritmos era como la orquestación del terror de Darius. Ambos infundían miedo, dejaban impresiones duraderas. Ambos eran artistas, sus creaciones evocaban emociones.

Darius llegó al final de las escaleras y comenzó a avanzar por un túnel poco iluminado. Serpenteó entre gruesos pilares, adentrándose en las profundidades del estadio. Deambulaba, perdido en sus recuerdos y pensamientos. Aunque nunca fue su elección, esta era su vida, y la llevaría hasta el final. La causa lo era todo, el futuro incierto. Su plan, en su día impecable, estaba desafinando y parecía plagado de notas discordantes.

En una gran zona del sótano, Darius finalmente se detuvo. Una columna gigante ocupaba la mayor parte del espacio, con su base de hormigón casi tan ancha como la sala. Al acercarse, un destello de luz le llamó la atención. Circuitos y cables revestían la columna, serpenteando a lo largo de su extensión y desapareciendo en el techo.

Dispuestas ante él había hileras sobre hileras de C4 y Semtex, suficientes para arrasar esa sección del estadio.

En sus discusiones previas a este día, Darius había intentado convencer a al-Raymi de que bastaría con usar cantidades más pequeñas de explosivos, suficientes para derribar pequeñas secciones del estadio y fanfarronear para conseguir la liberación del prisionero antes de pasar a la segunda fase.

Al-Raymi había exigido que consiguieran lo suficiente —más que suficiente— para destruir toda la estructura. Había retrasado sus planes más de seis meses; adquirir toneladas de explosivos no era tarea fácil. Tuvo que hacerse en pequeños lotes.

Cada fardo de explosivos estaba conectado a un pequeño e insignificante dispositivo —un IED, el eslabón fatal de esta cadena de destrucción—. Se arrodilló, examinando uno de los IED más de cerca. El teléfono móvil estaba preparado tal y como lo recordaba —cables que lo conectaban al detonador, la tarjeta SIM insertada, lista para recibir la llamada fatal—. Pero al mirar más de cerca, algo no cuadraba.

Maldijo entre dientes cuando lo vio. —¡*Ya lu'nat al-dahr!*

El diseño original había incluido un circuito de redundancia, un sistema de seguridad que requería dos señales distintas —como un sistema de doble llave— para activar la detonación. Se suponía que debía estar ahí, un segundo juego de cables, que conducía a una placa de circuito separada y más pequeña. Tras recibir una llamada del teléfono de al-Raymi, esta placa esperaría, inactiva, hasta recibir la señal del segundo teléfono, el *suyo*, momento en el que completaría el circuito y activaría la detonación.

Pero no estaba allí.

El espacio donde debería haber estado el circuito de redundancia estaba vacío. Solo había un único juego de cables que iba desde el teléfono móvil hasta el detonador. Se le cortó la respiración al darse cuenta.

Al-Raymi había modificado el diseño. No, Al-Raymi no. Ese bruto no podría haberlo hecho. Pero la orden solo podía haber venido de él.

Sin el circuito de redundancia, los artefactos explosivos improvisados podían activarse con un solo teléfono. El teléfono de Al-Raymi.

Darius salió tambaleándose de entre las columnas y encontró el pasillo. Le daba vueltas la cabeza.

Sintió cómo su retorcido orgullo se desmoronaba.

Aunque no lo había elegido, ese era el camino de su vida, y ahora no sabía adónde se dirigía. Lo único que sabía era que se

arrepentía de todo lo que había hecho en la vida para llegar a ese punto.

Sin embargo, llevaría la música hasta el final. Tenía que hacerlo.

La segunda fase de su plan haría que todo valiera la pena.

Da capo al fine.

26

Lunes, 21:31

—La seguridad aumentará cuanto más nos acerquemos al campo —dijo Austin—. O eso supongo, al menos. —Se detuvo al final de un largo pasillo y echó un vistazo por la esquina—. Despejado.

Ridley lo rodeó y empezó a guiar el camino. —¿Y estás pensando en... qué? ¿Que intentemos acercarnos lo suficiente a los cabecillas para lanzar la bomba de humo y eliminarlos en medio del caos? —Ridley se detuvo en seco—. *Chist*.

Austin aguzó el oído. No oyó nada.

—Lo siento —dijo Ridley, y siguió avanzando por el pasillo—. Me ha parecido oír algo.

—Pero sí, en eso pensaba —dijo Austin—. Esperamos a oír los helicópteros. —Se detuvo ante una puerta doble de color azul, escuchó y no oyó nada. Señaló hacia el final del pasillo—. El campo y los vestuarios están en esa dirección. Entramos por estas puertas y luego vemos si podemos meternos en los conductos. Si nos acercamos mucho más por los pasillos, es seguro que nos toparemos con alguien.

Ridley asintió en silencio y cruzó la mirada con la de Austin. Austin agarró el pomo y abrió la puerta rápidamente mientras Ridley entraba en la sala, con el arma preparada.

—Despejado —dijo Ridley.

Austin lo siguió al interior de lo que parecía ser un cuarto del material y cerró la puerta con llave tras de sí. La sala estaba llena de balones de fútbol americano en grandes cubos, protecciones amontonadas en las esquinas y camisetas en sacos de lavandería y en percheros, en distintas fases del proceso de lavado.

—Cuando oigamos los helicópteros —dijo Austin—, sabremos que se estarán reuniendo junto al campo con los rehenes de más valor. Nos acercamos lo suficiente para lanzar la bomba de humo y crear el caos, y entonces... —suspiró, dejando que el plan inacabado flotara en el aire.

—Sí —dijo Ridley en voz baja—. No es que sea un gran plan. Incluso si eliminamos a Darius y a al-Raymi, podrían morir rehenes fácilmente. Algunos. Todos. Pongamos que tienen seis helicópteros y que en cada uno caben ocho personas, nosotros...

—No creo que sea así. Apuesto a que la mitad de esos cabrones se inmolarán. Al-Raymi y Darius escaparán con los rehenes, dejando atrás a la mayoría de los soldados de a pie, y luego volarán el estadio por los aires a distancia cuando estén en un lugar seguro.

—Aun así —dijo Ridley—. ¿Tú y yo contra veinte terroristas armados? No me entusiasman nuestras probabilidades. —Suspiró—. Aunque no se me ocurre una idea mejor. Suponiendo que vayan a volar el estadio por los aires cuando despeguen...

No necesitó terminar la frase. Era muy probable que estuvieran a punto de intercambiar sus propias vidas, y posiblemente las de algunos rehenes, por la oportunidad de salvar a unas sesenta mil personas.

Ridley enfundó su arma y, usando un pequeño taburete, quitó la rejilla de un conducto de ventilación y se subió de un impulso. —Espacioso —dijo—. Este es el conducto de aire principal. Se ramificará en tubos más estrechos, probablemente a medida que nos alejemos de la línea principal.

Austin levantó la vista. Se palpó la bomba de humo para asegurarse de que estaba bien sujeta entre su espalda y la cinturilla de los vaqueros. Ridley había conseguido subir con facilidad, haciendo buen uso de sus enormes músculos de los hombros y los

brazos. A pesar de esforzarse por recuperar la forma, Austin no creía que a él le fuera a resultar tan fácil.

Ridley se inclinó y le ofreció las manos a Austin.

Austin la aceptó y, con un gruñido y un pequeño salto por su parte, Ridley lo subió al conducto. Era más grande de lo que se había esperado, quizá de un metro y medio de diámetro. Tenía sentido. Era una instalación gigante y necesitaría un gran flujo de aire.

Agachados, avanzaron con las manos apoyadas en las lisas paredes metálicas para mantener el equilibrio. Austin siguió a Ridley durante unos seis o nueve metros, dejando atrás el espacio sobre el cuarto del material, cruzando lo que Austin creyó que era un pasillo y colocándose sobre otra sala.

Ridley miró hacia abajo a través de la rejilla de ventilación. —Enfermería —susurró—. Vacía.

Se quedaron allí, inmóviles, durante un largo momento.

—¿Siquiera sabes qué aspecto tienen Darius y al-Raymi? —preguntó Ridley.

Si Austin hubiera tenido más espacio para mover los brazos, se habría dado una palmada en la frente. —Maldita sea. Yo... A al-Raymi lo conozco. Es enorme. De tu tamaño y parece el estereotipo de un antiguo general. Una mala bestia, con la nariz rota.

—¿Y Darius?

—No —dijo Austin—. No había oído hablar de él hasta lo de Evelyn.

—Vale, si nos acercamos a esos tíos, tú vas a por al-Raymi primero, y yo me encargaré de cualquiera que…, bueno…, *no* parezca un rehén. De cualquiera que lleve un arma.

El plan de Austin sonaba peor por momentos. —*Nosotros* no somos rehenes y *nosotros* llevamos armas.

Ridley lo sopesó. —Usaré mi mejor criterio.

—Creo que el campo está a unas cincuenta yardas de aquí, lo que significa que estamos cerca de los vestuarios. Avancemos otros treinta o cuarenta pies.

Atravesaron lentamente la enfermería vacía. Cuando llegaron al final de la sala, el conducto se estrechó. Ridley se detuvo y,

torpemente, se plegó sobre sí mismo como si fuera un pretzel hasta quedar sentado. Casi podía incorporarse del todo, pero no lo consiguió.

Austin se sentó, apoyándose en la pared lateral metálica. —¿Crees que oiremos los helicópteros desde aquí?

—Seguro. Hacen un ruido infernal. —La voz de Ridley era baja, pero no solo porque intentara no hacer ruido. Sonaba triste, casi resignado a un destino en el que Austin no quería ni pensar.

Austin estaba a punto de decir algo, pero Ridley lo sorprendió. —La vida no ha sido fácil, pero no creo que haya experimentado nunca una pena de verdad, una auténtica agonía. A veces me pregunto qué diferente sería si lo hubiera hecho.

—¿A qué te refieres?

—Pienso en Rachel —dijo Ridley en voz baja—, en mis gemelos que vienen de camino, en mis hijos en casa, probablemente viendo esto en… en la tele. —La voz se le quebró ligeramente—. No quiero morir, pero lo haría cien veces de cada cien por protegerlos. Pero si algo le pasara a Rachel, no sé. La mitad de los días, ella es la razón por la que me levanto de la cama por la mañana.

—Lo entiendo.

Permanecieron sentados en silencio durante un buen rato, a la escucha del sonido de los helicópteros. Finalmente, Ridley dijo: —Cuéntame una cosa, Austin. Háblame de Fiona.

Austin había estado pensando en la última vez que estuvo en un partido de la NFL. —El último estadio en el que estuve fue el Giants Stadium, con Fiona. —Dejó escapar un suspiro lento y silencioso—. Hace toda una vida. Nos abrigamos contra el frío, Fiona con su gorro y su bufanda de los Giants, animándolos. Después fuimos a comer unos filetes a Torcello, nuestro sitio favorito. No íbamos mucho por el Upper East Side, pero caíamos por Torcello una o dos veces al año.

—Me comería un filete ahora mismo —dijo Ridley.

Austin sabía que debía de estar muerto de hambre, pero él ya no lo sentía. No sentía casi nada. —Cuando pedimos…

Hizo una pausa, conteniendo la respiración, al oír el eco de unos pasos por el pasillo. ¿Venían de arriba? ¿O se dirigían hacia él?

Los pasos se hicieron más fuertes, más cercanos, y luego se desvanecieron al pasar por encima de ellos.

Austin exhaló y continuó con la voz apenas por encima de un susurro. —Casi siempre pedíamos lo mismo en Torcello. Chuletón para dos, espárragos, patatas gratinadas, salsa bearnesa. Una copa de vino tinto cada uno. Era nuestro capricho anual o bianual. Aquella noche… —La garganta se le cerró al recordarlo—. Pedí de todo. Habíamos estado hablando de tener hijos en el partido, me había tomado un par de cervezas, tal vez estaba un poco piripi. Junto con nuestro pedido habitual, añadí el risotto de trufa, ensalada *wedge* con beicon, una especie de postre de suflé de maracuyá que había que pedir con media hora de antelación. —Sonrió con tristeza—. Fiona se burló de mí delante del camarero. Pero, ya sabes, en plan broma. —Austin sintió que se derrumbaba, con el recuerdo agridulce, pero sobre todo agrio.

—Parece que intentabas parecerte un poco más a DMJ, incluso entonces.

—Puede ser —dijo Austin—. Ella *sí* que deseaba que yo fuera un poco menos predecible. Quizá estaba probando a ver qué tal. El caso es que nos comimos como un tercio, pedimos unas cajas para llevar y…, bueno, una hora más tarde ya no estaba.

Apretó la mandíbula, intentando apartar las imágenes de su mente. Mientras Fiona se desangraba en la acera, Austin se arrastró hacia ella, dejando un rastro de sangre de los cuatro disparos que había recibido. Lo último que recordaba era el chirrido de los neumáticos cuando el todoterreno se alejó a toda velocidad del lugar y las cajas de comida ensangrentadas esparcidas por la acera.

—¿Ese fue el día? —preguntó Ridley—. El día que…

—Sí —dijo Austin—. Ese fue el último día.

—A eso me refiero —dijo Ridley—. La vida nunca es fácil, pero mis padres siguen vivos, mis hijos están sanos, mi mujer está sana. —Hizo una pausa—. Lo que quiero decir es que he tenido suerte y no siempre lo valoro. Respeto mucho que sigas aquí, que sigas intentándolo, viviendo, saliendo adelante. Si a Rachel le pasara algo, no sé..., no sé qué haría.

—A Anna le gusta decir que, por muy mal que parezcan las cosas, merece la pena luchar por el mundo. —Hizo una pausa—. Creo que quizá sea eso lo que nos hace humanos. Que seguimos adelante. Incluso cuando no hay ninguna buena razón para ello, lo hacemos de todas formas. O bien no sabemos hacerlo mejor, o bien hay algo que nos guía. Algo que quiere que sigamos adelante, pase lo que pase.

27

Darius bajaba a toda prisa por un pasillo largo y húmedo, con la mente a mil por hora. No podía evitarlo, pero cada interacción que había tenido con al-Raymi parecía volver a él en pequeñas ráfagas, como los pulsos entrecortados de unos violines punteados.

Una discusión sobre un miembro del equipo en el que Darius no confiaba, pero en el que al-Raymi había insistido.

Una extraña llamada telefónica que al-Raymi se había negado a explicar.

Un desacuerdo sobre el número de helicópteros que necesitaban.

La suya había sido una extraña alianza.

Cuando al-Raymi se le había acercado para proponerle el plan, había empezado apelando al deseo de venganza de Darius. Al fin y al cabo, sus padres habían muerto en un bombardeo cuando él solo tenía doce años, un bombardeo que se había relacionado con un dron americano que los había atacado por error, a pesar de que ambos eran académicos y ninguno de ellos se dedicaba lo más mínimo a la política.

Pero al principio, Darius no había aceptado. Sí, había estado involucrado en la planificación de múltiples atentados mientras vivió en Yemen durante su adolescencia y sus veintitantos, pero había escapado a Estados Unidos, a Seattle, para intentar llevar una vida normal. Estaba fuera de la lucha.

Fuera, es decir, hasta que Anwar al-Raymi lo había vuelto a meter.

Darius se detuvo, jadeando, y sacó el pequeño teléfono satelital del bolsillo. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Adónde iba?

Podía llamar a al-Raymi, decirle que sabía que lo había traicionado, que lo había dejado fuera de la decisión de volar el estadio, pero ¿y luego qué? Se quedó mirando el pequeño teléfono, agarrándolo cada vez con más y más y más fuerza, mientras una rabia que no sabía que albergaba crecía en su interior como si intentara escapar de su mano. Recordó la llamada que había recibido cuando mataron a sus padres. La confusión, el dolor, la abrumadora pena y rabia.

Apretó el teléfono con más fuerza, intentando aplastarlo.

Oyó un chasquido y, por un momento, pensó que había roto el teléfono. Pero entonces el dolor le golpeó la mano y se dio cuenta de que era su nudillo, o quizá un tendón. Un dolor punzante le recorrió la mano y la muñeca. Se la presionó suavemente y estaba caliente al tacto. Se había roto algo, seguro, pero no tenía tiempo para preocuparse por eso.

Dobló la esquina y se deslizó en una pequeña sala llena de esterillas de yoga y balones medicinales.

El día que finalmente accedió a organizar el atentado, se había pasado todo el día en la cama. Por aquel entonces trabajaba a distancia en soporte técnico para una pequeña empresa de Seattle, un trabajo para el que estaba tan sobrecualificado que podía hacerlo prestando solo una cuarta parte de su atención. Era su día libre y había estado trabajando en su libro. Sabía que nunca se publicaría, que nunca se lo enseñaría a nadie, pero, en su mente, se titulaba *La verdadera historia de un terrorista a su pesar*. Se había aprendido de memoria su pasaje favorito y, durante todas las fases de planificación con al-Raymi, le había rondado por la cabeza. De alguna manera, lo utilizaba para convencerse de que lo que estaba haciendo era, si no correcto, necesario.

Imagina que eres el mejor director de orquesta que el mundo ha visto jamás, había escrito, *como Mozart o Beethoven, pero tu música envenena a la gente en lugar de elevar su espíritu. Imagina que eres*

el mejor jugador de fútbol americano que el mundo ha conocido —Tom Brady o Joe Montana o Patrick Mahomes—, pero cuando la gente ve tu actuación en el campo, muere.

Así es como se había sentido todos esos años en Seattle después de abandonar la lucha en Yemen, después de haberse reformado. Por eso al-Raymi había sido capaz de volver a meterlo. Y así es como justificó los años de planificación.

Pero ahora…

Ahora lo veía como lo que era. Una justificación retorcida para sus crímenes, para la enfermedad que vivía dentro de él.

Cruzó la habitación, volviendo a guardar el teléfono en el bolsillo.

¿Adónde iba? ¿Qué estaba haciendo?

Pasó de una sala a otra, y luego a otra, alejándose de los vestuarios, del campo, del lugar donde, pronto, se suponía que debían aterrizar los helicópteros para iniciar la segunda fase. Pero lo habían expulsado de su propio plan. Si al-Raymi lo había traicionado una vez, quizá ni siquiera tenía la intención de llevar a cabo la segunda fase. ¿Habría siquiera sitio en los helicópteros para Darius?

La mano empezaba a hinchársele. Con cada vez que apretaba el puño sentía un dolor lacerante. Definitivamente se había desgarrado un tendón.

Apoyó las manos en la pared para afianzarse y agachó la cabeza. Sintió que toda la energía lo abandonaba de golpe. Pensó en sus padres, en las largas tardes en la universidad de El Cairo antes de que murieran, antes de que lo enviaran a vivir con su tío en Yemen, antes de que todo se torciera.

Recordó los días en que se había imaginado como compositor, y luego como el mayor inventor tecnológico de la historia de Egipto. El Steve Jobs o el Bill Gates de Egipto.

¿Qué había pasado? ¿En qué se había convertido?

¿Por qué se había torcido todo?

Cerró los ojos y empezó a llorar, suavemente, muy suavemente, y por primera vez en años.

28

Lunes, 21:52

—¿Oyes eso? —preguntó Ridley.

Austin aguzó el oído en busca de los helicópteros, pero no oyó nada salvo el suave y constante *siseo* del aire fresco que corría por los conductos. —¿No oigo nada.

—Espera, es… no, quizá me lo he imaginado. Olvídalo —dijo Ridley.

Después de que Austin le contara a Ridley la historia de su última cena con Fiona, habían guardado silencio durante un buen rato. Sentado con las piernas cruzadas en los conductos, con la bomba de humo metida bajo la camisa, Austin había estado pendiente de los helicópteros. Un estado de extraña paz se había apoderado de él. En el silencio, se había preguntado si así es como uno se sentía cuando sabía que iba a morir y lo había asumido.

Había oído que los pacientes de cuidados paliativos a veces alcanzaban una profunda paz durante sus últimos días u horas. Como si todas las preocupaciones y los afanes del mundo los abandonaran y, aún con vida, adoptaran una mirada perdida. Estaban estableciendo una conexión con algo más allá de nuestro mundo cotidiano, como si estuvieran en transición hacia un lugar de paz y libertad. No sabía si era verdad, pero así era como se sentía.

—Ahí está otra vez —dijo Ridley—. ¿Lo oyes? ¿Qué *es* eso?

Austin escuchó. Nada. —¿Crees que oyes los helicópteros?

—No, escucha. Es como un llanto. Un gemido.

Austin aguzó el oído. —Yo… sí. —Provenía de una habitación de al lado, pensó Austin, en la dirección de la que habían venido. —¿Deberíamos ir a ver?

—Retrocede un poco —dijo Ridley—. Por ahí.

Austin se puso de nuevo a gatas y avanzó sigilosamente por el conducto. Tras avanzar unos nueve metros, se detuvo. Era, sin duda, una persona llorando; sollozando, de hecho. Se volvió hacia Ridley, que estaba justo detrás de él. —¿Qué demonios?

—¿Un rehén que ha escapado? —susurró Ridley.

De vuelta sobre el almacén, Austin miró a través de la rejilla, intentando ver quién estaba allí. Contra una pared había un hombre delgado de unos cuarenta años. Llevaba pantalones marrones y una camiseta negra; la piel morena de su cara brillaba donde las luces fluorescentes incidían en sus lágrimas.

—Tenemos que ayudarlo —dijo Austin—. Necesita alejarse de esta zona.

—No —dijo Ridley—. Lo dejamos.

—Míralo —dijo Austin—. No es una amenaza y, joder, quizá pueda ayudarnos.

Austin sacó la pistola de la funda y, sujetándola con la mano derecha, retiró lentamente la rejilla con la izquierda, pasando primero la cabeza a través de ella, seguida de los brazos. —Tranquilo —dijo mientras el hombre levantaba la vista, sorprendido—. Soy de la policía. No se mueva.

Rápidamente, Austin retiró la cabeza y luego se dejó caer de pie a través de la rejilla hasta la habitación.

El hombre alzó la cabeza y apartó las manos de la pared. —Yo… está bien.

Ridley estaba justo detrás de Austin. —¿Quién es usted? —preguntó.

—Un… soy un… un aficionado —dijo—. Soy un aficionado. Ellos… los hombres…

—Tiene que salir de aquí —dijo Austin—. Lejos de esta zona. —Señaló la puerta al otro lado de la habitación—. Por ahí. Aquí se va a liar una buena y no le conviene estar en ninguna parte de este lugar. —Austin volvió a guardar la pistola en la funda.

Los ojos del hombre siguieron sus movimientos de cerca.

Ridley preguntó: —¿Cómo ha escapado? ¿De dónde ha salido?

—Yo… yo estaba…

Austin le estudió el rostro. Tenía las mejillas húmedas, el pelo revuelto. La nariz recta y un poco grande para su cara demacrada. —¿Cómo se llama? —preguntó Austin.

Bip, bip.

Era el teléfono satelital y su molesto doble pitido, cuyo significado aún no conocían.

Bip, bip.

Austin sintió una sacudida de reconocimiento que lo atravesó, golpeándole el estómago, luego el corazón y finalmente alojándose en su cabeza. El ruido no había venido de la dirección de Ridley.

El doble pitido había salido del bolsillo del hombre que tenía delante.

29

En un instante, Austin le retorció la muñeca al hombre a la espalda y le estampó la cara contra la pared. —Está con los terroristas —dijo.

—Estoy desarmado —dijo el hombre con voz débil.

—Rid… —Austin echó una ojeada hacia atrás.

Ridley ya tenía el arma en la mano. —Cachealo. Yo te cubro.

Austin le sacó del bolsillo un teléfono satelital. Era idéntico al que Ridley le había quitado al hombre que había matado. Después, Austin comprobó si llevaba armas. Aparte de un paquete de chicles de frutas tropicales, no llevaba nada más encima.

Austin retrocedió un paso. —¿Quién es usted?

El hombre no dijo nada.

Ridley dio un paso al frente, irguiéndose sobre él. —¿Quién *demonios* es usted?

Al hombre le tembló el rostro y se desplomó lentamente, apoyándose en la pared al caer. Acabó sentado en el suelo con las piernas cruzadas.

Austin le estudió la cara. No había visto a ese tipo por el estadio. Desarmado y con esa complexión, dudaba que fuera uno de los matones. Tenía un rostro inteligente y unos ojos azules y brillantes que, si bien no eran amables, tampoco resultaban amenazadores. —¿Es usted Darius? —preguntó Austin.

El hombre alzó la vista despacio y luego, casi imperceptiblemente, asintió.

El teléfono satelital volvió a emitir su doble pitido.

—¿Quién intenta contactar con usted? —preguntó Austin.

Darius no dijo nada.

—¿Por qué estaba llorando? —preguntó Austin.

Como Darius no respondía, Austin se puso a caminar de un lado a otro, intentando pensar con rapidez. Ridley apuntaba con su arma al pecho del hombre. Evelyn les había dicho que Darius era el cerebro de la operación y Anwar al-Raymi, el músculo. Y el hecho de haber encontrado a Darius llorando le indicaba a Austin que algo no había salido según su plan.

—¿Qué ha hecho al-Raymi? —exigió Austin.

Aquello captó la atención de Darius, que levantó la cabeza de golpe. —¿Qué le hace pensar que *ha hecho* algo?

—Una suposición —dijo Austin. Se agachó frente a Darius—. Díganos cuál se suponía que era el plan y díganos qué está pasando ahora.

Darius negó con la cabeza.

A su espalda, Austin oyó el clic del martillo del arma de Ridley al amartillarse. Se giró ligeramente. Ridley había modificado el ángulo de su arma, que ahora apuntaba a la cabeza de Darius. —Cuéntenoslo todo —gruñó Ridley—. Ahora.

Darius guardó silencio un buen rato y después dijo: —No me importa si me dispara. De verdad que no. Merezco morir.

Austin miró a Ridley, que bajó el arma lentamente.

—Le contaré lo que está pasando —continuó Darius—, pero no porque quiera vivir. Solo porque… no sé por qué. —Suspiró—. Yo era el organizador, el cerebro; al-Raymi era el músculo. Una vez que su gobierno libere al rehén, unos helicópteros grandes aterrizarán en el campo. Cogemos un par de docenas de rehenes y nos dirigimos al aeropuerto. Ese era el plan, al menos.

—¿Al Sea-Tac? —preguntó Ridley.

Darius negó con la cabeza. —Al norte. Cerca de Snohomish.

—¿Cómo pensaban controlar el espacio aéreo? —preguntó Austin.

—Los explosivos del estadio se controlan con un móvil. Hacemos la llamada y bum. Teléfono satelital. No se puede bloquear, ni aunque estemos a kilómetros de distancia. Le hemos dado pruebas de ello a su FBI. No es un farol. Además, con los rehenes que tenemos, no derribarán los helicópteros. Era un plan perfecto.

—¿Y pensabas dejar hombres atrás para asegurar el campo? —preguntó Ridley.

Darius asintió.

—Los explosivos —dijo Ridley—. ¿Cantidades? ¿Y se pueden desactivar?

—El estadio se construyó a prueba de terremotos, así que no hay un único punto débil principal; esto no es el pequeño puerto de la Estrella de la Muerte en el que un cohete provoca una reacción en cadena para hacerlo volar todo por los aires. Hay docenas de soportes principales. Tenemos explosivos en cada uno. Todos controlados por una única señal de teléfono móvil.

—¿Y qué hay de al-Raymi? —preguntó Austin—. ¿Lo controla todo con su móvil?

—Se *suponía* que debíamos controlarlo juntos. Ese era el plan. Dos detonadores. Él llama, luego llamo yo, y esas llamadas activan las bombas. —Darius sonrió con tristeza—. Me la jugó. Se otorgó el control total a sí mismo.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Austin.

—Me dejó fuera del trato porque sabía que no quería volar el estadio.

El móvil de Darius volvió a pitar, pero esta vez fue un pitido diferente. Un único y largo pitido.

—Es un mensaje —dijo Darius—. Al-Raymi probablemente esté molesto porque no le cojo el teléfono. Siempre se lo cojo.

Austin bajó la vista hacia el móvil y leyó el mensaje en voz alta. —*Quince minutos*, dice. —El mensaje no indicaba el remitente, así que le enseñó el móvil a Darius—. ¿Es de al-Raymi?

Darius leyó el número y luego asintió. —Helicópteros. Quince minutos.

—Díganos exactamente qué es lo que está pasando ahora mismo. —Ridley se inclinó y levantó a Darius agarrándolo por el

cuello de la camisa—. Al-Raymi. ¿Cuántos hombres irán con él? ¿Qué se le está pasando por la cabeza en este momento? ¿Cómo podemos llegar hasta él?

Darius cerró los ojos, como si pudiera hacer desaparecer toda la escena con solo dejar de verla. Habló en voz baja, como si cada palabra le doliera. —Quince minutos significa que ha pedido los helicópteros. Eso quiere decir que su gobierno ya ha liberado al rehén. Sabíamos que lo harían, aunque por supuesto mentirán al respecto públicamente. Al-Raymi ha aceptado dejar el estadio intacto.

—¿Lo hará? —preguntó Austin.

Darius abrió los ojos de par en par y volvió a cerrarlos. —No… O sea… No lo creo. El plan siempre fue dejar el estadio en paz si conseguíamos que liberaran a nuestro hombre…, a *su* hombre, en realidad. Cuando acordamos tener el doble detonador, sabía que yo no haría esa llamada. Pero me dejó fuera y…

La voz de Ridley era fría y cortante. —¿Así que planea volar el estadio de todas formas? ¿Tanto si le entregan al rehén como si no?

Darius asintió. —Solo puedo suponerlo. Parece que lo quería todo.

—Claro —dijo Ridley—. Esperar a que liberen al prisionero, escapar con los rehenes para ponerse a salvo y luego volar el estadio de todos modos, matando a todo el que esté dentro.

—Dados sus actos —respondió Darius—, es lo que parece.

30

Lunes, 22:07

El sol se había puesto hacía mucho, el cielo era de un morado intenso, casi negro, un color que a Anna le habría parecido precioso en cualquier otra noche. Pero ahora estaba sentada con las piernas cruzadas, acurrucada bajo la pantalla gigante con JB, esperando a que Darlene volviera a la radio.

Después de contarle todo lo que sabían, Anna le había sugerido a Darlene que se lo transmitiera a alguien del FBI, alguien con autoridad, y habían prometido esperar allí hasta que Darlene regresara, o hasta que los descubrieran. O algo peor.

—Entonces, ¿cuánto tiempo lleváis casados? —preguntó Anna.

JB, que se había quedado tan callado que Anna pensó que podía haberse dormido, se incorporó y se pasó una mano por la calva. —Diez años. A los dos se nos hizo tarde para casarnos, pero me alegro de haber esperado. No estaba preparado antes.

Anna se rio entre dientes. —A mí no me detuvo el no estar preparada.

JB sonrió. —¿Así que te casaste joven?

—*Demasiado* joven. —Anna estiró las piernas—. Lo que pasa cuando eres joven es que, aunque todo el mundo te dice que no estás preparada, que te volverás más sabia con la edad... —trató de

encontrar las palabras—..., no es lo que no sabes lo que te mata. Es lo que no sabes que no sabes. Son las categorías de cosas que ni siquiera sabes que existen.

—Sigue —dijo JB, echando un vistazo al walkie-talkie, que permanecía en silencio sobre su regazo.

—Cuando tenía veintipocos años, sabía lo suficiente para darme cuenta de que no sabía mucho del mundo. Sabía que ignoraba todo tipo de cosas. No era de esas que van en plan: *Miradme, tengo veintidós años, acabo de salir de la universidad y lo sé todo*. Pero lo que me llevó hasta mi marido..., mi exmarido..., fue toda la mierda que no sabía que no sabía. El tipo de cosas que solo descubres después de una década de altibajos y terapia, después de que tu marido desaparezca con todas tus cosas y tu gato, dejándote como madre soltera.

JB asintió. —Lo siento.

Anna negó con la cabeza. —No, *lo siento* yo. No debería... No sé por qué estoy hablando de todo esto. Quizá sea porque puede que estemos a punto de morir. —Se rio con amargura, esbozando una media sonrisa.

—No vamos a morir —dijo JB, pero ni él mismo sonaba del todo convencido.

—Se largó el fin de semana del Día del Trabajo, así que siempre me acuerdo por estas fechas. —Buscando una forma de cambiar de tema, señaló una enorme pancarta publicitaria colgada en una pared justo encima de ellos—. ¡Fizz te da alas! —dijo. Apenas podía leerla desde tan cerca; estaba diseñada para ser leída desde más lejos, en otras zonas del estadio. Decía: *FIZZ ULTRA BOOST, BEBIDA ENERGÉTICA. ¡Fizz te da alas!*

JB se rio. —Hace un año me bebí un par de esas por accidente. ¿Sabes que las enlatan para que parezcan agua con gas normal? Me bebí dos seguidas. No dormí en dos días.

Anna sonrió.

—Y entonces, ¿tú y Austin? —preguntó JB.

Anna se encogió de hombros. —No creo que le interese mucho.

—Qué va, sí que le interesas.

—¿Por qué lo dices?

JB dijo: —Es reservado, se toma las cosas con calma. Es su forma de ser. Cuesta llegar a él. Pero una vez lo consigues, no sé, Ridley dice que es un tío de puta madre. Leal.

—Creo que lo es.

—Darlene tiene un dicho para eso, algo como... —subió un poco el tono de voz y puso un acento sureño terrible—, *«El amor se mueve más lento que la melaza en enero, pero al final llega a su destino».*

Él se rio y Anna se rio con él. —Ha sido una imitación *malísima* —dijo—. ¿Sabe Darlene que la imitas?

—Que quede entre nosotros —dijo JB, sonriendo—. En fin, yo antes pensaba que todo ese rollo eran tonterías. Era un poco cínico, la verdad. Cuanto más viejo me hago, más pienso que nada de eso depende de mí. Bueno, no *nada*, pero mucho menos de lo que creía depende de mí.

El walkie-talkie crepitó y la voz de Darlene rompió el silencio. —JB, cariño, ¿estás ahí? Tengo a alguien.

Su cálido acento sureño sonaba de maravilla justo después de la pésima imitación de JB.

—Estamos aquí —dijo JB—. Alto y claro. ¿Quién es?

—Soy Brian Knight, agente especial de la División Antiterrorista del FBI, oficina de Seattle. Estoy grabando esta llamada, ¿con quién hablo?

Hablaba de forma rápida y directa, puramente profesional. Su tono era casi robótico.

Antes de que JB pudiera contestar, Darlene dijo: —No me cree del todo, piensa que podríais estar con los terroristas.

—¿Qué? —dijo Anna, atónita.

—No he dicho eso —dijo el agente especial Knight—. Mi trabajo es ser escéptico, sobre todo en situaciones como esta.

JB se acercó la radio a la cara. —JB Macintosh, jefe de policía de Snohomish. Estoy aquí con...

Le pasó el walkie-talkie a Anna. —Anna Downey, ehm, bueno, soy periodista. Estábamos en el Hawk’s Nest, en la zona norte del estadio, cuando todo esto ha ocurrido. ¿Puede decirnos qué está

pasando ahí fuera? ¿Hay operaciones de rescate en marcha? ¿Van a liberar al rehén?

—Por ahora, las preguntas las haré yo —dijo Knight con voz directa, aunque no enfadada ni amenazante—. Darlene me ha contado lo que le dijeron. Cuéntenmelo todo, rápido, pero desde el principio.

Anna miró a JB. —Habla tú.

Se sentía nerviosa, distraída, y la decisión correcta era dejar que lo contara JB. Su resumen fue rápido y detallado, directo y al grano.

Con cada «vale» y «hmmm», el agente especial Knight parecía confiar cada vez más en ellos.

Cuando JB terminó el resumen, Knight guardó silencio durante unos segundos y luego dijo: —Ahora voy a hacerles algunas preguntas. Y, por favor, sean concisos y claros en sus respuestas. El tiempo es crucial. Cualquier cosa de valor que me den se transmitirá a nuestro equipo de respuesta. Contamos con ustedes.

31

Bip, bip.

El móvil de Darius no se callaba.

—Al-Raymi no dejará de llamar —dijo Darius—. Mandará a gente a buscarme. No tienen ninguna posibilidad.

Austin miró a Ridley y enarcó una ceja.

Ridley ladeó la cabeza, pensativo. —Podríamos tomarlo como rehén —dijo, señalando a Darius con un gesto—. Sacarlo ahí fuera y…

Darius lo interrumpió con una carcajada. —A Anwar le *encantaría* verme muerto. Me necesitó en su día. Necesitaba mi cerebro para montar todo esto. Las comunicaciones, el suministro eléctrico, la tecnología, la mayor parte del equipo. Ya no me necesita. Ya sea que me tomen como rehén o no —tanto monta, monta tanto—, lo más probable es que esté muerto.

Por muy poco que Austin se fiara de ese tipo, en ese punto le creyó. Anwar al-Raymi era famoso por su brutalidad, y era evidente que lo impulsaba un propósito que —aunque retorcido y malvado— era inquebrantable.

El móvil volvió a pitar —un único bip que indicaba un mensaje de texto— y Austin bajó la vista hacia él.

El mensaje decía: *Todo listo en la isla.*

Se lo enseñó a Ridley. —¿La isla?

Ridley se encogió de hombros.

Se lo enseñó a Darius. —¿Esto forma parte de su plan de huida?

Darius agachó la cabeza. —Más o menos.

—¿De quién es el mensaje? —exigió Austin—. Es un prefijo 206. Diferente al último. Eso es Seattle.

—Todos con los que nos mensajeamos usamos móviles de usar y tirar —dijo Darius—, pero supongo que será Sandra.

—¿Sandra qué? —preguntó Austin.

—Oh, no —dijo Ridley—. Por favor, no me digas que…

Darius levantó la vista, sonriendo. —¿La conoce? —Por primera vez, pareció estudiar el rostro de Ridley—. ¿Es usted policía?

Austin y Ridley se miraron el uno al otro y luego volvieron a mirar a Darius.

—Debería haberlo sabido —continuó Darius—. Sí, *esa* Sandra.

Austin estaba confuso, mirando alternativamente a Ridley y a Darius. Entonces ató cabos. Hacía un tiempo, Austin había trabajado con Anna en un caso en Seattle, durante el cual había tenido contacto con Sandra Jackson, la jefa de policía de Seattle. Pero era imposible que estuviera implicada con Darius y su gente.

Ridley pareció desolado. Hacía mucho tiempo que era amigo de la jefa Jackson y ambos habían trabajado juntos en múltiples casos que implicaban jurisdicciones superpuestas. —¿Cómo?

—Si le sirve de consuelo —dijo Darius—, no conocía, ni conoce, todo el plan. Teníamos trapos sucios sobre ella. Cosas muy malas.

—¿Qué significa *Todo listo en la isla*? —preguntó Austin.

Darius no respondió.

Nada cuadraba. ¿Por qué iba a estar la jefa de la policía de Seattle enviando un mensaje como ese en medio de un ataque como este?

Si Austin sabía algo sobre respuestas antiterroristas, para entonces el Departamento de Policía de Seattle ya habría sido apartado en gran medida del asunto, al menos del mando. El FBI estaría llevando la voz cantante, así que ¿qué papel podría estar jugando el SPD? ¿Tal vez la huida?

Iba a preguntarle a Darius, pero decidió no hacerlo. A Austin se le daba decentemente bien leer a la gente y podía notar que Darius

estaba en conflicto. No cabía duda de que el hombrecillo sentado ante él era un asesino, un terrorista responsable de la muerte de docenas de personas, pero también había sido traicionado. Darius estaba furioso con al-Raymi y, si Austin lo estaba interpretando bien, se había mostrado ambivalente sobre el complot desde el principio.

—Sandra Jackson —dijo Ridley, rompiendo el silencio—. ¿Está metida en esto? ¿De verdad?

—Solo está metida en la segunda fase —dijo Darius.

—¿Cuál es la segunda fase? —preguntó Ridley. Como Darius no respondió, Ridley se arrodilló ante él, lo agarró de la camisa y lo estampó contra la pared—. ¿Cuál es la segunda fase?

A Darius no pareció inmutarle. —La segunda fase es el quid de la cuestión, la única parte buena de este plan.

—¿La isla? —preguntó Austin. En la bahía de Puget había docenas de islas; algunas pequeñas e inhabitables, otras más grandes y con poblaciones prósperas. A muchas solo se podía llegar con el sistema de ferris que conectaba docenas de comunidades del estado. Pero como objetivos potenciales para atentados terroristas, ninguna parecía tan atractiva como su ubicación actual, el estadio—. ¿Qué isla? —exigió Austin—. ¿Bainbridge? ¿Las San Juan, Whidbey?

—¿Cuál es la segunda fase? —volvió a preguntar Ridley, estampando de nuevo a Darius contra la pared.

Darius sacudió la cabeza, sin siquiera intentar zafarse del agarre de Ridley. Pero no dijo nada.

Austin probó con otra táctica. —¿Por qué iba al-Raymi a volar el estadio después de recuperar al rehén? Pongamos que eso ocurre, Estados Unidos iría a por él con una contundencia nunca vista. Si muere un diez por ciento de la gente que hay en este estadio, es el doble de víctimas que en el 11-S.

—Morirá mucho más de un diez por ciento —dijo Darius con voz resignada—. Si vuelan todas las columnas… morirá la mitad, puede que tres cuartas partes.

—¿Por qué no se limita a coger a los rehenes y escapar? —preguntó Austin.

—Yo soy un planificador, un compositor, un artista. Él es un loco, un carnicero, un matón. Quiere recuperar al rehén, sí, pero el

objetivo es la máxima destrucción. Al menos para él.

—¿Cuál es el objetivo para *usted*? —preguntó Austin—. ¿La segunda fase?

Como Darius no respondió, Austin cambió de tema y levantó el teléfono por satélite. —¿Si hago una llamada con esto, podrán oírla al-Raymi y los demás?

—No si marca un número directamente.

Austin se dirigió a Ridley. —Deberíamos llamar fuera, contarle a quien sea todo lo que ha dicho. Quizá ayude. O quizá no.

—Es lo que estaba pensando. Si están planeando un rescate, bueno…, deberían saber lo que nosotros sabemos.

—Deberías llamar tú. —Austin le entregó el teléfono a Ridley—. A ti te escucharán.

Ridley marcó el 112. —Comunica.

—Sigue intentándolo —dijo Austin—. En el 11-S también pasó. Se despejará. Es solo que están desbordados de llamadas.

—Voy a probar con gente que conozco, a ver si consigo que me pongan con el FBI —dijo Ridley. Frunció el ceño—. Habría llamado a Sandra Jackson, pero se me ocurren otras ideas.

Darius ladeó la cabeza de forma extraña, como si estuviera escuchando algo en la lejanía.

Al principio, Austin no estaba seguro de haber oído nada. Era un débil pulso rítmico en el límite de su percepción, algo que más que oír se sentía. Mientras forzaba el oído para escuchar, fue cayendo en la cuenta poco a poco: un compás conocido, que aumentaba gradualmente en volumen y furia. Eran los helicópteros.

El lánguido «za-za» de las aspas cortando el aire, todavía a kilómetros de distancia, pero acercándose rápidamente. A medida que el sonido se hacía más fuerte, su ritmo se intensificaba, un crescendo gradual de motores rugiendo y palas girando.

—Solo es uno —dijo Darius, negando con la cabeza.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Austin.

—Un solo helicóptero. Otro cambio en el plan. Al-Raymi planeaba dejarme atrás desde el principio, para morir junto con todos los demás.

Ridley estaba intentando marcar otro número, con toda la rapidez que pudo.

—¿Dónde están los rehenes? —exigió Austin—. ¿Los importantes? ¿Dónde los tienen?

32

Lunes, 22:29

Anna escuchaba a medias mientras el agente especial Knight acribillaba a JB a preguntas. Las primeras eran sobre JB y su función; al parecer, un intento de Knight por confirmar que no le estaban tomando el pelo.

A continuación, Knight preguntó:

—¿Ha identificado el número de terroristas que hay dentro del estadio? ¿Puede facilitar alguna descripción física o rasgo distintivo?

Mientras JB recitaba sus mejores conjeturas sobre el número total de terroristas, añadiendo descripciones físicas cuando podía, la mente de Anna volvió a una idea insistente de la que no podía librarse: sencillamente, no se creía que un equipo de terroristas tan grande —probablemente con el apoyo de docenas más fuera del recinto— se hubiera organizado con el único propósito de conseguir la liberación de un solo prisionero.

Cuando estaba casada, ella y su marido discutían a menudo sobre su costumbre de *fiarse de su instinto*. Ella siempre decía: —Cuando sé algo, lo *sé* y punto.

Él la llamaba paranoica y le señalaba que la mitad de las veces que estaba segura de algo por puro instinto, resultaba que se equivocaba. Quizás fuera cierto, pero no creía que esta fuera una de

esas ocasiones. Era imposible que su verdadero objetivo fuese un solo prisionero.

Pero si no era así, ¿cuál era su objetivo? Podría ser, por supuesto, el propio estadio. No sabía si tenían suficientes explosivos para reducirlo a escombros, como afirmaban, pero no tenía motivos para dudar de ellos. El terror puro podría haber sido el objetivo. Una masacre con fines políticos.

El tono insistente de Knight interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—¿Puede describir la ubicación exacta en la que se encuentra dentro del estadio? Necesitamos tantos detalles como sea posible.

JB describió su ubicación en lo alto del estadio y luego dijo:

—Podríamos asomarnos por encima del murete y saludarlo a usted ahí abajo en el aparcamiento, si quiere.

Knight preguntó:

—No será necesario. ¿Ha observado algún patrón en los movimientos o rutinas de los terroristas que pudiera darnos una oportunidad para intervenir?

Anna empezaba a sentirse frustrada, pero JB transmitió todo lo que había visto, luego se levantó y se asomó por encima del murete tras el que se habían estado escondiendo para captar cualquier otra cosa que pudiera ver antes de comunicársela a Knight.

—¿Ha visto u oído algo sobre los explosivos? —preguntó Knight —. ¿Ubicaciones, tipos, mecanismos de detonación?

—No —respondió JB.

—¿Es consciente de que se haya apartado o tratado de forma diferente a algún rehén? ¿Personas importantes o alguien que puedan usar como baza?

Mientras JB describía la escena de varios rehenes siendo conducidos al campo y otros de vuelta por el túnel hacia los vestuarios, Anna pensaba. Si el propio estadio era el verdadero objetivo, ¿por qué no atacarlo sin más? ¿Por qué darle a la gente la oportunidad de escapar o a las autoridades la de frustrar el ataque?

Si querían matar a la mayor cantidad de gente posible, ¿por qué vincularlo a la liberación de un rehén? No, tampoco se tragaba eso.

Su instinto le decía que lo del estadio era un farol. Quizás habían traído suficientes explosivos para volar pequeñas secciones, lo bastante para convencer a las autoridades de que iban en serio.

Cada vez más impaciente, Anna esperó una pausa en el intercambio y entonces soltó:

—Agente especial Knight, ¿está seguro de que la liberación del prisionero es el verdadero objetivo de este ataque? Vamos, ¿puede decirnos algo sobre lo que está pasando de verdad?

—Creo que sabe que no puedo —dijo Knight secamente.

—¿Están al menos vigilando otros objetivos de alto valor en la ciudad o en la región? Pienso en Bremerton, la base naval de allí. No sé, la mansión del gobernador, ese tipo de cosas.

Knight carraspeó, molesto.

—No puedo decir mucho, pero, como probablemente se imaginará, casi todos los agentes de la ley de la zona están respondiendo a este ataque.

La idea golpeó a Anna como un rayo. Esa mañana había estado leyendo el periódico y se había topado con una noticia sobre la próxima reunión del G7, que tendría lugar en un par de semanas en Seattle. Todos los principales hoteles y centros de conferencias se habían reservado, y la seguridad sería estricta. Ya se estaba celebrando una reunión preliminar de los planificadores de las siete naciones en Mercer Island, una zona adinerada cerca de Seattle.

—El G7 —soltó.

JB la miró.

—¿Eh?

—Se acerca. La mayoría de los principales líderes empresariales y políticos del mundo. Bueno, muchos de ellos, en cualquier caso. Tecnología, finanzas, políticos, ONG, todos se reúnen en la cumbre del G7. Canadá, Francia, Alemania, Italia, Reino Unido, Japón y nosotros. Deciden sobre la política económica mundial, cuestiones de seguridad y los principales asuntos geopolíticos.

—Por supuesto que somos conscientes de eso —dijo Knight—. No es hasta dentro de dos semanas. Por favor, Sra. Downey, déjenos terminar y...

—Pero ya se están celebrando reuniones. —Anna se levantó, exasperada—. Tal vez esto sea una distracción para perturbar de alguna manera el G7, o... —Era esto, estaba segura.

Anna no sabía exactamente cuál era el plan, pero no tenía ninguna duda de que el ataque estaba relacionado de algún modo con la inminente cumbre del G7. Y si este tipo no iba a escucharla, tenía que encontrar a alguien que sí lo hiciera.

Al igual que había hecho JB, se asomó por detrás del muro y observó a la multitud. Todo parecía igual. Aunque ahora estaba mucho más arriba, todavía podía ver al terrorista del pelo cardado paseándose de un lado a otro. Al echar un vistazo a su sección, vio a la gente que se había acomodado en sus asientos y... Dios mío.

Rachel estaba tendida en los escalones, con el rostro contraído por el dolor.

¿Le habrían disparado?

Había otra mujer detrás de ella, sujetándola como... como si se hubiera puesto de parto.

Anna volvió a esconderse tras el muro, con la respiración entrecortada.

JB estaba respondiendo a una pregunta sobre cuántas personas habían resultado heridas o muertas y Anna soltó de sopetón: —Hay una mujer de parto aquí arriba.

—Yo... eh... —balbuceó Knight—. No sé si puedo ayudar con eso.

Anna clavó la vista en la enorme pancarta que había estado mirando antes. *Fizz te da alas*. Medía solo unos dos metros de alto, pero se extendía unos treinta a lo largo de la pared, sujeta con pernos metálicos que se habían hecho pasar a través de la lona de vinilo y se mantenían en su sitio con ojales redondos.

Poniéndose de puntillas, se asomó por encima del muro hacia el aparcamiento, dieciocho o veintiún metros más abajo. No se le daba muy bien la escalada, pero se le había dado bastante bien la clase de rápel.

Fizz te da alas.

Desde luego, esperaba que así fuera.

33

El rugido del helicóptero había alcanzado un crescendo ensordecedor.

—Hay una sala de espera —dijo Darius—. Camillas de masaje, bañeras de terapia. Junto a los vestuarios, hacia el norte. —Señaló la pared en la que, supuso Austin, era la dirección de los vestuarios.

—¿Cuántos de sus hombres hay? —preguntó Austin.

—Unas cuantas docenas de rehenes y tres o cuatro de nuestros hombres.

Ridley seguía marcando frenéticamente, pero tardaba mucho porque tenía que buscar cada número en los contactos de su móvil y luego introducirlo manualmente en el teléfono por satélite. Y muchas de las llamadas saltaban directamente al buzón de voz.

Austin miró a Ridley. —Me voy.

Ridley apartó el teléfono de la oreja. Abrió la boca como si fuera a protestar, y Austin pudo ver cómo le trabajaba la mente. Al igual que Austin, probablemente sabía que no había una respuesta fácil, ni una respuesta *correcta*.

Al quedarse con Darius e intentar contactar con el mundo exterior, Ridley podría ayudar en una posible operación de rescate. Al ir a por los rehenes, a por al-Raymi, Austin podría detener el atentado antes de que se produjera. Ambas eran posibilidades remotas.

Ridley ladeó la cabeza. —Yo me quedo. La decisión es tuya.

Austin asintió una vez y se dirigió a la puerta, girándose al llegar a ella. —La segunda fase —le dijo a Darius—. ¿La isla?

Darius le sostuvo la mirada, pero no dijo nada.

Austin dijo: —¿El estadio nunca fue el objetivo principal, verdad?

Darius sonrió con tristeza. —No, no lo era. Nunca quise hacerle daño a nadie en el estadio. Son inocentes. Hay terroristas de verdad ahí fuera, pero no somos nosotros.

—¿Y no llama a lo que usted está haciendo terrorismo? —El rostro de Ridley enrojeció y Austin notó que estaba a punto de estallar.

—No, en absoluto. —Darius se echó hacia atrás para no quemarse—. Los verdaderos terroristas son el objetivo de la segunda fase. Y por mucho que todos en este estadio merezcan vivir, esa gente merece morir.

—Si cree que la gente de este estadio merece vivir, haga todo lo que pueda para detener el atentado —suplicó Ridley—. Ha dicho que hay docenas de ubicaciones y detonadores únicos. Vaya a tantos como pueda. Enséñeme.

Austin salió apresuradamente por la puerta y recorrió el pasillo. Llevaba la pistola en la mano. Ya no tenía tiempo para andarse con sigilo.

A medida que avanzaba hacia los vestuarios, el estruendo rítmico de los dos rotores se hacía cada vez más fuerte. Se deslizó lentamente, aguzando el oído para captar cualquier sonido. Al final del pasillo se detuvo, con la espalda pegada a la pared. Entonces, al doblar una esquina, oyó el eco de fuertes pisadas en el pasillo adyacente. A Austin se le disparó el pulso mientras se metía a toda prisa en una sala de primeros auxilios y cerraba la puerta justo cuando las pisadas se acercaban.

Contuvo el aliento en la oscuridad, con la pistola firmemente aferrada, mientras la marcha de las botas pasaba con una lentitud agónica. Cada golpe sordo le aceleraba el corazón.

Allí de pie, en la oscuridad, se preguntó si dispararía en caso de ser necesario. Lo haría, estaba seguro, pero ¿dispararía a matar?

Tras lo que pareció una eternidad, las pisadas se desvanecieron en el silencio. Austin salió sigilosamente de la habitación y continuó por el pasillo, apremiado por el furioso estruendo del helicóptero, cuyo rugido alcanzaba un crescendo febril.

Al final del pasillo, encontró una entrada trasera a la sala de masajes que estaba junto al vestuario. Al mirar a través de la puerta acristalada, se le encogió el corazón en el pecho. Allí, vestida con su uniforme azul marino y con el pelo canoso asomando por debajo de la gorra, estaba su madre.

Estaba hacinada en la habitación junto con unas dos docenas de rehenes más, entre ellos Chad Buckminster, con su chaqueta azul claro y sus pantalones blancos.

El grupo parecía estar solo. No vio a ningún guardia, aunque era posible que estuvieran fuera de su campo de visión, vigilando la puerta del otro extremo de la sala.

Probó el pomo de la puerta. Estaba cerrada con llave, probablemente tanto por dentro como por fuera. Austin sopesó sus opciones mientras el ritmo atronador de las aspas del helicóptero aumentaba en ferocidad, con los monótonos motores zumbando a un tono agudísimo al descender en picado sobre ellos.

Justo en ese momento, su madre se giró hacia la puerta, como si presintiera su presencia.

Sus ojos se abrieron como platos, llenos de miedo y confusión, al encontrarse con los de Austin a través del cristal, claramente sorprendida de verlo. Austin apretó la mandíbula; una mezcla de alivio y pavor se le revolvió en las entrañas al ver a su madre.

Su plan había sido encontrar la manera de entrar en la sala y lanzar la bomba de humo para crear la confusión suficiente como para matar a Al-Raymi. Si Darius tenía razón y todos los explosivos se controlaban ahora desde un único teléfono móvil, aquello podría bastar para salvar el estadio.

Pero con tanta gente allí, y sin Al-Raymi a la vista, los terroristas simplemente entrarían y acribillarían la sala con sus subfusiles, matándolos a todos.

No, necesitaba encontrar otra opción. Pero primero tenía que entrar en esa sala.

Austin le dedicó una última mirada angustiada a su madre a través del cristal y, a continuación, se dio la vuelta y echó a correr por el pasillo por el que había venido. El corazón le latía con furia mientras el estruendo del helicóptero al aterrizar reverberaba en las paredes que lo rodeaban.

Dobló la esquina a toda velocidad y abrió de golpe la puerta del pequeño botiquín, agarrando el único taburete que había dentro. Tras arrastrarlo hasta debajo de la placa del falso techo, se encaramó, la apartó de un empujón y se izó hasta el espacio angosto que corría paralelo al gran conducto de ventilación por el que había pasado antes.

El espacio estaba tenuemente iluminado por unas luces de emergencia de un color amarillo pálido, cubiertas por una capa de polvo. Austin gateó tan rápido como le permitía el reducido espacio, abriéndose paso a tientas por un laberinto de cables y telarañas. Por fin divisó una rejilla de ventilación más adelante, por cuyas lamas se filtraba una luz pálida.

Al mirar a través de ella, vio la sala de masajes debajo. Todos los rehenes permanecían acurrucados en el centro del espacio, pero no había ni rastro de sus guardianes.

Austin agarró los bordes de la rejilla y tiró de ella hacia arriba con todas sus fuerzas. La dejó a un lado y, antes de que los rehenes tuvieran tiempo de reaccionar, se descolgó por la abertura y aterrizó con levedad en el suelo, entre ellos. Su única esperanza era que hubiera suficientes rehenes en la sala como para que los terroristas no se dieran cuenta de que uno más se había unido al grupo.

Algunos jadearon ante su repentina aparición, pero Austin se llevó un dedo a los labios mientras se movía en silencio entre ellos. Encontró a su madre cerca del fondo del grupo, y ella le rodeó el cuello con los brazos con un ahogado grito de alivio.

—Chis… Tranquila —susurró, apartándola con suavidad—. No nos conocemos.

La puerta se abrió y entraron dos hombres armados.

Mientras Austin los miraba de reojo, rezando para que no se percataran de su presencia, se fijó en que Chad lo observaba con una extraña y maliciosa sonrisa dibujándosele en el rostro.

34

Lunes, 22:38

Tras decirles a los aficionados que la rodeaban lo que iba a hacer, Anna tiró de la enorme pancarta de vinilo, forcejeando con un perno de resistencia industrial que la sujetaba a la pared de hormigón. No le quitaba ojo al terrorista que se paseaba muy abajo; solo trabajaba en el perno cuando este le daba la espalda y se sentaba cuando se giraba para otear las gradas del estadio.

Después de varios intentos fallidos, se dio cuenta de que no podía sacar el perno, pero el ojal metálico estaba empezando a doblarse. Había quizás unos veinte a lo largo de la parte superior de la pancarta, cada metro y medio; pequeños ojales de metal que se habían insertado en agujeros perforados en el vinilo. Al tirar, el ojal cedió. Lo equilibró sobre el perno para que la pancarta siguiera sujeta en su sitio mientras iba soltando cada uno de ellos. Avanzando por el borde de la pared, cedió otro, y luego otro. Al cabo de unos minutos, había soltado catorce ojales. Solo quedaban seis pernos, que mantenían sujetos a la pared los últimos nueve metros de pancarta.

Eso bastaría para soportar su peso, pensó.

Eso esperaba.

Anna se sentó, esperando su momento, moviendo la pierna nerviosamente para calmarse. Cuando vio que el guardia se giraba para mirar otra sección, se levantó de un salto y arrancó la pancarta de la pared de un tirón. Los ojales sueltos tintinearon al soltarse de los pernos, como si se abriera de golpe una camisa de botones automáticos. La pancarta de treinta metros se combó por su propio peso, todavía anclada por los pernos restantes.

Lanzó el extremo suelto de la pancarta por encima del muro, echando por encima todo el trozo que pudo levantar. Cada sección que levantaba pesaba menos, hasta que el peso de la pancarta al otro lado del muro fue suficiente como para empezar a arrancar los pernos. Anna la observó mientras caía hacia el aparcamiento de abajo. Dándole un buen tirón, confirmó que seguía bien sujeta por los pernos que quedaban.

El corazón le martilleaba en las costillas. Había llegado el momento; ya no había vuelta atrás.

Agarrándose con fuerza, se descolgó por el muro, con los pies colgando.

Mano sobre mano, descendió por la pared vertical del estadio, usando la enorme pancarta como si fuera una cuerda. Los brazos le temblaban por el esfuerzo, apenas capaces de soportar su peso. Trató de no mirar el caos que había abajo, centrándose en cambio en mantenerse bien agarrada y bajar a un ritmo constante.

A mitad de camino. Sus pies arañaban el hormigón, buscando algún punto de apoyo para aliviar la presión en sus brazos y hombros, que le ardían. Soltó un gemido; el miedo y la adrenalina le corrían por las venas.

Vio brevemente cómo la multitud de abajo se movía hacia ella. El mundo le dio vueltas y sintió como si la gravedad hubiera perdido su poder. *No mires abajo. Sigue. Mano sobre mano.*

Descendió centímetro a centímetro. La pancarta ondeaba a su alrededor, restallando con el viento y amenazando con arrancarse de los anclajes que quedaban en cualquier momento. Contuvo las lágrimas de dolor. Se concentró en llegar sana y salva al suelo. Ya casi estaba.

Solo quedaban seis metros y los brazos le estaban fallando.

Armándose de valor, se abrazó con brazos y piernas al rígido material y empezó a deslizarse por la pancarta. Las manos le latían a medida que la sangre volvía a sus dedos y el brazo derecho le tembló y perdió fuerza cuando rozó contra un ojal metálico que sobresalía. Los últimos tres metros fueron una imagen borrosa. Sus pies aterrizaron con fuerza en el hormigón del aparcamiento y se soltó, derrumbándose hecha un ovillo cuando las piernas le fallaron.

—¡Alto! ¡Manos arriba! —Varios agentes la rodearon, con las armas desenfundadas—. ¡Identifíquese! —gritó uno.

Anna parpadeó para quitarse las lágrimas, con la visión borrosa. Levantó las manos temblorosas, respirando en jadeos entrecortados. —Yo... yo no soy uno de ellos. Me llamo Anna Downey. Soy periodista. Por favor, tienen que creerme. —La voz se le quebró mientras el pánico crecía en su interior.

Una voz familiar se abrió paso en medio del caos. —¡Esperen! Es Anna. —Era Darlene, abriéndose paso entre el grupo de agentes.

Anna casi sollozó de alivio. Mientras Darlene se acercaba a toda prisa, Anna intentó levantarse, pero las piernas le fallaron de nuevo y se desplomó sobre el asfalto, abandonada por los últimos vestigios de adrenalina.

35

Ridley caminaba de un lado a otro por la sala, sorteando las camillas de masaje y sin perder de vista a Darius, que estaba acurrucado en un rincón, hecho un hombre destrozado. El zumbido resonante del helicóptero se había apagado, dando paso a un silencio sobrecogedor mientras se preguntaba qué estaría haciendo Austin y cuándo volverían a ponerse en marcha las estruendosas aspas.

—¿Cuánto tardará desde aquí? —preguntó Ridley.

Darius parpadeó varias veces como si intentara olvidar un recuerdo doloroso. —Diez, quince minutos para cargar y despegar, y luego el vuelo en sí... Volarán bajo, no alcanzarán la velocidad máxima. Pero son solo diez millas. Quizá cinco minutos en el aire.

—¿Y el aterrizaje?

Darius esbozó una sonrisa torcida. —No van a aterrizar.

Ridley todavía no había conseguido contactar con nadie. Aunque llamaba desde un teléfono por satélite, todos a los que llamaba usaban teléfonos móviles normales, y las torres de telefonía seguramente estaban sobrecargadas. Lo intentaba cada pocos minutos, pero el 112 seguía comunicando.

Todo su instinto le urgía a abalanzarse sobre aquel tipo, a estrangularlo, a obligarlo a contarlo todo, pero se daba cuenta de que Darius era frágil, posiblemente inestable mentalmente. Y no

estaba seguro, pero también creía que Darius podría estar a punto de traicionar a Anwar al-Raymi por completo.

Si había alguna esperanza de que eso ocurriera, tenía que andarse con tiento, por ahora.

Levantó el teléfono por satélite. —Dos de tus hombres murieron para que yo consiguiera esto.

—¿Qué aspecto tenían? —Darius parecía genuinamente preocupado.

—Pantalones negros, camisas verdes, uno era grande y el otro era...

—Esos no eran mis hombres. Eran de Anwar.

—Vale, bueno, iba a darte el pésame. Ojalá las cosas hubieran sido de otra manera. Mi mujer está en este estadio. Está embarazada, de gemelos. ¿Tú tienes hijos?

Darius negó con la cabeza.

—Bueno, además de los gemelos que van a nacer, también tengo hijos en casa que todavía necesitan que los críen. Igual que un montón de gente en este estadio. Hay sesenta mil personas aquí. Eso son un montón de esposas, un montón de niños. Un montón de maridos y tías y tíos y abuelos. Y un montón de amigos. —La voz de Ridley era firme, pero intentaba mostrar toda la calidez que podía—. ¿Lo entiendes, Darius?

—También un montón de padres. Yo también tuve padres una vez.

Ridley dio un paso hacia él. —¿Qué les pasó? —Al hacer la pregunta, sintió que ya sabía la respuesta.

Darius no dijo nada, se limitó a mirar al suelo.

—¿Los mataron? —preguntó Ridley.

Darius asintió.

—¿Fueron estadounidenses?

—Algo así. —Darius levantó la vista—. Vuestra gente dio la orden de volar un coche en el que creían que iba un miembro de Al Qaeda. Se equivocaron. Mis padres, académicos, eran una luz en nuestra comunidad y, de repente, de un momento a otro, estaban muertos. Su vida terminada, un desenlace disonante. —Su rostro contraído

era una máscara de angustia—. Me fui a vivir con mi tío a Yemen. Ya estaba furioso, ya sentía dolor. Entonces todo se torció.

Ridley dio una vuelta lenta por la sala, deteniéndose frente a Darius. Se agachó. —Siento lo que les pasó, de verdad que lo siento. Sé que no se lo merecían. Tú no merecías tener que vivir tu vida sin ellos. No puedo ni imaginar por lo que pasaste.

Darius alzó la vista, sus ojos azules centellearon. —No hables de ellos. No tienes ni idea de lo que vuestro gobierno hace en vuestro nombre en el extranjero.

Ridley volvió a llamar al 911, pero la línea comunicaba. Le sostuvo la dura mirada a Darius.

—Puede que tengas razón en eso. Puede que *sí*. Pero sé algunas cosas. Por mucho que me gustaría poder decir que te equivocas, que todo es blanco o negro, el bien y el mal, no puedo. —Hizo una pausa y esperó a que Darius, que había bajado la mirada, volviera a alzarla —. Pero hay algo que sé a ciencia cierta. Lo que has hecho aquí, lo que estás haciendo, lo que al-Raymi está haciendo y va a hacer, no es un remedio. Ni para tus padres, ni para ninguno de los agravios que mi país o cualquier otro haya cometido. Ni ahora, ni nunca. Sé que si este estadio vuela por los aires, si lo que sea que estéis intentando en la isla tiene éxito, sé que lo único que conseguiremos será meternos en otra década de guerra, quizá dos. Después del 11-S, Estados Unidos tardó veinte años en salir de Afganistán. Perdí amigos allí. Quizá tú también. Ya se ha hecho mucho daño hoy. Pero si no detenemos la siguiente fase, será peor. Yemen, Egipto, puede que incluso partes de Rusia. —Negó con la cabeza, golpeado de repente por la gravedad de lo que estaba por venir—. Será *mucho* peor para tu gente. Para mi gente, para todos. Egoístamente, podría significar que mis gemelos, que nacerán de un día para otro, acaben siendo enviados a Yemen dentro de dieciocho años por lo que ocurra en la próxima hora. Sé que…

Ridley se interrumpió, sintiendo que no había nada que pudiera hacer para convencerlo. Entonces pensó en Rachel, en sus gemelos aún no nacidos, en sus hijos en casa, en los recuerdos que compartían y en su vida y futuro juntos como familia. Decidió que, aun así, tenía que intentarlo. —Sé que quizá sea demasiado tarde.

Quizá no haya nada que podamos hacer. Pero parte de ser una persona es que, incluso entonces, incluso cuando no hay esperanza, lo intentas de todos modos, luchas de todos modos. Después de lo que has pasado, creo que eso es algo que…, quizá de una forma extraña, quizá de una forma retorcida…, tú y yo tenemos en común. ¡Darius… Darius, mírame!

—¿Sabes? Es probable que ya haya oído la última música que escucharé en mi vida. —Darius levantó la vista lentamente; tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Sabes cuál fue la última canción que escuché?

—No, supongo que no.

—*All I Do Is Win*, de DJ Khaled. La pusieron justo antes de que tomáramos el estadio, después del *field goal* de los Seahawks —recordó Darius—. Esa es la música que resonará en mis oídos cuando deje este mundo. —Volvió a hundir la cabeza entre las manos.

Ridley le puso una mano en el hombro. —Ven conmigo, ahora mismo, al depósito de explosivos más cercano. Desármalo y explícame lo que estás haciendo. Luego ve al siguiente y desármalo mientras yo uso esto… —volvió a levantar el teléfono satélite—. Seguiré intentándolo. Si eso no funciona, trataré de salir de aquí y avisar a alguien. Si colaboramos, quizá podamos salvar a parte de la gente que hay aquí. Y si voy a volar por los aires en los próximos veinte minutos, quiero que mis hijos sepan que, cuando morí, todavía estaba luchando.

Lentamente, muy lentamente, Darius se puso en pie.

No dijo nada, pero no era necesario.

36

—Van a volar el estadio por los aires —dijo Chad, con su característico rictus de superioridad aún en el rostro, a pesar de las circunstancias. Se metió las manos en los bolsillos como si estuviera dando un paseo mientras veía un partido de polo.

La mirada de Austin se desvió de Chad hacia la entrada, donde pudo distinguir movimiento a través de un panel de cristal grueso que ocupaba la mitad superior de la puerta. —¿Qué te hace decir eso?

—Dos de los terroristas estaban hablando en francés. *Anwar a dit qu'un seul hélicoptère. Les autres arrivent en retard. Je pense qu'il va faire sauter le stade par air*.

—Vale, y...

—Significa algo así como: «Anwar ha dicho que solo un helicóptero. Los otros llegan más tarde. Creo que va a volar el estadio por los aires».

Austin lo miró. —¿Espera, uno de los terroristas le ha dicho eso a otro?

Chad asintió. —El otro ha respondido... —hizo una pausa, pensativo—... algo como *Il s'en fiche si on vit ou si on meurt*. «Le da igual si vivimos o morimos».

La mente de Austin trabajaba a toda velocidad mientras unía esta información con lo que Darius le había contado. Solo habían oído

acercarse un helicóptero, que desde luego no sería lo bastante grande para llevarse a todos los rehenes de esta sala, y mucho menos a todos los terroristas repartidos por el estadio. Dijo: —Al-Raymi nunca tuvo intención de escapar con todo su equipo. Va a huir en el helicóptero, volar el estadio por los aires y... —se interrumpió. No quería compartir lo que sabía sobre la segunda fase.

—Cueste lo que cueste —dijo Chad—, yo me subo a ese helicóptero para largarme de aquí. A lo mejor me matan luego, pero, bueno, lamentablemente creo que el lugar más seguro es el helicóptero con los asesinos.

Chad dejó de hablar cuando dos guardias armados irrumpieron por la puerta. Detrás de ellos, la enorme cabeza de Anwar al-Raymi se cernía sobre ambos, pues les sacaba más de quince centímetros de altura a cada uno. Lucía una barba oscura a juego con su pelo corto y oscuro, y su nariz rota parecía aún más torcida que en las fotos que Austin había visto.

Durante una fracción de segundo, Austin sintió que su mano se movía hacia la pistola que había ocultado bajo la camisa.

Entonces, al-Raymi pronunció una sola palabra. —Doce. —Se dio la vuelta y desapareció.

Los dos guardias entraron del todo y cerraron la puerta tras ellos. Uno, un hombre bajo y corpulento con una camiseta negra, empezó a inspeccionar a los rehenes. El otro lo cubría, con un subfusil en ristre.

Primero, el terrorista corpulento se acercó a un hombre mayor a quien Austin reconoció. Era Baker Hamilton, uno de los propietarios minoritarios de los Seahawks. De ochenta años como mínimo, vestía un elegante traje gris con un pañuelo asomando por el bolsillo de la chaqueta que hacía juego con su pelo blanco y reluciente.

—Sé quién es *usted*. —El terrorista lo empujó hacia la puerta—. Uno.

A continuación, el terrorista se acercó a su madre, la única mujer que vestía uniforme militar. —Militar. Bien. —Como había hecho con Baker, la empujó hacia la puerta—. Dos.

Los estaba dividiendo en grupos, se dio cuenta Austin. Un grupo para subir al helicóptero, probablemente los rehenes de mayor valor,

y otro para quedarse atrás.

El terrorista se acercó a una joven de no más de veinticinco años. —¿Quién es usted? —le preguntó bruscamente.

El rostro de la mujer temblaba. —Chloe..., eh..., Chloe Dashembert.

—¿A qué se dedica?

—Soy, como, *influencer*.

El otro terrorista era más joven y se colocó al lado del corpulento. Dijo: —Es famosa. De Instagram.

El terrorista corpulento negó con la cabeza y la empujó hacia el fondo, lejos de la puerta. Durante los minutos siguientes, los dos hombres continuaron recorriendo el grupo, colocando a nueve rehenes más con la madre de Austin y Baker Hamilton, con lo que la cuenta ascendió a once.

Él y Chad eran los dos últimos que quedaban. Mientras el terrorista fornido se acercaba, Chad miró a Austin con nerviosismo y luego le dedicó una sonrisa encantadora al hombre. —Soy muy rico. Influyente. Valgo mucho para vosotros. *Vivo*.

El terrorista fornido examinó a Chad y luego se volvió hacia Austin. —¿Quién es usted?

Austin no respondió.

El hombretón se le plantó delante, echándole su aliento cálido y salado en la cara. —¿Quién es usted? —exigió.

Austin no dijo nada.

—Es..., es un poli —tartamudeó Chad—. Exp agente de la policía de Nueva York... Se ha colado aquí. Creo que lleva una pistola.

El guardia fornido dio un rápido paso atrás y apuntó a Austin con su subfusil.

Austin levantó las manos bien abiertas. —No soy una amenaza para usted. —Ladeó el cuerpo, dejando que la camisa se le subiera lo justo para mostrar la pistola, todavía enfundada en el costado—. Mire..., cójala.

El más joven de los dos terroristas se abalanzó y desenfundó la pistola de Austin. Luego, con una sonrisa, la echó hacia atrás y se la estrelló a Austin en la mejilla con un chasquido espantoso. Austin cayó al suelo, con la cabeza dándole vueltas. Se levantó lentamente.

Chad les suplicó a los terroristas: —Yo valgo más para vosotros. Se lo garantizo. Soy muy rico y...

Anwar al-Raymi apareció detrás del terrorista fornido. —¿Qué está pasando?

El terrorista le habló en árabe, señalando a Chad y a Austin.

Al-Raymi se acercó a Austin, cerniéndose sobre él a pesar de la estatura de Austin, superior a la media. —¿Exp agente de la policía de Nueva York? ¿Trabaja usted con la policía?

Austin asintió.

Al-Raymi retrocedió y asintió hacia el terrorista fornido. —Él.

El terrorista empujó a Austin por la espalda con el arma, empujándolo hacia su madre, hacia la puerta, hacia el grupo de rehenes que iba a subir al helicóptero.

—No —gritó Chad, con una voz a medio camino entre un alarido y un quejido.

—No lo hagas —dijo Austin—. Aquí estarás más seguro.

Chad se adelantó, extendiendo el brazo hacia al-Raymi como si intentara agarrarlo.

—Para —dijo Austin con firmeza, pero ya era demasiado tarde. Chad había perdido los estribos.

Mientras se estiraba para alcanzar a al-Raymi, el gigante sacó una pistola del cinturón y le disparó a Chad en el pecho.

Chad se tambaleó hacia atrás, con los ojos muy abiertos por la confusión, y luego cayó al suelo.

Una mujer gritó, un hombre vociferó algo, y los dos terroristas se pegaron a la pared, blandiendo sus armas en dirección a cualquiera que osara moverse.

Austin respiró hondo, intentando contener la conmoción.

Todos permanecieron así durante un minuto mientras la vida abandonaba los ojos de Chad.

—No me gusta que me toquen —dijo al-Raymi mientras se dirigía a la puerta.

Nadie más dijo ni una palabra.

Entonces, como si no hubiera pasado nada, los dos hombres sacaron a los rehenes a través de un largo túnel hasta el Lumen Field. La noche era oscura, pero las luces del estadio estaban

encendidas, bañando el césped con una luz brillante, surrealista y hermosa.

En el centro del campo había un único helicóptero con los rotores parados. Austin no era un experto, pero reconoció de inmediato el perfil de un SH-60 Seahawk. El Seahawk era el caballo de batalla de la flota de la Marina. Evidentemente, este había sido retirado del servicio militar, vendido como excedente del gobierno y había ido a parar a las peores manos imaginables.

Su fuselaje de color gris plomizo presentaba algunas abolladuras y arañazos, pero los dos motores a reacción parecían revisados y los rotores recién reacondicionados. El Seahawk se había deshecho de parte de su equipamiento habitual; se habían retirado los soportes para misiles y el equipo de rescate para permitir las modificaciones que sus nuevos dueños exigían.

En lugar de una cruz roja, el fuselaje lucía unas siniestras marcas negras. Engalanado en su día con las insignias de las fuerzas de los Estados Unidos, se había borrado todo rastro de la noble historia del Seahawk. Repintado sin colores identificativos, permanecía anónimo y amenazador, a la espera de las órdenes de figuras anónimas consumidas por el fanatismo.

En el exterior había soportes con unos siniestros recipientes plateados marcados con etiquetas amarillas de material peligroso. El corazón de Austin se aceleró mientras los observaba. No eran bombas. Pero Austin temía que pudieran ser algo peor.

El terrorista corpulento ordenó a la fila de doce rehenes que se pusieran de pie junto al Seahawk y luego abrió la gran compuerta de carga. Antes de que pudiera empezar a empujar a los rehenes dentro, Austin oyó una voz a su espalda que hablaba en árabe.

Austin se giró y se encontró de nuevo mirando directamente a la cara de Anwar al-Raymi.

Tras un breve intercambio con su comandante, el terrorista corpulento asintió obedientemente y se dirigió al final de la fila de rehenes, cacheándolos uno a uno bajo la atenta mirada de al-Raymi.

Cuando llegó a la altura de la madre de Austin, este llevó lentamente las manos a la espalda, sacó la bomba de humo y la sujetó pegada a su cuerpo, contra el helicóptero.

Apretándose contra ella todo lo que pudo, con los hombros rozándole los suyos, Austin esperó el momento oportuno. El terrorista corpulento se incorporó tras terminar de inspeccionar la parte inferior de las piernas y los zapatos de su madre y, justo entonces, Austin movió una mano rápidamente desde su espalda hasta la de su madre.

De un empujón, le colocó la bomba de humo en la parte baja de la espalda. Sintió que la mano de ella la agarraba y la soltó.

Entonces Austin sonrió y se volvió hacia el hombre que iba a cachearlo como si diera la bienvenida a un cliente a su cafetería.

37

Lunes, 22:56

Cuando volvió en sí, Anna estaba en una especie de tienda de campaña, tumbada en una camilla.

Al parpadear, vio el llamativo pelo rojo de Darlene.

—¿Pero quién te has creído que eres? —dijo Darlene, pero no fue una pregunta, sino más bien una acusación—. ¿La puñetera Lara Croft? No sé si darte un par de bofetadas o invitarte a una cerveza por esa proeza. ¡Tienes más vidas que un gato y más agallas que un carro de despojos!

Anna se incorporó despacio. Físicamente, la verdad es que se encontraba bien. Había sido el pánico lo que la había hecho desmayarse. —¿Qué demonios es un carro de despojos?

—Un carro lleno de tripas. ¡Pues claro! Del matadero o algo así. No sé, es una forma de hablar. —Se le endureció el rostro—. Pero en serio, justo cuando tocaste el suelo, el terrorista se asomó por encima del muro. ¿No se te ocurrió que se daría cuenta de que faltaba la pancarta? Nuestros hombres abrieron fuego, pero él se retiró. ¿Por qué has…?

—La cumbre del G7 —dijo Anna, poniéndose en pie con lentitud. Se sentía algo inestable, pero no demasiado mal—. No sé cómo,

pero sé que ese es el verdadero objetivo. Tengo que encontrar a alguien que me escuche.

Darlene la empujó de nuevo hacia la camilla. —He respondido por ti. Quédate aquí.

Anna no se relajó, pero se quedó quieta.

—Después de que se cortara la llamada —dijo Darlene—, hablé con un amigo de la policía de Seattle. Te prometo, Anna, que están en ello. Todos los lugares que mencionaste. La Marina ha reforzado la seguridad en las instalaciones de la Base Naval de Kitsap, incluidas las bases de submarinos de Bangor y Keyport. La Guardia Costera está patrullando las vías fluviales y los puertos críticos. El DHS y la FEMA han identificado las infraestructuras críticas. Por supuesto, el FBI y el Departamento de Defensa están encima del ataque principal como lapas. En cuanto al G7, bueno, faltan dos semanas. Saben lo de las reuniones preliminares, pero…

—Aun así —dijo Anna, mirándola a los ojos—, tengo que decir lo que sé. Por si acaso. Además, Rachel está de parto. Parecía que tenía a alguien ayudándola. Un médico, espero, pero no lo sé. ¿Hay algo que podamos hacer?

Darlene abrió los ojos como platos. —Joder. Pero es una tía dura. Si alguien puede superarlo, es ella.

Cuando Anna salió de la tienda, dos sanitarios intentaron interponerse en su camino, cortándole el paso hacia el bullicioso aparcamiento, pero ella los apartó de un empujón y siguió adelante.

—Algunos jugadores escaparon —dijo Darlene, pisándole los talones—, los únicos rehenes que salieron antes que tú. No he oído nada oficial, pero creo que los agentes podrían estar preparándose para asaltar el estadio.

Anna vio a un grupo de hombres y mujeres con trajes de color marrón oscuro y azul oscuro, apiñados, la mitad con teléfonos móviles y la otra mitad hablando en susurros. —¿Son del FBI? —preguntó, pero no esperó respuesta. Acercándose a ellos a toda prisa, dijo—: Soy Anna Downey y acabo de escapar del estadio para decirles que creo que la cumbre del G7 es el verdadero objetivo. Posiblemente estén usando lo de hoy para colocar bombas para el

evento, o quizá el objetivo sean las reuniones preliminares. Mercer Island. Allí hay mucha gente importante.

Uno de los agentes del FBI retrocedió, mirando a Anna como si tuviera una enfermedad rara. Otro no levantó la vista de su teléfono. Una mujer alta de pelo negro y liso miró a Darlene como si fuera la cuidadora de Anna y esta se acabara de escapar de un psiquiátrico.

La mujer fulminó entonces a Anna con la mirada, alisándose el traje de chaqueta azul oscuro. —¿Es usted la periodista que ha bajado por el muro? ¿Anna no sé qué?

Anna asintió. —Downey. Anna Downey.

Soltó un largo suspiro. —He hablado con el agente especial Knight. Trabaja para mí. Entiendo que crea que ha descubierto una primicia importante, pero está claro que no tiene ni idea de los recursos que hay en juego. El G7 es uno de los eventos más seguros del planeta. Blindado como Fort Knox. Todas las agencias federales habidas y por haber ya se han desplegado en Seattle. La semana que viene, miles de agentes, fuerzas militares y equipos de primera intervención se reunirán aquí. No se ha escatimado en gastos. El Servicio Secreto ya está en Mercer Island, incluso para las reuniones de planificación. Cada centímetro de cada recinto ha sido y será peinado a fondo. La Guardia Costera es dueña de las aguas y los cielos están bajo vigilancia militar veinticuatro horas al día, siete días a la semana. La FEMA está preparada para el fin del mundo. —Hizo una pausa lo suficientemente larga como para intensificar la ferocidad de su mirada. Anna no estaba segura de si odiaba a los periodistas, la odiaba a ella personalmente o simplemente estaba teniendo un día horrible—. No existe ninguna posibilidad de una amenaza que no hayamos previsto —continuó—. Nosotros…

—¿Previeron el ataque al estadio? —interrumpió Anna, con la misma fiereza.

—No, pero el G7 es diferente. Los líderes mundiales no se reúnen sin prepararse para una guerra. Siento ser tan directa, pero esto le viene grande, niñita. Esta cumbre está tan por encima de lo que su redacción local puede entender que es de risa. Ocúpese de los reportajes de autobombo sobre el ayuntamiento y de cubrir las

ventas de pasteles. Deje el contraterrorismo a los profesionales. No es una petición. Vuelva a su sitio antes de que salga herida.

Anna la fulminó con la mirada.

—Céntrese en lo que de verdad sabe —continuó—: los atascos y cómo glasear una magdalena en condiciones. Es mejor dejar la seguridad mundial en manos de quienes están preparados para gestionarla. ¿Está claro?

La mirada de Anna se endureció.

—¿Está *claro*? —repitió ella.

—Tan claro como el cristal —dijo Anna—. Voy a volver a la tienda médica.

—Pues haga eso.

Anna se alejó con Darlene, que le dijo: —No te conozco de mucho, pero si eso no es una mentira como una catedral, que baje Dios y lo vea.

Anna le sonrió.

Si no iba a ser de ninguna ayuda fuera, estaba más que decidida a intentar hacer algo bueno dentro.

—Vas a volver a entrar ahí —dijo Darlene—. ¿A que sí, cielo?

—Puedes apostar lo que quieras a que sí.

38

Darius guio a Ridley por un pasillo en penumbra, sus pasos resonando en el túnel de hormigón. —Por aquí —dijo Darius, señalando una estrecha abertura en la pared.

Ridley miró el hueco con escepticismo. —¿Por ahí?

—Es un pasadizo de mantenimiento. Nos llevará detrás de las gradas. A estas alturas, es posible que Al-Raymi haya dado órdenes de matarme. O quizá solo desee volarme por los aires junto con el resto de ustedes, sepultado en un ataúd de mi propia creación. — Darius no esperó respuesta y se metió por la abertura a gatas.

Con una mueca, metiendo pecho y girando los hombros, Ridley lo siguió.

El pasadizo era angosto, lleno de conductos y tuberías. Finalmente, Darius se detuvo y señaló una rejilla que daba a la zona de debajo de las gradas. —Ahí —dijo en voz baja.

Ridley se asomó por la rejilla y contuvo el aliento. En el centro se alzaba una enorme columna de soporte de hormigón, rodeada por bloques de lo que solo podían ser explosivos. De ellos salían cables que iban a parar a un teléfono móvil pegado con cinta americana a una placa de circuito sujeta a la columna.

—Mierda —musitó Ridley.

Darius abrió la rejilla con cuidado y salió, con Ridley pisándole los talones. Darius dudó, luego sacó una navaja suiza del bolsillo y se la

tendió a Ridley. —Coja esto. Usted tendrá que cortar los cables mientras yo retiro los detonadores.

—¿Yo? —A Ridley se le secó la boca.

—Haga lo que le digo. —Darius despegó la cinta americana del teléfono y luego, lentamente, desconectó la batería. La pantalla del teléfono se apagó. Se volvió hacia la columna, escrutando los bloques.

—Anwar ha recableado esto sin mi conocimiento. Debería haber un circuito redundante como medida de seguridad, que requiera dos señales para activar la detonación. —Darius eligió un cable y lo sacó con cuidado de la cápsula del detonador, con las manos firmes—. Sin la redundancia, una sola llamada podría activarlos. Al desactivar el teléfono, hemos eliminado ese riesgo. Pero puede que haya ordenado a su equipo que los detone manualmente si el activador del móvil no funciona. Por eso podría estar dejando hombres atrás. Para que se inmolen si el teléfono no funciona. Por ejemplo, si el FBI consigue de alguna manera bloquear la señal del teléfono por satélite. No es probable, pero es algo que comentamos.

Darius dejó caer el extremo del cable. —Su turno. Corte el cable rojo por la mitad, ahí.

Con el corazón desbocado, Ridley agarró la navaja. Miró a Darius, que asintió para darle ánimos. Ridley se armó de valor y cortó el cable rojo con la hoja de la navaja.

—¿Oye eso? —preguntó Darius.

Ridley escuchó. Era el helicóptero que volvía a arrancar, un sonido débil a través de todo el hormigón que los separaba del campo, pero inconfundible. —Lo oigo.

—Deprisa. —Darius sacó otro cable de su detonador—. Ahora el azul.

Ridley cortó el azul.

Darius se echó hacia atrás sobre los talones con un suspiro. —Ya está. Esta columna está desarmada.

Ridley se levantó para desentumecer las piernas doloridas. —¿Cuántas más? ¿Y dónde están exactamente?

Darius se incorporó con una mueca. —El estadio tiene seis niveles principales: el propio campo, la grada inferior, la grada

media, la grada superior, los palcos y el Nido del Halcón. Las cuarenta y ocho columnas de soporte de hormigón alcanzan una altura aproximada de cuarenta y cinco metros. Están situadas alrededor del perímetro exterior de la estructura del estadio. Esas columnas perimetrales, junto con las cerchas de acero, soportan la mayor parte del peso del estadio. Acabamos de desactivar la columna diecisiete. Quedan cuarenta y siete.

—¿Y la que ha explotado antes?

Darius rio con amargura. —Si esa hubiera sido una columna principal, se habría dado cuenta. Aquello fue una nimiedad, un juego de niños comparado con lo que pasará cuando caiga una columna principal.

Ridley sacó el teléfono por satélite y marcó el número personal de Darlene, al que ya había intentado llamar tres veces.

—¿Diga? —Darlene descolgó al segundo tono.

—¡Dios mío, Darlene! ¡Por fin! ¿Dónde te has meti…?, no contestes, no hay tiempo. Soy yo, Ridley. Necesito a alguien, rápido, alguien al mando. Sé cómo desactivar las bombas y se lo puedo decir a alguien.

—Rid, ya se están preparando para entrar... Yo... joder. Espera un momento. —Oyó a Darlene gritar, pero no pudo entender lo que decía ni a quién.

Darius miraba con la vista perdida su arma desmontada. Entonces, de repente, se puso en pie.

—¿Adónde va? —preguntó Ridley.

Él se giró para mirarlo un instante. —A desactivar tantas como pueda en los próximos diez o quince minutos. Antes de que muramos todos.

Ridley tragó saliva con dificultad mientras Darius desaparecía por donde habían venido. La voz de Darlene volvió a sonar al otro lado de la línea. —Rid, te paso a Knight, un agente especial. Tiene mano con..., bueno, con alguien importante. Viene para acá. Espera. Me ha costado un poco convencerlo de que te tenía a ti..., que tenía a un agente de verdad..., espera, ya casi... Oh, mierda, ¿sabías que Rachel está de parto?

Ridley se quedó helado. —¿Qué?

—¿Quién es? —ladró una voz por el teléfono.

—Ridley Calvin, detective jefe del Departamento del Sheriff de Kitsap. Mire, voy a ir al grano. Acaba de enviar a... ¿a quién, qué?

—A todo el mundo. Estamos enviando a todo el mundo. La unidad especial de explosivos de la ATF. Al FBI, a un par de equipos SWAT locales.

—Bien —dijo Ridley—. Acabo de desactivar una de las bombas con Darius, el cerebro de todo este asunto. Si le digo cómo lo hemos hecho, ¿puede hacerle llegar la información a todo el mundo?

—Por supuesto que sí. ¡Adelante!

Ridley hizo todo lo posible por ignorar la idea de que Rachel estuviera de parto.

Tan rápido como pudo hablar sin dejar de ser coherente, le contó al agente especial Knight todo lo que acababa de ver y todo lo que Darius le había enseñado.

PARTE III

LOS CIELOS SOBRE LA CIUDAD ESMERALDA

39

Lunes, 23:08

—Vamos hacia el este —dijo la madre de Austin.

—*Sur*este —la corrigió Baker Hamilton.

—Usted debería saberlo —replicó la madre de Austin—. Seguro que sobrevuela Seattle en helicóptero a menudo.

—En realidad, no. No he montado en uno de estos desde Vietnam. —Su voz era grave, con un deje de acento británico que casi había desaparecido durante los sesenta años que llevaba viviendo en Estados Unidos—. Prefiero conducir o ir en barco. Vietnam me dejó una relación algo conflictiva con los helicópteros.

A los doce rehenes los habían metido a empujones en la cabina trasera del Seahawk, que había sido vaciada por completo, arrancando todo el equipo médico. De las paredes colgaban máscaras de gas de alta gama, lo que confirmaba las sospechas de Austin sobre los contenedores del exterior del helicóptero: probablemente un arma biológica. También confirmaban su sospecha de que los terroristas querían mantener vivos a los rehenes.

Habían instalado dos bancos toscos con cinturones de seguridad, probablemente sacados de un helicóptero de pasajeros. Ahora, los doce rehenes estaban atados con los cinturones, abandonados a su

suerte en la parte trasera, mientras que un piloto, un guardia y el mismísimo Anwar al-Raymi se encontraban asegurados en la cabina delantera.

Austin le preguntó a Baker: —¿Imagino que no tendría termoplástico de policarbonato en Vietnam?

—¿A qué se refiere? —preguntó Baker.

Austin señaló con la cabeza el grueso panel separador entre su sección y la cabina delantera. —Creo que es una lámina de policarbonato, resistente a los impactos y a prueba de balas. Puede soportar múltiples proyectiles de gran calibre. Como las que usan en las ventanillas de los cajeros de los bancos.

El corazón de Austin martilleaba mientras el Seahawk gemía y traqueteaba a su alrededor, como si también él temiera la carga letal que se veía obligado a transportar, atada a sus flancos como si fuera una mula.

Su madre dijo: —¿Qué es esa cosa que me has dado? Se me está clavando en la espalda.

Austin se inclinó y susurró: —Una bomba de humo.

—Estamos saliendo de Seattle —dijo Baker.

—Hay otro objetivo —dijo Austin con voz tensa—. ¿Qué hay al sureste? ¿Alguna idea...?

—La isla Mercer. —La voz de Baker estaba llena de horror y angustia—. Tenía que ir allí después del partido. Es... —su voz se apagó.

—¿El qué? —preguntó Austin.

—Usted probablemente lo sepa, en un par de semanas el G7 viene a Seattle. Los equipos de los presidentes, primeros ministros y líderes empresariales llegan con semanas de antelación para planificar, preparar y negociar. Hoy, ahora mismo... verá... aún no hay presidentes, ellos vendrán más tarde. Pero sí líderes empresariales como yo, gente de Japón, miembros del gabinete del Reino Unido, de Francia.

—Los contenedores —dijo su madre—. Deben de ser... algún tipo de arma química o biológica.

—Eso es lo que pensaba —dijo Austin—. ¿Pero por qué atacar antes de las grandes reuniones?

Baker se balanceó con el movimiento del helicóptero. —Probablemente sepan que no tienen ninguna posibilidad de éxito. Sería como intentar entrar en la Casa Blanca. Pero ahora, la isla Mercer es el objetivo perfecto. Tenemos dos hoteles reservados para las reuniones. Mucha gente importante. Además, el simbolismo. Si atacan, todo el G7 podría trasladarse, o incluso cancelarse. El G7 es el corazón del poder democrático occidental. Los terroristas han querido atacarlo durante décadas. Represalias por los ataques contra sus aliados. Publicidad, miedo, caos económico. Culpan a las políticas económicas del G7 de la desigualdad mundial y ven la alteración de los acuerdos comerciales y los mercados como una forma de debilitar a Occidente. —Se rio con amargura—. En cuanto a la mayor concentración de poder occidental, tanto económico como político, es como la Super Bowl, los Óscar. Incluso antes de que aparezcan los peces gordos. —Se aclaró la garganta—. Y por eso nunca ocurrirá. Es muy posible que muramos en los próximos minutos —soy viejo, he tenido una buena vida, así que estoy en paz —, pero es imposible que nos dejen llegar al espacio aéreo sobre la isla Mercer. El servicio secreto protege el G7, incluso las reuniones preliminares. Es imposible... nos volarán por los aires.

Austin sintió que empezaba a sudar. ¿Derribarían el helicóptero? No lo creía, suponiendo que supieran que había rehenes a bordo. Quizá los negociadores conocían la segunda fase, o quizá no. De cualquier manera, ¿se arriesgarían a hacer estallar un helicóptero que transportaba armas biológicas, junto con varias personas importantes? Sinceramente, no tenía ni idea. Era una elección imposible.

Y él tenía que tomar una.

Pudo ver que la lámina de policarbonato, aunque era uno de los materiales más resistentes del mundo, se había instalado de forma tosca, dejando un espacio de unos dos centímetros y medio entre esta y el suelo del Seahawk.

Austin miraba por la ventanilla en la noche. El lago Washington se extendía en la oscuridad; las luces de las casas y las boyas no eran más que puntitos de luz sobre el agua negra. El resplandor de Seattle se desvanecía tras ellos mientras el helicóptero avanzaba.

Delante, se distinguía la suave curva del puente flotante de Evergreen Point.

En pocos minutos estarían sobre Mercer Island. Si Baker tenía razón, los derribarían. Si no la tenía, al-Raymi y su equipo podrían soltar los recipientes.

—Voy a intentar estrellar el helicóptero —dijo de repente—. Mamá, dame ese bote.

Baker se quedó boquiabierto. Su madre no dijo nada.

—Mamá, estos aparatos están diseñados para sobrevivir a los amerizajes, ¿verdad?

Ella lo miró como si estuviera loco. —¿Sí, pero…?

—¿Cuánto tardan en hundirse?

—Yo no era piloto, Austin. Era abogada de la Marina, yo…

—Aproximadamente.

—Unos minutos —dijo—, dependiendo.

—Voy a calcularlo para que americemos. O eso espero.

Más cerca del puente, los faros de los coches danzaron brevemente sobre las olas.

Su madre se movió con lentitud y le pasó el bote a sus manos por detrás de la espalda.

—Baker, ¿tiene fuego?

—Dígame por qué va a hacer esto —dijo Baker.

—Puede que usted tenga razón y nos derriben, pero ¿oye algún F-15 acercándose? Yo no. Mi idea es que planean desplegar esos recipientes sobre Mercer Island. Probablemente en los hoteles donde están sus amigos. Si conseguimos estrellar este trasto en el agua, puede que los desplieguen, puede que no. Probablemente muramos todos, pero quizá salvemos a unos cuantos miles de personas, a unos cientos de miles.

Baker le entregó un Zippo. —Ojalá tuviera un último puro que fumar.

Austin miró a su madre. —Si caemos al agua, si alguien sobrevive, haz lo que puedas para sacar a todo el mundo de aquí.

—Han hecho una carnicería con sus modificaciones —dijo ella—, pero todavía tiene las balsas hinchables en el exterior. Puede que

funcionen, puede que no. Están diseñadas para hincharse al entrar en contacto con el agua.

—Vale cada céntimo de los treinta y un millones de dólares que nuestro gobierno paga por ellos —dijo Baker con un brillo irónico en la mirada.

La silueta de Mercer Island se perfiló al frente, brillante por los bordes, con zonas claras y oscuras en el centro. Más allá, el horizonte se desvanecía en la noche; solo las estrellas y la luna se reflejaban en el agua.

—En realidad, nunca superé lo de Fiona —dijo Austin—. Ojalá lo hubiera hecho antes de… bueno…

Su madre le apretó la mano. —Lo sé. Lo siento mucho. Y siento que vayamos a dejar a tu padre solo.

Austin sujetaba con fuerza el Zippo en una mano y el bote a su espalda en la otra. —He estado pensando en papá, ya sabes, con el alzhéimer no es él mismo. En realidad, él nunca aprendió a, no sé, ser emocional.

—Hizo lo que pudo.

—Lo sé, y no estoy… no intento hacerlo. Solo que me gustaría haberme despedido de él.

Su madre se secó una lágrima. —Yo también.

—Cuando empiece a salir humo, espera un momento y luego intenta ponerle a la gente estas máscaras de gas.

Inclinando el cuerpo ligeramente para apartarse de la cabina, Austin probó el mechero. Se encendió al instante. Ignorando las miradas de asombro de los rehenes que lo rodeaban, se desabrochó el cinturón de seguridad y avanzó a gatas.

A su izquierda había un pequeño trozo de red de carga sujeto a la pared, con una correa parecida a un cinturón de seguridad y una hebilla metálica colgando. Abrió el mechero de golpe, encendió la mecha y metió el bote con la mecha ya humeante en el hueco que había entre el suelo y el separador. Con la mano libre, se pasó la correa por el pecho y se enganchó a la red de carga.

Anwar al-Raymi se giró de repente. Tenía una pistola, pero no le serviría de nada al otro lado del policarbonato termoplástico.

Su rostro pasó de la confusión a la ira y luego al miedo mientras desaparecía en una nube de humo.

40

Anna estaba apoyada en el capó del todoterreno de Darlene mientras observaba la tensa y caótica escena que se desarrollaba a su alrededor.

Ya se habían reunido al menos un centenar de agentes de las fuerzas del orden, la mayoría de los cuales se estaban equipando con el material táctico mientras corrían hacia una discreta puerta metálica empotrada en el muro de hormigón del estadio.

Al escuchar a Darlene hablar por teléfono con Ridley, supo que le estaba diciendo algo importante. Luego Darlene había llamado con un gesto a Knight, el agente especial encargado de mantenerse en contacto con ella por si volvía a tener noticias de alguien de dentro del estadio.

Mientras Knight hablaba con Ridley, Anna veía cómo llegaban más y más vehículos a cada minuto. Intuyó que, si había un plan para asaltar el estadio, estaba a punto de ponerse en marcha. Lo que no entendía era por qué ahora. Un helicóptero había ido y venido, pero era imposible que fuera lo bastante grande como para llevarse a todos los terroristas.

Aun así, tenía que creer que sabían lo que hacían.

Los agentes de la ATF iban en cabeza, ataviados con cascos y pesados chalecos de Kevlar, con subfusiles aferrados en sus manos enguantadas. Los vio entrar por la puerta metálica de dos en dos.

Tras ellos iba el Equipo de Rescate de Rehenes, la unidad de élite del FBI, equipada para el combate total. Se movían con rápida precisión, dividiéndose en cuatro unidades para descender al túnel desde múltiples puntos de acceso. No necesitaron gritarse órdenes; se habían entrenado para crisis como esta muchas veces.

Los todoterrenos de la Fuerza de Tarea Conjunta contra el Terrorismo chirriaron al entrar en el aparcamiento y sus puertas se abrieron antes de que los vehículos se detuvieran del todo. Los agentes saltaron fuera, cogieron fusiles largos y se ajustaron los chalecos tácticos mientras corrían a toda prisa hacia el túnel. La policía local los seguía de cerca en una muestra de cooperación entre agencias que rara vez se conseguía fuera de las series de ficción.

Ocho ambulancias esperaban cerca con el motor al ralentí y las puertas traseras abiertas.

Knight le devolvió el teléfono a Darlene, que lo puso en modo manos libres para que Anna pudiera oír.

—Anna, Darlene —dijo Ridley—, tengo que llegar a tantas bombas como sea posible. Tenemos minutos, cinco o diez como mucho, antes de que al-Raymi vuele el estadio. Es… Por favor, si podéis llegar hasta Rachel, hacedlo. Si no, largaos de aquí cagando leches.

Ridley no esperó respuesta. La llamada se cortó.

A Anna se le revolvieron las tripas. Sabía que Ridley probablemente deseaba más que nada volver corriendo junto a Rachel y sacarla de allí. Ese tipo de elección… ni siquiera podía imaginarse tener que tomarla.

El eco de unos disparos ahogados retumbó desde las profundidades del túnel, estallando cada vez que la puerta metálica se abría con un chirrido para dar paso a otro equipo. Las ráfagas intermitentes fueron respondidas con más disparos.

Darlene ya estaba asomada por la puerta abierta de su todoterreno. Salió con una pistola en la mano. Justo entonces, su radio sonó.

—Cariño, soy JB, ¿me recibes? Sigo arriba del todo del estadio. Algo está pasando.

Darlene cogió la radio y pulsó el botón.

—Están asaltando el estadio, cielo, y yo también voy.

—No, no lo hagas, yo…

—Tal como yo lo veo —interrumpió Darlene—, los profesionales habrán despejado el estadio en cuestión de minutos. Voy a entrar. Si vuela por los aires, que vuele. No voy a vivir el resto de mi vida sabiendo que salí corriendo. Tesoro, encuentra a Rachel. Nos vemos donde esté.

Darlene tiró la radio a un lado y se dirigió hacia el túnel, donde los últimos equipos habían desaparecido dentro del estadio, dejando el paso libre.

—¿Vienes? —preguntó.

—Justo detrás de ti —dijo Anna.

41

El pecho de Austin subía y bajaba con fuerza contra la red de carga mientras el Seahawk se sacudía y balanceaba, descendiendo rápidamente hacia el lago Washington. A pesar de sus esfuerzos por mantener el bote bajo el hueco entre las cabinas, un humo acre se colaba en la parte trasera del helicóptero junto a los rehenes.

Después de ayudar a los otros rehenes a ajustarse las máscaras, su madre le lanzó una. Se la llevó a la cara, pero no pudo ajustársela bien con la única mano que tenía libre, lo que le provocó escozor en los ojos y ardor en la garganta.

La cabina era un borrón gris, pero se dio cuenta de que la bomba de humo estaba funcionando. El helicóptero dio una brusca sacudida a babor y el lago pareció abalanzarse sobre ellos mientras el piloto luchaba por recuperar el control.

A Austin se le pusieron los nudillos blancos al agarrarse a la red, mientras su cuerpo se tensaba contra las sacudidas y balanceos del helicóptero.

Iba a ser un aterrizaje accidentado.

El parabrisas y las ventanillas laterales estaban ocultos tras densas columnas de humo. Solo una pequeña ventanilla ofrecía algo de visibilidad del exterior, permitiendo entrever las copas de los árboles iluminadas por la pálida luz de la luna antes de que volvieran a ser engullidas por la turbulenta oscuridad.

A través del humo en la cabina de pasajeros, vio a sus compañeros prepararse para el impacto, algunos gritándose instrucciones de último segundo y otros musitando tensas oraciones. Entonces, al igual que los hombres de la cabina, todos desaparecieron en el humo, dejándolo con una extraña sensación de soledad.

Sonaron varias alarmas de advertencia en la cabina, que indicaban una altitud críticamente baja. El helicóptero se precipitó los últimos seis metros, y el sonido de los rotores se hizo más grave a medida que sus aspas *golpeaban* el aire más lentamente con la caída del Seahawk.

La aeronave cabeceó violentamente mientras rozaba las aguas negras del lago Washington en dirección a las tenues luces de Mercer Island en la distancia. Austin se aferró a la red que tenía delante, preparándose para el impacto.

Con un violento *impacto*, el Seahawk se estrelló de morro contra la superficie del lago. El ensordecedor crujido del metal retumbó en la cabina, una sacudida que hizo temblar hasta el último tornillo y remache. Los pontones se arrugaron como papel de aluminio, incapaces de soportar la fuerza bruta del choque. Austin salió despedido hacia delante, estampándose la cara contra el separador, mientras sus dedos se desgarraban contra la red, rompiendo su agarre. En ese momento, el agua gélida irrumpió a través de una ventanilla reventada en la cabina y comenzó a filtrarse en el compartimento trasero. Dejó caer la bomba de humo mientras se apoyaba en la red, con los dientes castañeteándole en el cráneo.

El helicóptero patinó hacia delante hasta que los rotores, al fin, dejaron de girar.

Al haber soltado la máscara de gas, tosió violentamente y le lloraron los ojos. Luego todo quedó extrañamente quieto y un silencio espeluznante llenó la cabina mientras el helicóptero se mecía suavemente, maltrecho pero aún intacto. El agua del lago chapoteaba contra el casco metálico del helicóptero, el único sonido que le aseguraba a Austin que no se había quedado sordo de repente por el impacto.

Entonces oyó la voz de su madre:

—La escotilla trasera.

El corazón le martilleaba en los oídos, los músculos le dolían por la tensión y la conmoción. Buscó a tientas la hebilla, desesperado por liberarse de la red. Tenía los dedos entumecidos. No sentía nada.

Oyó unos pasos y un chirrido metálico. Vio una mancha de oscuridad, luz de luna y humo que se derramaba hacia la escotilla abierta como si estuviera desesperada por escapar de la cabina.

—La balsa —dijo su madre—. Se ha inflado.

Ridley irrumpió a través del túnel, cruzó las bandas y se detuvo en el centro del campo. El caos.

Docenas, posiblemente cientos de agentes de diferentes cuerpos estaban entrando en masa. Algunos disparaban sus armas, otros se apresuraban por las gradas y otros intentaban guiar a grupos de rehenes hacia diversas salidas.

No pudo evitar mirar hacia el Nido del Halcón para buscar a Rachel. Se había dicho a sí mismo que no lo haría, que si la veía allí arriba no sería capaz de contenerse. Iría a por ella, y no a por las bombas. Casi se sintió agradecido al no verla.

El agente especial Knight le había dicho que escapara cuando los equipos tácticos asaltaran el campo, pero no había ni la más remota posibilidad de que eso sucediera. Desactivar las bombas había sido mucho más fácil de lo que esperaba, y si podía llegar a algunas antes de que al-Raymi las detonara, tenía que intentarlo.

Eligió un lugar junto a la zona de anotación —un área donde no parecía haber unidades— y corrió como un loco, saliendo del campo y metiéndose por el túnel. Pasó por encima del cuerpo de un terrorista muerto, se detuvo, se agachó y le arrancó el chaleco antibalas. Se lo abrochó sobre la camiseta de los Seahawks; le quedaba como un guante. Y continuó.

Probó tres puertas, tres callejones sin salida, antes de encontrar una con un pasadizo que conducía a una columna de soporte principal. Los explosivos estaban colocados exactamente igual que el

que había desactivado con Darius. Usando la linterna del móvil, sacó la batería del teléfono que estaba conectado a la placa de circuito junto a los explosivos. No se molestó en cortar los cables.

De momento, no era necesario. Parecía que las unidades que habían irrumpido en el estadio habían abatido a la mayoría de los terroristas. Si al-Raymi iba a volar el estadio con un móvil, desconectar tantos detonadores como fuera posible de antemano era lo único que importaba.

Desde la columna, desanduvo sus pasos, avanzando en el sentido de las agujas del reloj por el estadio hasta que hubo desactivado tres más.

Sudando y jadeando, llegó a un callejón sin salida y salió por otro túnel de vuelta al campo, saltando por encima de comida tirada, vasos de plástico aplastados y, de vez en cuando, un cuerpo.

Al detenerse en la línea de cincuenta yardas, examinó el estadio. La mayoría de las luces se habían apagado, tal vez inutilizadas por las fuerzas del orden que habían entrado, todos los cuales llevaban linternas frontales. La luna brillaba en un cielo sin nubes, iluminando focos de actividad. Al menos la mitad de los aficionados habían sido evacuados, pero la gente seguía bajando en masa de las gradas superiores.

A lo lejos oyó los gritos de los agentes que entraban en tropel, el retumbar de sus pesadas botas sobre el hormigón. De vez en cuando resonaba el disparo de un fusil, seguido del golpe sordo de un cuerpo al caer al suelo. Más ráfagas de disparos, secas y metálicas, centellearon desde el segundo nivel. Las balas rasgaban el aire con un silbido agudo y se incrustaban en el hormigón con un chasquido.

Entonces lo vio.

A Darius.

Bajo la brillante luna, Ridley distinguió la figura escuálida escabulléndose en uno de los túneles a nivel del suelo.

Volvió a mirar hacia la grada superior —el Nido del Halcón—, pero estaba a oscuras y lo único que vio fue el destello ocasional de alguna prenda de ropa de color vivo. No tenía ni idea de si Rachel

estaba allí, todavía de parto, o si había conseguido salir, o si algo terrible… algo demasiado terrible para…

No pudo terminar el pensamiento.

No supo por qué, pero se encontró corriendo tras Darius.

42

El pánico inundó los sentidos de Austin, y el pulso le atronaba en los oídos. Forcejeó contra la hebilla que le sujetaba el pecho a la red de carga; las correas eran tan resistentes como el acero.

El brazo izquierdo se le había quedado flácido y había perdido la sensibilidad en la mano derecha.

El agua le llegaba ya a los pies mientras el humo se disipaba y los rehenes saltaban uno a uno por la escotilla para caer al agua o —esperaba él— al bote salvavidas.

Se golpeó la mano contra la rodilla, intentando por todos los medios recuperar la sensibilidad.

El agua le cubrió los pies y, a continuación, las piernas. La cabina se oscureció de repente cuando el helicóptero se inclinó sobre un costado.

Volvió a sacudir la mano y sintió algo en el dedo índice.

Los últimos rehenes desaparecieron de la cabina.

El agua entraba a raudales por todas las aberturas del Seahawk. Se hundía lentamente.

El agua le llegó al pecho justo cuando por fin consiguió soltar la hebilla. Inspiró hondo y se sumergió. Impulsándose con los pies contra la pared, atravesó la cabina, agarrándose a los asientos para arrastrarse a través del gélido torrente y salir por la escotilla.

Se golpeó la cabeza con algo duro y se sumergió en el agua. Mientras se hundía, intentó mover el brazo izquierdo, pero aún no había recuperado por completo la sensibilidad.

Pateando con violencia y braceando con el brazo sano, emergió del agua, boqueando y escupiendo agua. A su alrededor, los supervivientes salían a la superficie del lago, gritando en busca de ayuda. En medio del caos y la oscuridad, oyó a su madre y a Baker Hamilton dirigiendo a la gente hacia la balsa.

Entre los restos del helicóptero, a su espalda, la cabina de los pilotos seguía cerrada, pero el agua se había abierto paso y se estaba llenando a toda prisa.

Sintió un hormigueo, un atisbo de vida en el brazo izquierdo. Era como si todos los nervios desde el hombro hacia abajo se hubieran desconectado y se estuvieran reiniciando lentamente.

Rodeó a nado la parte delantera del helicóptero, donde el morro aún sobresalía del agua.

La cabina de los pilotos se había inundado parcialmente, pero el aire atrapado en su interior creaba flotabilidad. Esto, junto con el peso de la parte trasera, empujaba la sección delantera del helicóptero hacia arriba.

Austin trepó por el costado del Seahawk medio sumergido y se puso de pie sobre el morro, aferrándose a una de las hélices con el brazo sano para estabilizarse.

Desde su posición, miró hacia abajo a través del parabrisas de la cabina. Dentro había dos hombres, forcejeando con máscaras de gas y cinturones de seguridad mientras evaluaban cómo salir sin ahogarse en el intento.

Los ojos oscuros de Anwar al-Raymi se alzaron y se clavaron en los de Austin.

Austin sintió como si la maldad en estado puro lo estuviera atravesando.

—¿Crees que se ha movido? —preguntó Anna, pisándole los talones a Darlene.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Darlene abrió paso, avanzando a contracorriente de la marea de aficionados que salían del estadio.

La multitud empujó a Anna contra una pared al agolparse a su alrededor, pero ella consiguió zafarse y entrar en el estadio a nivel del campo. Los disparos que habían oído antes habían cesado, lo que le dio a Anna la sensación de que los agentes que habían irrumpido en el estadio habían hecho su trabajo.

Un equipo de agentes de la ATF vestidos de negro estaba conduciendo a los aficionados hacia el túnel. Intentaron detener a Darlene cuando entró a la carrera, pero ella enseñó una placa y cogió a Anna de la mano para arrastrarla consigo.

Arriba, en el Hawk's Nest, la mayor parte del público ya se había ido. Estaba oscuro, pero Anna vio algo de movimiento. Echó a correr, siguiendo a Darlene de cerca. Saltó una barandilla para evitar un cadáver que bloqueaba las escaleras —un cadáver que se distinguía por una mata de pelo alborotado— y subió corriendo al segundo nivel, y luego al tercero.

Apiñado contra una pared en un pequeño rellano había un grupo de tres personas: dos de pie, una de rodillas. Oyó un gemido profundo, casi animal, y a continuación, el llanto de un bebé recién nacido.

—¿Han evacuado a todo el mundo? —preguntó Darius.

Ridley se había detenido detrás de él sin decir palabra, pero el hombre escuchimizado pareció sentir su presencia. —En su mayor parte... Las fuerzas del orden están entrando.

Darius estaba sentado con las piernas cruzadas frente a unos cientos de kilos de C4, con una mano sobre el detonador del teléfono móvil.

—Bien —dijo Darius—. Me alegro de que la mayoría de la gente se haya ido. Solo intentaban ver un partido. No me importa si... Bueno, debería irse de aquí.

Mientras Ridley se movía sigilosamente hacia la izquierda para intentar ver mejor a Darius, se percató de que el hombre tenía una extraña mirada perdida. De repente, su mano derecha se movió y dio unos golpecitos en otro teléfono móvil que estaba en el suelo, boca arriba.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Ridley.

—No se acerque más —dijo Darius—. El teléfono móvil no es la única forma de detonar uno de estos. Puedo hacerlo manualmente.

Darius volvió a dar unos golpecitos en el teléfono del suelo y, durante medio segundo, Ridley supo que estaba muerto.

Sus últimos pensamientos fueron para Rachel. Esperaba que, para entonces, Darlene y Anna ya la hubieran puesto a salvo, junto con los gemelos, si es que habían nacido.

Pero no estaba muerto. Estaba escuchando música.

Darius no había activado la bomba. No había tocado el detonador del móvil conectado a los explosivos.

Había pulsado el botón de reproducción en la aplicación de música de su teléfono.

Una joven que estaba junto a Rachel sostenía un bulto envuelto en una chaqueta grande y mullida. Anna no alcanzaba a ver a ningún bebé ahí dentro, pero los lloros eran inconfundibles.

—¡Tenemos que sacarla de aquí! —gritó Darlene—. ¡Fuera todos!

Un hombre se giró, con el rostro oscurecido por las sombras. —Aún le queda por dar a luz a otro bebé. Soy médico. No se la puede mover. Ha perdido mucha sangre.

Rachel soltó un gemido gutural.

A Anna el hombre no le pareció que tuviera más de veintipocos años. —¿*Usted* es médico?

—Estudiante de medicina, pero de verdad, necesita que nazca este otro bebé.

—Están evacuando ahora mismo. ¡Ahora! —repitió Darlene, mirando frenéticamente a su alrededor—. ¿Alguien ha visto a JB? ¿Un hombre calvo de unos cincuenta años?

Nadie respondió.

—¡Puedo conseguirlo! —gritó Rachel.

Darlene le dio una palmada en la espalda a la mujer que sostenía al bebé. —Tú primero. ¡Fuera! —La señaló hacia las escaleras—. Saque a ese bebé de aquí.

Anna se arrodilló y apretó la mano de Rachel. —¿Puedes ponerte de pie?

Rachel tenía la mirada vacía, su rostro tenuemente iluminado por la luna. —Lo intentaré.

Anna le pasó el brazo por el de Rachel y se levantó, tirando de ella con la ayuda del estudiante de medicina.

Darlene la agarró del otro brazo y luego las guio escaleras abajo, quedándose atrás mientras los demás bajaban los escalones de dos en dos y de tres en tres.

Rachel estaba débil, pero sus piernas funcionaban lo suficientemente bien. Mientras avanzaran despacio y con paso firme, todo iría bien.

Llegaron a la segunda planta, luego a la primera, deteniéndose solo brevemente para que Rachel aguantara otra contracción.

—¿Dónde está mi bebé? —dijo de repente.

—Tranquila —dijo Darlene—. La mujer que lo tenía... se lo ha dado al médico, el estudiante de medicina, que te estaba ayudando. Nos reuniremos cuando salgamos.

La mayor parte del estadio estaba vacío, a excepción de los equipos de agentes que aseguraban varias zonas. —¡Salga de aquí! —le gritó uno a Anna—. Esto está a punto de volar por los aires.

Darlene seguía buscando a JB con la mirada, y Anna estaba a punto de decirle que probablemente ya lo habrían evacuado.

Entonces, sin previo aviso, una extraña música clásica empezó a sonar suavemente por todo el estadio.

Ridley oyó una flauta solista, aunque no se parecía a ninguna flauta que hubiera oído antes. Su tono suave y su melodía sobrecogedora parecían el eco de un pasado ancestral.

Procedía del teléfono de Darius, pero también —con un retardo casi imperceptible— a través del sistema de sonido del estadio.

—Eso se llama flauta *ney* —dijo Darius con voz monótona, con los dedos ya a centímetros del teléfono detonador—. Conecté mi teléfono a los altavoces. Pensaba poner esta música en lugar de detonar las bombas. Pero aquí estamos, y Al Raymi se ha hecho con el primer puesto. He desmantelado todas las bombas que he podido. Que la vida sea como la música. Y la muerte, una sola nota.

Un violonchelo se unió, profundo y rítmico, como un latido. Le siguieron más violonchelos, con una armonía tan triste como potente.

—No haga eso —dijo Ridley.

Una pandereta añadió un compás staccato, un ritmo del desierto.

Ridley retrocedió un paso, inquieto. Darius parecía ausente. La mente de Ridley saltaba entre dos posibilidades: darse la vuelta y correr o intentar disuadir a Darius de lo que estaba a punto de hacer. —No lo haga —dijo—. Todavía hay gente aquí, hay...

—¡Solo policías! —espetó—. No me importa matar a algunos policías. —Luego, su voz se tornó queda—. ¡Shhh! Esta es mi parte favorita del primer acto.

La percusión creció hasta un atronador crescendo, un ritmo visceral que Ridley sintió en el pecho. A continuación entraron los instrumentos de viento-madera, a los que se unieron clarinetes y oboes, con una melodía lozana y vibrante.

—Yo lo sacaré de aquí —dijo Ridley.

—Los suyos me dispararán en cuanto salga. Prefiero acabar con todo yo mismo.

—Se lo juro —dijo Ridley—. Interpondré mi cuerpo entre usted y sus armas. Esta música es preciosa y le quedarán muchos años para escucharla. Estará en la cárcel, pero es mejor que la otra opción.

Los instrumentos de cuerda ascendieron hasta un clímax dramático, con el estrépito de los platillos, mientras la orquesta al completo se unificaba en un muro de sonido tan hermoso como nada que Ridley hubiera oído jamás.

Las lágrimas caían por las mejillas de Darius. Dejó que su mano se apartara lentamente del teléfono detonador. —Y eso es solo el preludio. —Se levantó, cogiendo el teléfono—. Iré con usted. La muerte es la salida fácil. Tengo que afrontar lo que he hecho.

Darius avanzó hacia la salida.

—El teléfono detonador —dijo Ridley—. Primero desactive la bomba. Rápido.

Darius sonrió. —Cierto. Se me había olvidado que seguía conectado al circuito.

Se dio la vuelta y alargó la mano para cogerlo.

El piloto forcejeaba inútilmente con el arnés. Estaba atrapado.

Austin observaba a Al Raymi y al otro guardia a través de la ventanilla destrozada del copiloto. El guardia estaba presa del pánico, gritando algo en árabe y tirando en vano de las correas de su arnés con una mano que tenía destrozada y ensangrentada. Al Raymi consiguió soltar un brazo y sacó lo que parecía ser un cuchillo de la bota. En segundos, cortó sus correas y se volvió hacia el otro hombre, que seguía debatiéndose en su arnés. Intentó liberarlo y luego le entregó el cuchillo.

El brazo de Austin recobraba la vida por segundos y se preparó para que Al Raymi saliera de un salto por la ventanilla rota.

Pero no lo hizo.

No intentaba escapar. Al Raymi sostenía algo, pero no era un arma.

Era su teléfono móvil. De algún modo, había sobrevivido al accidente.

Examinando la pantalla con atención a la luz de la luna, Anwar al-Raymi estaba marcando un número.

Anna, Rachel y Darlene se apresuraron hacia el túnel más cercano, que estaba casi vacío. Delante de ellas —extrañamente— iba una mujer mayor con el pelo canoso recogido con un lápiz. Salía del estadio arrastrando los pies, con un par de monos pequeños agarrados a la espalda. En un brazo llevaba una especie de felino grande que parecía un guepardo en miniatura. En el otro, un loro.

Las potentes luces del aparcamiento cegaron a Anna al salir del túnel. Pero al menos estaban a salvo.

Rachel se detuvo, soltando un gemido profundo mientras apretaba la mano de Anna con tanta fuerza que oyó cómo le crujían los nudillos. —¿Dónde está mi bebé? —gritó.

—El estudiante de medicina —dijo Darlene—. Lo encontraremos.

Un sanitario se acercó a toda prisa a Rachel al darse cuenta de que estaba de parto. —La ambulancia. Por aquí. La llevaremos al hospital.

—¡Quiero a mi bebé! —gritó Rachel—. Ese médico.

Otro par de sanitarios se unió a ellos. Ayudaron a Rachel a subir a una camilla y la llevaron hacia una ambulancia que aguardaba.

—¿Y el estudiante de medicina? —preguntó Anna, mirando alrededor y preocupándose al no verlo.

No era… no podía ser uno de los terroristas, ¿verdad?

No, eso no tenía ningún sentido.

—Lo encontraremos, Rachel —dijo Anna—. Nos aseguraremos de llevar el bebé al hospital.

—¡Encontrad a mi bebé! —gritó Rachel. Los sanitarios la metieron en la ambulancia—. Ese chico, el estudiante de medicina. ¡Era un fan de los Seahawks! No dejéis que ese hombre se acerque a mi bebé.

Anna se quedó de pie, con la boca abierta, mientras la puerta de la ambulancia se cerraba de golpe. Las luces rojas y blancas destellaron y el vehículo de emergencias emitió una serie de breves toques de sirena mientras se dirigía hacia la salida.

—Rápido —dijo Ridley—, saque la batería. No necesitamos molestarnos con los cables por ahora.

Lo último que vio fue al hombre menudo inclinándose para coger el teléfono detonador.

Lo último que oyó fue un timbre agudo, una llamada entrante, que rasgó el silencio y desató un torrente de fuego.

43

Austin se abalanzó hacia delante y agarró la pierna de al-Raymi cuando esta apareció a través del parabrisas, después de que diera una patada a los restos de cristal ya roto que quedaban unidos al marco de la ventanilla del helicóptero. Estabilizándose, tiró con todas sus fuerzas y sacó a al-Raymi a rastras.

Al-Raymi le arrebató el cuchillo de la mano a su guardaespaldas y gruñó, lanzando tajos a ciegas mientras se deslizaba hacia el morro lateral del helicóptero. La hoja se le hundió a Austin en la mano, obligándolo a soltar su presa con un grito.

La sangre le manaba de la palma de la mano; el dolor era agudo y ardiente. Envuelto en una neblina de agonía, Austin vio cómo al-Raymi se ponía en pie. Le dedicó una sonrisa macabra mientras el agua le chorreaba por la cara. —Ya he volado el estadio por los aires. —Le tembló el ojo izquierdo—. He venido aquí a mascar chicle y a matar americanos. Y se me ha acabado el chicle. —Al-Raymi se rio de su propio chiste.

Austin tragó saliva y apretó el puño herido. Mientras el Seahawk se hundía lentamente en el agitado lago, al-Raymi perdió el equilibrio por un instante y resbaló sobre el metal mojado.

Austin vio su oportunidad.

Se levantó de un salto y se abalanzó sobre al-Raymi, golpeándolo en el costado con la mano ilesa. Al-Raymi gruñó y lanzó un tajo con

el cuchillo. Austin lo esquivó justo cuando la hoja cortaba el aire donde un segundo antes había estado su cabeza, mientras el helicóptero se sacudía bajo sus pies.

Forcejearon con ferocidad, intercambiando golpes. Al-Raymi volvió a atacar y el cuchillo alcanzó a Austin en el brazo, rasgándole la chaqueta. Austin le estrelló el puño en la cara a al-Raymi y le rompió la nariz con un crujido satisfactorio. Al-Raymi tropezó y se puso de rodillas para no caer al agua.

Austin le agarró la muñeca, luchando por el control del cuchillo. Se enzarzaron en un forcejeo mientras el helicóptero cabeceaba con violencia, amenazando con arrojarlos a los dos al agitado lago.

Clavándole las rodillas en el pecho, Austin derribó a al-Raymi de espaldas contra el marco del parabrisas destrozado y luego le golpeó la mano contra el metal mojado hasta que sus dedos perdieron la fuerza. El cuchillo cayó y se deslizó hasta el agua.

Pero el gigantesco cuerpo de al-Raymi se quitó a Austin de encima, haciéndolo resbalar por el otro lado del morro del helicóptero y caer al lago helado.

Tras impulsarse para salir, Austin se puso en pie.

Las luces verdes de las puntas de las hélices seguían encendidas y rebotaban en al-Raymi, dándole un aspecto aún más malvado.

Austin bajó la cabeza y cargó como un toro enfurecido. Al-Raymi se preparó para el impacto, pero en el último segundo se hizo a un lado hacia la derecha. Austin se estrelló con toda la fuerza de su cuerpo contra el parabrisas reventado. Mientras Austin luchaba por mantener el equilibrio, al-Raymi agarró una de las palas de la hélice y la empujó, haciéndola girar hacia él.

Austin se agachó, pero la siguiente pala llegó y lo golpeó en la espalda.

Impulsado hacia delante, Austin se agarró a la pala; con las piernas colgando, pataleó y rodeó el morro del helicóptero que se hundía. El helicóptero se inclinó hacia un lado, arrastrado por el peso de al-Raymi.

No vio caer a al-Raymi, pero oyó el chapoteo.

Austin se dejó caer al agua mientras al-Raymi chapoteaba y se agitaba frenéticamente. —¡No sé nadar!

Haciendo el muerto, los ojos de Austin se encontraron momentáneamente con los de al-Raymi. Austin no estaba seguro de lo que vio en aquellos ojos oscuros, pero esperaba que fuera la comprensión de que ese cabrón se iba a pique para siempre.

Entonces, Anwar al-Raymi se sumergió bajo la superficie entre un estallido de burbujas y desapareció en la turbia oscuridad.

Austin se movió hacia él, pero el peso del agua arrastró el Seahawk de golpe. Austin fue succionado hacia abajo. Sumergido en el agua, todo estaba oscuro, a excepción de las tenues luces verdes en las puntas de las palas de la hélice. Mientras flotaba hacia la superficie, las luces se desvanecieron en la negrura a medida que el helicóptero se hundía hasta el fondo del lago.

Flotando, tratando de recuperar el aliento, Austin se preguntó cuánto duraría la electricidad en aquel armatoste. Se imaginó a un equipo sacando la gigantesca máquina de las aguas al día siguiente con las palas de la hélice todavía encendidas.

Agotado, nadó con todas sus fuerzas para alejarse de la escena, con un zumbido en los oídos. Cada brazada era una agonía, pero al fin llegó a la balsa. Estaba llena, con tres o cuatro personas aferradas a las cuerdas que la rodeaban.

—Austin —dijo su madre—. Lo hemos conseguido.

Austin no dijo nada, pero lo único que podía pensar era que no lo habían conseguido.

Al-Raymi había volado el estadio por los aires con una sola llamada desde su móvil.

44

Martes, 1:02

Aproximadamente una hora más tarde, Austin estaba sentado en un enorme tronco arrastrado por la corriente en la playa de Slater Park, una pequeña zona ribereña en la orilla oeste de Mercer Island.

A menos de media milla al norte, parpadeaban las luces del puente que conectaba con Seattle. Habían cortado el tráfico y cerrado el puente, pero las luces rojas, blancas y azules de los coches de policía llenaban la noche, reflejándose en el agua y proyectando extrañas sombras sobre la orilla. Más allá del puente, al noroeste, Austin distinguía la punta de la Aguja Espacial en el centro de Seattle.

—¿Sabes por qué la llaman la Ciudad Esmeralda? —le preguntó su madre, tocándole la mano.

—Será por los árboles, supongo, y los parques. Es muchísimo más verde que Nueva York.

—Central Park es bonito —dijo su madre.

—Es genial, pero aquí es distinto. Hay bosques y parques por todas partes.

—Leí una vez que la gente ya llamaba a Seattle la Ciudad Esmeralda y que, a medida que *El maravilloso mago de Oz* se fue

haciendo más y más popular, la novela, no la película, se convirtió en todo un fenómeno por la Ciudad Esmeralda del libro.

—Tiene sentido —dijo Austin, frotándose la cara y sintiendo el agua chapotear entre los dedos de los pies. Tenía la ropa empapada y la mayor parte del cuerpo la sentía o entumecida o palpitándole de dolor.

Un joven paramédico con el pelo castaño muy corto se arrodilló ante ellos, tras haber atendido a otro de los rehenes en una zona de césped cercana. —Están todos bien —dijo—. Algunas contusiones y moratones, pero vivos. Nada roto. He oído que van a abrir el puente pronto para llevarlos a todos al hospital.

—Gracias —dijo Austin. El equipo había llegado poco después de que su balsa salvavidas alcanzara la orilla y llevaba media hora atendiendo a los rehenes de más edad.

—¿Aterrizó usted ese helicóptero? —le preguntó el paramédico a Austin.

Austin negó con la cabeza. —Lo estrellé.

—El piloto ha hecho un trabajo magnífico, manteniendo a todos con vida. ¿Dónde está él, o ella?

Austin señaló las negras aguas que se extendían ante ellos. —Ahogado. Era uno de los terroristas que tomaron el estadio antes.

El paramédico asintió con gravedad.

—¿Has oído algo? —preguntó la madre de Austin.

—No sueltan prenda. He oído que ha habido una explosión en el estadio. Bastante grande.

Austin tragó saliva. Su móvil había permanecido en su bolsillo milagrosamente todo el tiempo, pero estaba muerto, igual que el de su madre. Y los agentes de policía que se habían encontrado con ellos en la orilla no habían podido —o no habían *querido*— decirles nada.

A falta de información real, Austin se puso en lo peor.

La única buena noticia era que, por lo que podía deducir, los recipientes siniestramente acoplados al lateral del helicóptero se habían hundido con la aeronave o permanecían flotando inofensivamente en la superficie del lago Washington. Durante media hora había observado cómo iban y venían lanchas de la

guardia costera, transportando equipos de expertos con trajes de protección NBQ de alguna agencia, supuestamente para recoger el… lo que fuera.

El paramédico dijo: —¿Están bien por ahora? Tenemos una o dos ambulancias más en camino. Pero, como la mayoría de los efectivos de seguridad de la ciudad, estaban todos en la zona del estadio. —Señaló hacia el oeste, al otro lado del agua y en dirección al estadio, que no se veía desde su posición a la altura del agua.

—Estamos bien —dijo Austin. En realidad, no estaba nada bien, pero sus heridas podían esperar.

El paramédico se marchó y, un momento después, Austin olió a humo cuando Baker Hamilton se acercó, fumando un puro tan gordo como un tubo de pasta de dientes. —Buenas noticias —dijo, de pie ante ellos.

Austin y su madre se pusieron en pie.

—Le he pedido prestado el teléfono a un sanitario —continuó Baker—. Le ofrecí entradas en la línea de cincuenta yardas para la próxima temporada a cambio de un puro y una llamada. He llamado a mi mano derecha en el estadio. No sé quién ni cómo, pero, bueno, el estadio está bien. En su mayor parte.

Austin soltó el aire que contenía. —¿Víctimas? —Se preparó para el golpe.

Baker negó con la cabeza. —No lo sé. Por lo visto, evacuaron a casi todo el mundo y luego explotó una sección. Se ha derrumbado una columna de soporte principal, pero casi todo y casi todos están bien.

—¿En su mayor parte? —preguntó Austin.

—Algunos agentes resultaron heridos o..., puede que algo peor. La información es escasa, pero voy a ir al hospital en cuanto nos dejen salir de la isla. Podríamos tardar un poco. Tienen gente en todos, pero la mayoría están en el Harborview.

—Avísenos cuando le dejen marchar —dijo Austin. Miró a su madre—. Nos gustaría que nos llevara.

Baker asintió y se alejó tranquilamente, dándole caladas a su puro.

Tras un largo silencio, su madre dijo: —Estaba pensando en lo que has dicho. Sobre Fiona. Sobre el duelo. Hay algo que he aprendido, y me ha llevado muchísimo tiempo. Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero he estado yendo a terapia.

—No tiene nada de malo —dijo Austin, sentándose de nuevo junto a ella en el tronco y mirando el agua.

Ella suspiró. —Para tu generación, quizá, y para la gente más joven, pero no estaba tan aceptado en la mía. Una no se dedicaba a hablar de sus sentimientos todo el tiempo, sobre todo en la Marina, y mucho menos siendo mujer en la Marina.

Austin la miró. —¿Qué aprendiste?

—Sabes, cuando era pequeña, con solo once años, mi madre murió. Ella lo era todo para mí. Simplemente… todo. La primera mujer que se doctoró en el estado de Texas. La primera de verdad. Era un modelo a seguir.

—Lo sé. —Austin no conocía todos los detalles, pero siempre había oído que la madre de su madre había muerto en un accidente de coche.

—Algo fortuito, ¿verdad? Un día estás aquí y al siguiente ya no. —Negó lentamente con la cabeza—. Siempre pensé que superaría su muerte, que el dolor acabaría por desaparecer para siempre. Que se desvanecería como una mala tormenta. Pero eso nunca ocurrió. Luego, cuando tu padre enfermó, pensé: «Bueno, quizá pruebe con la terapia. Ya soy vieja… o casi, de todos modos… y a lo mejor si puedo procesar este duelo, superarlo de una vez por todas, no tendré que pasárselo a mis nietos, *si es que llego a tenerlos*».

Sus últimas palabras fueron un poco más directas, pero Austin ignoró la pulla. —¿Y?

—Hace poco aprendí que lo estaba enfocando todo mal. Nunca superas un duelo así. No se disuelve. No lo procesas hasta que desaparece. Lo único que haces es crear suficiente espacio alrededor del dolor para que no domine tu vida. Expandes tu idea de ti misma para que sea lo bastante grande como para albergar el duelo y, a la vez, dejar entrar el resto de la vida. Haces sitio para lo bueno. Siempre que puedes, tanto como puedes, *eliges* ser feliz.

Austin no dijo nada, simplemente se quedó mirando las luces de las barcas mientras derivaban lentamente por la zona donde el Seahawk, junto con al-Raymi, se había hundido en el lago.

Su madre abrió la boca, pero no dijo nada más. No hacía falta.

Austin sabía que todo lo que ella quería para él era que hiciese ese tipo de sitio en su vida.

Que eligiera ser feliz.

45

Martes, 5:56

Estaba amaneciendo cuando llegaron al Harborview. Guiado por Baker, que había concertado una entrada especial con el director del hospital, Austin se abrió paso a la fuerza entre docenas de periodistas que se habían apostado fuera en busca de una exclusiva. Su madre había vuelto al hotel para ver cómo estaba su padre en cuanto abrieron el puente.

Dentro, la escena era sorprendentemente tranquila.

Mientras Baker fue a buscar a varios miembros del personal del estadio que habían resultado heridos, Austin encontró rápidamente el puesto de enfermería y preguntó si tenían algún paciente con los nombres de Anna Downey, JB o Darlene Macintosh, o Ridley y Rachel Calvin.

La enfermera, con ojos somnolientos y sorbiendo café de un vaso de papel, miraba fijamente la pantalla.

—¿Calvin?

—¿Cómo ha dicho que se llama? —No levantó la vista del ordenador mientras hablaba, solo hacía micromovimientos con la muñeca, desplazándose por la pantalla y haciendo clic con el ratón.

—Austin —dijo él.

—¿Thomas Austin?

—Sí.

—Veo que está en su lista de contactos. Así que sí, puedo decirle que los tenemos a los dos. Rachel está en la planta de maternidad.

Austin asintió.

—Estaba en el estadio. Está embarazada. Yo…

—Ya no —dijo la enfermera—. ¿Por qué demonios cree que está en la planta de *maternidad*?

—¿Están bien los bebés? —preguntó Austin, invadido por el alivio.

La enfermera miró a izquierda y derecha.

—Se supone que no debo decir nada, pero me jugaría hasta el último céntimo a que es la primera mujer que da a luz a gemelos, el primero nacido en un estadio de la NFL durante un atentado terrorista y el segundo en la planta de maternidad de un hospital de primera. —Sonrió—. Rachel está bien, aunque ahora mismo no permitimos visitas.

—¿Y Ridley? —preguntó Austin con entusiasmo.

—Ridley Calvin está en la octava planta. Siga la línea verde por el pasillo a su izquierda, luego gire a la derecha cuando vea el pasillo con la línea amarilla, que lo llevará por un pasillo en pendiente. Coja el segundo pasillo a la izquierda, no el que está pasando las puertas, el segundo de verdad. Desde ahí, siga todo recto y no tendrá pérdida hasta los ascensores del ala este. Súbalos hasta la octava planta y lo dejarán justo en el puesto de enfermería. Allí le ayudarán a encontrar a su amigo.

—Gracias —dijo Austin, con la cabeza dándole vueltas—. Espero llegar.

Tardó un rato, pero Austin acabó encontrando la habitación de Ridley.

Llamó a la puerta con los nudillos y se asomó. Ridley tenía los ojos cerrados y la cabeza envuelta en gasas. Varios tubos iban desde

su brazo hasta una bolsa detrás de él y diversos aparatos emitían pitidos cerca.

Austin lo observó un buen rato y luego se dio la vuelta para marcharse.

—Espera. —Era la voz de Ridley.

Austin se giró de nuevo.

—¿Dónde está Rachel? Me dijeron que creían que estaba aquí y… —Su voz sonó débil y se apagó.

—Está aquí —dijo Austin—. La enfermera ha dicho que los bebés están bien, y ella también.

Ridley sonrió y se incorporó un poco, apoyándose en los codos. La noticia lo había animado. —¿Estás seguro?

—Ha dicho que Rachel ha sido probablemente la primera mujer en dar a luz a gemelos, uno en un estadio y otro en el hospital. Vaya esposa más dura que te has buscado. —Austin le sonrió—. ¿Cómo estás *tú*?

Ridley sonrió con tristeza y apartó la manta, dejando al descubierto una pierna fuertemente vendada y la otra… Oh, Dios. Ridley había perdido la mitad de su pierna izquierda. Estaba envuelta en vendas blancas justo por debajo de la rodilla.

—Gracias a Dios por la morfina —dijo Ridley—. No siento nada.

—Lo siento —dijo Austin—. Yo...

—Bah, he oído que las prótesis han mejorado mucho. —Ridley le restó importancia con un gesto—. Después de los que vimos —el hombre que ejecutaron y Denny—, cero muertes, aparte de los terroristas. —Se volvió a tapar las piernas con la manta—. Yo, y un par de heridos del JTTF y del FBI. Pero *cero* muertes en la explosión. Desactivaron todas las bombas menos una. Cuando pienso en lo que podría haber perdido... esto no es más que un rasguño.

Austin oyó pasos a su espalda.

—Tu mujer es valiente de narices —dijo Anna, entrando en la habitación—. Y una fanática de tomo y lomo. Ha intentado negarse a que la atendiera el médico que la estaba ayudando porque era aficionado de los Seahawks.

Austin la miró, pero ella tenía los ojos clavados en Ridley.

—Se ha portado como una campeona —prosiguió Anna—. Después de que llamaras, Darlene y yo volvimos a entrar. Ese médico aficionado de los Seahawks la había estado ayudando. Quizá cuando tenga tiempo para reflexionar, eso la convierta por fin en aficionada de los Seahawks.

—No es muy probable —dijo Ridley.

Anna se quedó de pie junto a la cama de Ridley. A él se le había dibujado una amplia sonrisa en el rostro, pero tenía los ojos cerrados.

Austin le tocó el brazo. —¿Estás bien?

Ella lo abrazó con fuerza. —Bien. JB y Darlene también están bien. Ni un rasguño. Están en otro hospital. JB, bueno, dicen que evacuó a la mayor parte de nuestra sección. Se cargó al cabrón del pelo cardado que mató a Denny y sacó a más de cien personas vivas de allí.

—¿Mató al que estaba..., al que vigilaba nuestra sección?

—Eso es lo que he oído —dijo Anna—. Hay un vídeo de mala calidad en internet. Algún idiota con la cámara del móvil. Vamos, que vi el cuerpo del cabrón cuando volví a entrar, pero, bueno, parece que JB lo atacó por la espalda. Acabó con él.

Austin negó con la cabeza, aliviado de que JB y Darlene estuvieran bien. —Y salvó a cien personas de nuestra sección. —Sonrió—. La venganza de los Snohomies.

—Exacto —asintió Anna—. Estoy hablando con todos mis amigos periodistas. Gente de Seattle con mejores fuentes que yo. Aparte de los que vimos... —hizo una mueca—. Aparte de ellos, también he oído que no ha habido ninguna víctima mortal. Tres o cuatro agentes del SPD están siendo atendidos por heridas de cuando asaltaron el estadio. Algunos otros resultaron heridos en la explosión que alcanzó a Rid. Pero, vamos, es casi un puto milagro.

Se oyeron más pasos por el pasillo y Austin se giró para ver a Rachel, en una silla de ruedas que empujaba Jimmy, a quien seguía Lucy. Jóvenes detectives del Departamento del Sheriff de Kitsap, Jimmy y Lucy estaban prometidos y, Austin lo sabía, ambos idolatraban a Ridley.

Rachel sostenía a los dos bebés en brazos y, cuando Jimmy detuvo la silla de ruedas junto a la cama de Ridley, rompió a llorar. Ridley le buscó la mano y entonces él también se echó a llorar.

Anna cogió de la mano a Austin y lo condujo al pasillo, donde Jimmy y Lucy también se habían retirado, dejando a Ridley y a Rachel solos en la habitación con sus bebés.

—¡Joder! —exclamó Jimmy—. El jefe ha desactivado al menos un puñado de bombas y luego le ha hecho explotar la última. Eso es material de película de acción, sin más.

Austin se limitó a negar con la cabeza. Era demasiado para asimilarlo.

—¿Cómo estáis los dos? —preguntó Lucy, jugueteando nerviosamente con un mechón de su pelo rojo y rizado.

Anna miró a Austin. —No sé él, pero yo estoy bien. Es raro, ¿sabes?

—¿El qué? —preguntó Lucy.

—Lo que ha pasado hoy..., bueno, ayer ya, supongo..., va a ser la noticia más importante desde... no sé, el 11-S.

—Ya lo es —dijo Lucy—. Todas las cadenas de noticias del mundo, a todas horas. La guardia costera, en colaboración con, Dios, no sé, todo el mundo... han sacado dos docenas de recipientes de Bioxenorfidio del lago. Cero fugas. Cero contaminación.

—¿Qué coño es el Bioxenorfidio? —preguntó Anna.

—BXN, alias *La Serpiente Carmesí* —dijo Lucy—, un arma biológica letal desarrollada en el sudeste asiático. El BXN es un híbrido de múltiples cepas virales, modificado genéticamente para potenciar su transmisibilidad y letalidad. Se transmite por el aire. Habría matado... —negó con la cabeza—. A muchísima gente.

—Iban a soltarlo en Mercer Island —dijo Austin—. Su objetivo habrían sido los hoteles donde se está reuniendo el personal del G7, junto con líderes empresariales, miembros del Gobierno y diversos embajadores. El personal de los hoteles, los de la limpieza, todo el que viviera y trabajara en la zona. —Negó con la cabeza.

Anna hizo una mueca. —Lo raro es que no quiero cubrirlo. Nada de esto. No quiero hablar de ello ni escribir sobre ello. Solo quiero…

—Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas—. Creo que estoy cansada.

—Por cierto —dijo Lucy—, tu madre me ha mandado un mensaje, Austin.

—¿Qué? ¿Cómo ha conseguido tu número?

—Se lo dio Ridley hace tiempo porque buscaba ayuda para encontrarte una cita, una esposa y, con el tiempo, la madre de sus futuros nietos. Oyó que yo me iba a casar y pensó que quizá tendría alguna amiga.

—Vale, vale, ¿y por qué te ha mandado un mensaje? —preguntó Austin.

—Quería que te dijera que tu padre está bien. Ha dicho que ni siquiera se enteró de que hubo un atentado. Ajeno a todo el asunto.

—Supongo que el alzhéimer tiene *algunas* ventajas. —A Austin le rugieron las tripas. Miró a Lucy y luego a Anna—. Tengo mucha hambre y no pienso dejar que lo primero que coma sea comida de hospital. ¿Cuál es la mejor cafetería de Seattle?

Anna se lo pensó y se levantó despacio. —Fácil. El Five Point en Cedar. Sus *hash browns* son famosos.

—Invitamos nosotros al desayuno —dijo Lucy—. Diría que os lo merecéis.

—Ronda de Lucy O'Latkes —dijo Jimmy.

Lucy le dio un puñetazo amistoso en el brazo. —No son *latkes*, zoquete, son *hash browns*.

—Para el caso es lo mismo —dijo Jimmy, avanzando por el pasillo.

Anna volvió a mirar hacia la habitación, donde Ridley y Rachel contemplaban a sus bebés en silencio. —¿Deberíamos despedirnos?

Austin la cogió de la mano. —Lo quiera o no, Ridley está a punto de convertirse en una de las personas más famosas del mundo, al menos durante un tiempo. Yo digo que le dejemos disfrutar de este momento.

46

Jueves, 14:00

—Eh, no toques eso —la regañó Austin.

Anna había entreabierto el horno para comprobar cómo iba la baguette. Cerró la puerta con un golpe sordo y dijo:

—Soy muy impaciente con el pan.

—Se supone que le faltan cinco o diez minutos más —dijo Austin —. ¿Qué pinta tenía?

—Un dorado clarito —contestó ella, sentándose a su lado en la mesita de la cocina.

—Mmm, la última vez tenía la misma pinta. Parece que consigo que la corteza quede bien, pero el truco está en la miga. —Abrió dos cervezas heladas y le dio una. Le dio un sorbo a la suya y continuó —: O eso dice el libro, al menos.

Run apareció por la gatera, seguramente porque había oído abrir y cerrar la puerta del horno. Miró expectante a Austin y luego a Anna, que se encogió de hombros y dijo:

—Ya te has comido todas las chuches, pequeña.

Anna se arrodilló y le rascó a Run detrás de las orejas. La perra emitió un gruñido gutural, casi como el ronroneo de un gato, y después bostezó aparatosamente, rompiendo el contacto con Anna bajo sus propios términos. Era una buena señal, pensó Austin, que

Run adorara a Anna y solo mostrara celos de vez en cuando, interponiéndose entre ellos para reafirmar su dominio. Al fin y al cabo, Austin era su persona.

Al cabo de un momento, la corgi se fue a un rincón y encontró un juguete que morder.

—Pareces nervioso —dijo Anna.

—Mis padres deberían llegar en cualquier momento.

Ella le puso los pies descalzos sobre el regazo por debajo de la mesa.

—¿Nervioso porque me conozcan?

Él sonrió:

—No, más bien preocupado por el pan.

Ella le clavó un dedo del pie en el estómago y lo retorció.

—Es broma —dijo él—. Sí, estoy nervioso por eso, nervioso por todo. Ya sabes, por la prensa y lo demás. Por Ridley.

Habían pasado tres días desde el atentado. Ridley y Rachel habían recibido el alta del hospital y ya estaban de vuelta en el condado de Kitsap. Ridley le había mandado un mensaje diciendo que se encontraba bien, aparte de que le faltaba media pierna. No recordaba casi nada de lo que había pasado después de encontrar a Darius, pero los sanitarios le habían contado que se habían hallado partes del cuerpo de Darius encima del suyo. Al parecer, Darius había saltado por los aires, y su tórax y su caja torácica habían actuado como escudo protector cuando parte del techo se desplomó sobre Ridley, dejándolo inconsciente y aplastándole la pierna.

En las últimas cuarenta y ocho horas, Austin había rechazado invitaciones a todos los programas de televisión del país, y también a bastantes internacionales. De hecho, en ese mismo momento había furgonetas de televisión aparcadas en la playa frente a su cafetería, su tienda de ultramarinos y su tienda de cebos.

Por suerte, Ridley había dado un paso al frente y había desviado la mayor parte de la atención. Había concedido entrevistas en las principales cadenas de noticias y periódicos de Estados Unidos, además de en bastantes medios internacionales. No era por vanidad; Ridley lo consideraba parte de su trabajo.

Resultó que al Gobierno, así como a la mayoría de las agencias, les venía bien que la prensa se centrara en el atentado del estadio y desviara la atención pública del ataque químico fallido en Mercer Island. Se habían publicado algunas noticias al respecto, pero Austin y su madre no habían cooperado, y no pensaban hacerlo.

El día anterior, Austin había hablado con su madre, que consideraba que su padre se encontraba lo bastante bien como para ir a visitarlo, conocer a Anna y a Run, y probar su pan.

—¿Vas a ir a la ceremonia? —preguntó Anna.

Austin bebió un sorbo de cerveza.

—Quiero ir. Pero no quiero las preguntas, las fotos. Pensaba que en Nueva York lo pasé mal con la prensa rosa y todo eso. Nunca había visto nada parecido.

Al día siguiente se celebraría una ceremonia en el distrito del estadio para honrar a las víctimas de los atentados y a los servicios de emergencia que habían ayudado a frustrarlos. Darlene y JB serían homenajeados, según había oído Austin. Ridley iba a recibir una medalla de algún tipo por su valor al desactivar las bombas y dirigir a los otros agentes que lo hicieron. Austin había declinado ser homenajeado, pero dijo que quizá asistiría, mezclado entre la multitud.

—Nunca tuviste un caso como este —dijo Anna—. Una historia como esta. La buena noticia es que la capacidad de atención de la prensa y del público es cada día más corta. No tardarán en pasar a otra cosa.

Austin se levantó de un salto y sacó el pan del horno. La corteza tenía un color marrón intenso y oscuro, y lo deslizó de la bandeja a una rejilla para que se enfriara.

—Diez minutos, y le hincamos el diente.

Hizo un gesto a Anna para que entrara en el salón y encendió el equipo de música. —Llevo escuchando esto los últimos días. La *Sinfonía Oscura* de El-Sayed. Es un compositor egipcio.

—¿Por qué me suena?

—Quizá porque sonaba por la megafonía —dijo Austin— la noche que todo se fue al garete. —El solo de flauta llenó su pequeño salón y Run se acurrucó en un rincón, con un ojo abierto por si acaso algo

que tuviera que ver con comida sucedía pronto—. Lo leí en internet. Es una flauta *ney*, que supongo que es una flauta oblicua de bambú, signifique lo que signifique.

Un violonchelo se sumó, después otro y otro más.

—Es preciosa —dijo Anna—. Pero ¿por quée...

—Ridley me dijo que fue Darius quien la puso, justo antes de la explosión. Estaba pensando en suicidarse al final. Ridley le quitó la idea de la cabeza y entonces al-Raymi hizo la llamada y activó el detonador. Esa es la cronología de los hechos que he podido reconstruir, más o menos.

—Eso es... No sé qué decir.

—No soy especialmente culto, pero DMJ sí lo era. Creo que le habría gustado esta música. Es tan oscura y, sin embargo, también luminosa. No se me da muy bien la interpretación musical, pero la mezcla de instrumentos antiguos y modernos..., no sé. Me hace pensar en la larga historia de Egipto y también en cómo todo termina, todo cambia, progresa, pase lo que pase.

Run había cerrado los ojos y ahora dormía profundamente.

—Me parece acertado —dijo Anna—. Y hablando de que todo cambia, ¿te has enterado de lo de Rid? Ha salido en las noticias esta mañana.

Austin se encogió de hombros. —He estado intentando evitar las noticias. —Con el tiempo libre que había tenido este par de días, se había escondido en la cocina de su cafetería, evitando las preguntas de los clientes habituales, y había dado largos paseos por la playa con Run.

—Ridley se ha jubilado anticipadamente —dijo Anna—. Ya no es el inspector jefe del condado de Kitsap.

Austin se sorprendió, pero no se quedó de piedra. Una herida como la que había sufrido haría que mucha gente dejara el trabajo. Lo que ella dijo a continuación fue lo que lo dejó de piedra.

—Y agárrate: Ridley se presenta a gobernador.

—Él... espera, ¿qué?

—Ya sé que has dicho que has estado evitando las noticias, pero Ridley es una de las personas más famosas de América ahora mismo. Como Giuliani después del 11-S, solo que como si Giuliani

hubiera participado en *evitar* los atentados. Ahora es un héroe nacional. Uno de los agentes del JTTF que asaltaron el estadio llevaba una cámara en el casco y grabó a Ridley corriendo por el estadio, que parecía Denzel Washington, desactivando bombas con su camiseta de los Seahawks del *12th Man* y un chaleco táctico. —Negó con la cabeza—. Se hizo... La palabra *viral* ni siquiera tiene fuerza suficiente. —Se rio entre dientes—. Creo que van a surgir nuevos canales de televisión solo para poner esas imágenes.

Austin se rio. —Es increíble. Ahora casi desearía no haber evitado las noticias. Pero no me sorprende. A los cinco minutos de conocerle supe que Ridley era de los buenos. Quizá el mejor.

Anna le tocó el brazo. —Tú también lo eres, ¿sabes?

Austin le apretó la mano. —Gracias. —Tras una larga pausa, dijo —: ¿Gobernador, en serio?

—Piénsalo. Un largo historial en las fuerzas del orden, sin ningún trapo sucio político. Va a presentarse como un centrista resolutivo, un independiente, sin afiliación a ningún partido. Si fuera cualquier otro, diría que no tiene ninguna posibilidad, que es un sistema bipartidista, pero... no sé... ¿apostarías en contra de Ridley? Es atractivo, felizmente casado con una mujer preciosa, unos hijos preciosos y esos bebés gemelos.

Austin lo sopesó, luchando contra un sentimiento de decepción. Ridley había sido quien lo había metido en su primer caso para el condado de Kitsap. Trabajar con él era una de las mejores cosas de su vida aquí en el oeste de Washington. —No, no apostaría. Y tiene mi voto. Eso por descontado. —Entonces se le ocurrió algo—. ¿Quién va a ocupar su puesto?

—Lucy, la de Ley y Orden. —Anna sonrió—. La inspectora jefe más joven de la historia del estado.

Austin le devolvió la sonrisa. —Me alegro por ella. Lo hará bien.

Se quedaron en silencio hasta que Austin oyó un coche sobre la gravilla de fuera. —Son mis padres. —Austin miró a Anna—. ¿Estás lista?

—Lista.

Salieron por la puerta principal y la madre de Austin los saludó con la mano desde el otro lado del parabrisas. Al bajar la ventanilla,

Start Me Up de los Rolling Stones salió a todo volumen por la ventanilla del copiloto. Le dio un golpecito en el hombro a su padre. Inclinándose sobre él, señaló hacia Austin y Anna, y luego saludó con la mano. El padre de Austin alzó la vista hacia ellos y sonrió.

Austin y Anna saludaron con la mano.

La madre de Austin se recostó en su asiento y luego le dio unas palmaditas en el muslo al ritmo de la música, animándolo. Cuando llegó el estribillo, él se puso a cantar a pleno pulmón: —...*grown man cry-eye ...grown man cry-eye*.

—Creía que tu padre no hablaba —dijo Anna.

—Últimamente lo es casi siempre. —Austin se encogió de hombros—. Pero supongo que la música todavía le llega.

Pensó en todos los sueños perdidos que la demencia de su padre había traído consigo y abrazó a Anna con fuerza. Run se abrió paso entre sus piernas para recordarles que ese era su sitio y que iba a pastorearlos a lo largo de su relación. Ladró suavemente para hacerles saber que exigía una chuchería de inmediato por ser una buena perra y no haber salido corriendo hacia el aparcamiento.

Cuando ya estaban todos acomodados en el salón, Austin entró con una fuente de comida: queso, embutido y la hogaza de pan todavía caliente que acababa de sacar del horno. Al partir la hogaza, se escapó una nubecilla de vapor que reveló una miga tierna y perfectamente cocida.

—Creo que por fin lo he perfeccionado —dijo Austin—. Papá, este pan te va a encantar.

El padre de Austin siguió con la mirada fija en la ventana.

—Últimamente no ha hablado mucho —dijo su madre—, ¿verdad, cariño? —Sonrió a pesar de la pena que Austin sabía que sentía.

—Es maravilloso que cantes —dijo Anna.

—¿Por qué crees que es? —se preguntó Austin en voz alta—. Ya no puedes hablar mucho con nosotros, pero te sabes la letra de tus canciones de rock and roll favoritas.

—Solía decir que la música es la única verdad —declaró la madre de Austin, dándole una palmada en la espalda—. Quizá ese sea su caso, ahora más que nunca.

Austin puso una rebanada de pan en un plato pequeño y se la dio a su padre, que mordisqueó una esquina. Sonreía. —Eso espero —dijo Austin—. Bueno, la música, y quizá también el pan.

-**Fin-**

En la próxima novela de Thomas Austin, El ahogamiento en Dyes Inlet, Austin investiga un misterio más clásico: un caso sin resolver de un ahogamiento que conmocionó a un pequeño pueblo del noroeste del Pacífico. Descúbrelo en línea.

NOTA DEL AUTOR

¡Gracias por leer!

Thomas Austin y yo tenemos tres cosas en común. Primero, los dos vivimos en un pequeño pueblo costero no muy lejos de Seattle. Segundo, a los dos nos encanta cocinar. Y tercero, probablemente pasamos más tiempo del que deberíamos hablando con nuestros corgis.

Muy pronto habrá más traducciones al español, así que te invito a descubrir la serie completa de misterios de Thomas Austin. Aunque cada libro puede leerse como un misterio independiente, recomiendo leerlos en orden, ya que los personajes y las situaciones evolucionan a lo largo de la serie.

Si disfrutas de mi serie de Thomas Austin, puede que también te gusten mis otras series: *FBI Task Force S.W.O.R.D.*, una serie de misterio trepidante ambientada en el noroeste del Pacífico, así como *Silas West: Misterio Psicológico*. Ambas series también estarán disponibles en español muy pronto.

No dudes en visitar mi página web, donde encontrarás fotos de los lugares reales que aparecen en los libros, una sección de preguntas frecuentes y mucho más. También publico a diario en redes sociales, donde comparto vídeos, fotos entre bastidores… y, por supuesto, fotos de mi corgi.

Cada día tengo la suerte de poder crear personajes y escribir historias, y todo esto es posible gracias a lectores como tú. Así que,

una vez más, te agradezco de corazón que hayas descubierto mis libros. Te deseo cientos de horas de apasionante lectura por delante.



MÁS NOVELAS DE D.D. BLACK

Si has disfrutado de este libro, otros títulos — de las series *Thomas Austin*, *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y *Silas West*, así como otras novelas independientes — estarán disponibles muy pronto en español.

La serie de thrillers criminales de Thomas Austin
Book 1: Los huesos de Point No Point
Book 2: Las sombras de Pike Place
Book 3: Los caídos de Foulweather Bluff
Book 4: El horror en Murden Cove
Book 5: El terror en la Ciudad Esmeralda
Book 6: El ahogamiento en Dyes Inlet
Book 7: La pesadilla en Manhattan Beach
Book 8: El silencio en Mystery Bay
Book 9: La oscuridad en Deception Pass
Book 10: La desaparición en Opal Creek
Book 11: Los secretos de Second Beach
Book 12: Los cuerpos en Horse Heaven Hill

Serie FBI Task Force S.W.O.R.D.
Book 1: La quinta víctima
Book 2: Nada olvidamos
Book 3: Las viudas de Medina

Book 4: Bajo cielos de cicuta
Book 5: Susurros a medianoche

La serie de misterios psicológicos de Silas West
Book 1: El Quebrantador de Mentes
Book 2: El Coleccionista de Pecados
Book 3: El Comerciante del Caos

Títulos independientes
La crónica del crimen
Lo que ella robó

SOBRE EL AUTOR



D.D. Black es el autor de los *thrillers* criminales de Thomas Austin, de la serie *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y de otras novelas policíacas ambientadas en el noroeste del Pacífico. Cuando no está escribiendo, se le puede encontrar paseando por las playas del noroeste del Pacífico, preparando la cena para su esposa y sus hijos, o lanzando la pelota a su corgi una y otra vez. Descubre más en **ddblackauthor.com** o en las páginas siguientes.

facebook.com/ddblackauthor
instagram.com/ddblackauthor
tiktok.com/@d.d.black
amazon.com/D-D-Black/e/B0B6H2XTTP